
CUENTOS QUE HE QUERIDO ESCRIBIR

JUAN CARLOS ORREGO

ÍNDICE

Más acá de la tumba de Jorge Isaacs

La mujer que hablaba dormida

Historia de un escritor y un laberinto

Rayuela

En el metro

Un lector en el infierno

Memorias de un comprador de libros

Dominó

Los cuarenta ladrones y Alí Babá

Cuentos que he querido escribir

Índice para consultores

MÁS ACÁ DE LA TUMBA DE JORGE ISAACS

*Enamorado de carrera yo, pero
especialista en amores equivocados*

Gesualdo Bufalino

Cuenta la historia que un hombre llamado Jorge Isaacs escribió alguna vez una novelita sentimental que jamás fue entendida por sus coterráneos. Bueno, esto de que *jamás fue entendida por sus coterráneos* no lo cuenta, en realidad, la historia; lo digo yo, Ricardo Peña, un bibliotecario de segunda, cuarentón y abstraído, coterráneo de Jorge Isaacs.

Don Jorge fue un hombre versátil: incursionó en política, vivió con los indios del Magdalena y estuvo en la selva húmeda del Dagua planeando carreteras. Y miren ustedes: también escribió una novela. En ella, un tal Efraín -que también estuvo en las selvas del Dagua- llega a su tierra luego de un largo periplo por Europa, y sólo para conocer la tumba de su amada; porque ella, la inocente María, murió, y, creo yo, del susto que le produjo el estar enamorada. Pero, ¿qué más podría habersele ocurrido a un hombre que estuvo en la selva asediado por los pegajosos rigores del trópico? Creo que cuando escribió la novela, Isaacs todavía estaba imaginándose a los negros del Dagua haciendo el amor con los tapires. Quizá por ello su genio no pudo dar con un mejor final para María.

Pero son éstos estériles devaneos: yo soy un hombre de otro siglo y tengo fijo mi pensamiento en otras cuestiones; es decir: no en indios, no en selvas, no en tapires; sin embargo, sí en mujeres. Entonces es el mismo asunto... aunque creo no equivocarme suponiendo que a las mujeres de este siglo ya no las matan los pánicos del amor. O quién sabe.

Empecé recordando a Jorge Isaacs porque, justamente, ayer conocí su tumba: un monumento blanco con la forma de un hombre de enorme bigote. Hay también por ahí un ángel -¿o mujer?- reclinado; en una losa situada a la espalda del escritor hay un poema que a nadie interesa, acaso condenado a ser olvidado una vez leído, pues ocurre que sólo ponen sus ojos en él los dolientes que un negro azar arrastra hasta el Cementerio San Pedro... Pero de nuevo me escapo de lo que quiero contar; eso suele ocurrirme continuamente a mí, un hombre con palabras flotantes en la cabeza.

Vi la tumba porque estaba en el cementerio; estaba en el cementerio porque pasaba por ahí y quise entrar a curiosear entre los mausoleos (jamás he podido corregirme de mi manía de leer epitafios). ¿Pero por qué pasaba *por ahí*? Deambulaba entre los lodazales de la carrera Bolívar, sin rumbo determinado, quizá tratando de esconder mi cabeza bajo la sombra del viaducto del metro. Porque esto sí es seguro: tenía que esconder mi cabeza de alguna forma, pues en ella moraba Margarita; y Margarita, sépanlo de una vez, es un pensamiento prohibido, *mi* pensamiento prohibido. *Sepanlo de una vez* diría el listo Martín Fierro, ese hombre heroico que cambió las mujeres por las moscas y la suciedad de la pobreza. ¿Pero a qué esta anotación? Hablo como si quisiera distraerme. Debe ser que Margarita sigue metida en mi cabeza. No, no *debe ser* apenas: de hecho, ella es lo único que hay en ella, junto con las palabras flotantes que antes mencioné.

Conocí a Margarita un día cualquiera, hace meses, y no tengo exactitud en mi recuerdo porque entonces ella no fue para mí más que una de las tantas mujeres de este siglo. Y continuó siéndolo justamente hasta la madrugada de ayer, cuando me desperté azorado creyendo escuchar un cantar de gallos (*clangor de gallos* hubiese dicho don Tomás Carrasquilla, quien también dormía en esta ciudad). «¿Gallos en el barrio Prado Centro?», tal fue la pregunta necia que me hice cuando aún no despertaba completamente. Necia y ridícula la pregunta, por supuesto, pues cualquier enciclopedia -obra de

referencia- puede testificar la distribución universal de las gallináceas: en cualquier lugar puede haber un gallo, así como una botella de cerveza, una mujer o un hombre asustado. Sí, *un hombre asustado*, porque eso era lo que me ocurría: me había despertado el sobresalto de descubrir que de repente comenzaba a amar una mujer, súbitamente, sin más precedente que el desentendimiento en que yo había vivido durante el poco tiempo en que ella estuvo trabajando en la biblioteca.

¿Dónde estará Margarita en este momento? O, más bien, ¿qué estaría haciendo ayer, a la madrugada? Tal vez durmiendo su sueño de muñeca de ojos grandes en una cama con sábanas blancas, bajo un techo cualquiera de la ciudad de Medellín. Acaso estaría abrazando un oso de felpa o un almohadón. O quizás haya muerto, y en ese justo instante de la madrugada estaba agonizando. Pero no, eso es improbable: así vaya contra el espíritu de esta época, quiero que en ésta, mi historia, sólo mate a las personas el pánico del amor, de la misma forma que Isaacs, un hombre del siglo pasado, decidió la muerte de María. Y sí, sé que vivo en tiempos de vanguardia, pero ¡ah! ¿qué más puedo pensar? ¿qué más, si los gallos de la madrugada ya han cantado a los cuatro vientos mi invulnerabilidad?

Hace ya una década que empecé con la desatinada manía de enamorarme. Pero sepan mis lectores que lo que aquí llamo *amor* no es más que la acción de pensar reiteradamente en una mujer de la que no conozco mayor cosa. Suele ocurrir así: conozco a alguna y, de repente, me encapricho. Siento una pasión inextinguible, la cual alimento constantemente con fábulas y novelones mentales en los que me imagino como el amante reconocido de la mujer (razón tenía Machado cuando decía que el amor es *verte una vez y pensar haberte visto otra vez*). Invento encuentros y diálogos fantásticos en mi cabeza, mientras que en otro apartado de mi interioridad no hago más que lamentarme de un cruel destino que se opone a la realización de mis quimeras. No obstante, semanas o meses después, así tan súbitamente como nace, muere el amor. Luego llega otra mujer y... en fin, el ciclo vuelve a repetirse. Y, créanme, sería soportable si la melancolía que me consume en esos momentos fuese también ficticia, o sólo parcialmente; pero no: su mordida duele más que una culpa.

Cuando conocí a Juliana y formalicé con ella la relación que hasta el presente existe, pensé que el estúpido ciclo del amor melancólico había terminado. Me creí libre de él. Llegué a pensar -loco y jactancioso- que si el sufrido corazón de Lugones existiera aún, irremediablemente se colmaría de envidia al conocer mi logro. El poeta argentino había escrito que *el amor no es cosa grata; antes ridiculiza e importuna, y exprime en llanto cruel lo que no mata*, y yo creía haber burlado esta fatal sentencia refugiándome en la candidez de un querer por costumbre. Porque eso es Juliana, *costumbre*, así en principio yo viera en su figura y sintiera hacia ella mucho más de lo que antes había visto y sentido con las otras. Ocurría empero que el destino, al parecer por única vez, había dictaminado complacer mis aspiraciones, y así los novelones imaginarios comenzaron a materializarse alrededor de Juliana. Muy pronto el torrente de la pasión se extinguió y me puso a las puertas de, como ya dije, una vida

neutralizada por la costumbre. Pero, ¡horror de los horrores!: a pesar de la existencia de Juliana, el ciclo del estúpido amor melancólico se reactivó. Tardó en hacerlo, lo sé, mas, ¿qué gané? Mi manía, probando su arraigamiento, no desapareció, sino que apenas disminuyó su frecuencia. Y heme aquí hoy, perdido para la lucidez, llenando papeles con palabras torpes, entregado a la prosa insulsa de un bibliotecario, pensando con inevitable insistencia en Margarita, en esa Margarita que se revolcaba ingenua entre sus pañales cuando yo ya terminaba mi bachillerato.

Mirando el ángel del monumento funerario de Isaacs recordé mi tribulación. Pensé que, por lo menos, ese ángel sólo intentaba apaciguar el último sueño del excursionista del Dagua. En eso pensé, recuerdo exactamente con cuáles y cuántas imágenes. Pero pensé igualmente en Juliana, y también vi en ella un heraldo del cielo: sólo que ya no era un ángel dulce, sino un terrible ángel vengador, un ángel con espada dispuesto a cercenar mi pobre gacznate de infiel (uno de *los heraldos negros que nos manda la Muerte*, como escribió Vallejo). Porque, a diferencia del pasado, esta reaparición del ciclo del amor melancólico me convertía en un hombre desleal. *Deslea!*, por supuesto, para Juliana, en el caso de que se enterara de todo lo que pasaba por mi cabeza; yo sólo me tenía como un estúpido: sentía querer recobrar mi libertad de hombre sin compromisos sólo para, inmediatamente, ansiar perderla en el abrazo de otra mujer. Y esa mujer era -es- Margarita, un ángel con grandes ojos negros de muñeca.

Nada hay tan necio como que una mujer, para ganarse a un hombre de por vida -como si ello representara un botín inmenso-, se someta a los tormentos de nueve meses de preñez. No sé cómo el saber popular consagró un chantaje semejante. Porque si hay algo claro es que un hombre -o, al menos, un hombre como yo- puede ser atrapado sin que sea necesaria la mediación de un lazo carnal tan costoso: yo, por ejemplo, me siento ligado a Juliana por lazos eternos; y esto -que no digo en tono de florilegio poético- se da sin que ella tenga que llevar en su vientre la más mínima partícula de mi simiente. Simplemente, esta mujer ha utilizado conmigo la sagacidad de ser increíblemente buena. Es todo. Yo, un pusilánime hombre de biblioteca, difícilmente podría huir de esa relación; y no precisamente porque Juliana colme todas mis aspiraciones -que ni siendo Scherezade lo haría-, sino porque mi poquedad de sedentario, mi pasividad de meditador, no me permiten tener con ella ni altercado ni reclamo, ni nada que pueda serle desagradable. Yo, con la simpleza de un hombre de la edad de piedra, pienso sólo esto: ella es buena conmigo; yo tengo que ser bueno con ella; no puedo causarle daño ni dolor; si ella quiere que esté a su lado, debo hacerlo, así mi espíritu desee expandirse en otras cosas. Naufrago entonces en medio de un vendaval de moralidad, sin poder anteponer a mi testaruda conciencia ninguna convicción razonable que pueda sacarme de mi estancamiento de caracol. La bondad basta para amargar mi vida. ¿Abominable, no? Ya ven que un hombre postmoderno también es poca cosa.

Después que salí del cementerio decidí dar a mis pasos un rumbo concreto, pues tanto deambular ya se me había hecho insoportable. Pensé que lo mejor era regresar a la biblioteca, donde no faltaría

alguna tarea por terminar. Cuando salía, una viejecita increíblemente flaca y descolorida me pidió que rezara una oración para el eterno descanso de las ánimas. Sin esperar mi respuesta -los mayores siempre asumen que uno es devoto- me alargó un papel arrugado donde se leían algunos salmos. Mientras oraba pensé con angustia en el hecho de que, aún muerto, uno tuviese que depender de la gestión de otros. Y esos *otros*, ¡malhaya suerte de los difuntos!, somos nosotros, los vivos insignificantes. «¿De qué puede servirle a un alma condenada -pensaba yo mientras abordaba un Circular Coonatra 300- la plegaria de un hombre sin libertad? Acaso si esa alma en pena fuese la de Margarita...»

Subirme al Circular y precipitarse un aguacero fue todo uno. Gané uno de los asientos del fondo del pasillo y de inmediato corrí el vidrio de la ventanilla, pues las goteras ya empezaban a golpear sobre el cuero rojo de la silla. Mientras miraba el estallarse de las goteras contra el pavimento, comencé a preguntarme con un dejo de horror si no estaba deseando, de alguna manera, que Juliana desapareciera de mi vida. Prontamente evité este pensamiento, pues recordé un cuentecito que impresionó mucho a don Jorge Luis Borges, *La pata de mono*, de W.W. Jacobs. Érase -así comienzan los buenos cuentos de la infancia que nunca debí dejar-... érase, pues, un amuleto hecho con la pata de un mono al que se le podían formular deseos (al amuleto, se entiende); una familia pide al talismán una fuerte suma de dinero, pero la obtiene en la forma de una póliza mortuoria que la fábrica donde trabajaba el hijo paga después de su horrenda muerte. *Nuestros deseos por fin se cumplen de manera de persuadirnos de que más vale no desear nada*, escribió el buen viejo de Bioy Casares en una de sus novelas fantásticas. Así que no me atreví a darle más vueltas al asunto. Sin embargo, la imagen de Juliana seguía perturbándome el entendimiento: ella, como el ángel vengador, blandía la espada de la fidelidad burlada. Porque han de saber que mi culpa maniática llegó hasta los hervores del exceso: yo no hacía otra cosa que mortificarme por una infidelidad que era sólo mental, pues Margarita no era más que un fantasma en mi cabeza. Maldije a la Iglesia por aquel invento del pecar de *pensamiento, palabra, obra y omisión*. Sentí también la angustia de ser yo mismo (eso lo dijo un trovador). Finalmente -ya dije que en mi cabeza sólo hay palabras flotantes- mi razón sólo pudo ofrecerme un consuelo literario: recordé al postergado Florentino Ariza, que aunque se acostaba con las putas y viudas de Cartagena de Indias, se jactaba de la fidelidad que le guardaba a Fermina Daza.

Mucho más tarde, cuando me senté en mi escritorio, y aún después del momento en que, ya en mi casa, me entregué al sueño, el tropel de mis pensamientos se mantuvo apaciguado. En algunos momentos volví sobre mis ficciones y obsesiones, sí, pero las más de las veces de una manera divertida, casi lúdica. En algún momento recordé un rostro pretérito, el de una mujer que alguna vez hice participar en el ciclo. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, y aún así la idealicé. No se me olvida que, puesto que me pareció horrible confiar un amor platónico al anonimato, inventé un nombre para mi musa siguiendo el consejo póstumo de un sabio de mi abolengo. Este hombre, prendado como yo de la magia de una

desconocida, se persuadió de que ésta se llamaba Nora. Así, basándome en los ojos rasgados, la nariz afilada y la palidez de mi amante imaginaria, prontamente deduje que se llamaba Ángela.

De esto hace unos diez años, y volví sobre este episodio porque, no ha muchos días, me topé impensadamente con esa mujer. Vestía pantalón y chaqueta azul oscuro; caminaba a unos tres metros de mí, paralelamente; el brillo infernal del sol acrecentaba su lividez natural. De pronto se volteó y con voz chillona me preguntó si sabía la hora. Yo, con la frialdad de un autómatas, consulté mi reloj y le avisé con un susurro la inminencia del mediodía. Ella agradeció y siguió su camino con gran rapidez, dándome la espalda. De inmediato se removió una insignificante y relegada neurona en mi cabeza y, sólo entonces, advertí que era ella. Era ella, indudablemente, y me había hablado; diez años atrás hubiese sido el paroxismo. Esta evocación me llevó a una conclusión tranquilizadora: pensé que la obsesión por Margarita correría la misma suerte y que, quizás en un futuro increíblemente próximo, tendría oportunidad de pisarle los zapatos mientras abordáramos al mismo tiempo un vagón del metro, ignorándonos mutuamente. Sólo este pensamiento conjurador permitió mi dulce sueño de anoche.

Pero hoy es otro día. Como el sol, el tormento se ha levantado nuevamente. Al despertar, Margarita era otra vez un pensamiento doloroso. Con el ímpetu de un cuchillo que rompe la piel, la incertidumbre me invadía nuevamente. Deseaba, con un frenesí rayano en lo patológico, conocer lo que ella estaría haciendo en ese mismo momento. Con poca hambre y escasa lucidez desayuné dos huevos tibios con pan y, mientras contemplaba las contorsiones del vapor que se escapaba del café, pensaba en la clase de alimento que ella estaría comiendo a esa misma hora o, si era que hacía otra cosa, cuál sería. Así como mezclaba un poco de leche en el mar del café de mi taza, así mismo combinaba mis especulaciones ociosas con un número exagerado de ridículas fantasías: me veía compartiendo con Margarita una sábana sudada de amor, blanca y resplandeciente a la luz de la mañana; ella, durmiendo a un costado, confiada en medio de su imperturbable desnudez; yo, despierto, recostado en la cabecera de la cama, fumando un cigarrillo con la impavidez de un amante saciado (escena cinematográfica). Y un sinfín de imaginaciones del mismo y descalabrado talante.

Pronto, sin embargo, el tamaño de mi ridiculez fue tal que desperté de todo ensimismamiento, entregándome a un agitado ir y venir a través de todos los cuartos de mi casa. Entonces concebí un plan descabellado: llamarla. Era fácil: sabía su número telefónico. Pensé: «Tanto si me contesta con el aire de sorpresa molesta de quien recibe una llamada tan inesperada como si se alegra de oír una voz también por ella adorada en silencio, sabré a qué atenerme: o me despeño en el barranco del despecho o llevo mi pasión imbecil hasta sus últimas consecuencias». Había tomado el tubo del aparato cuando un asomo de lucidez se manifestó ya en sus últimos estertores. Me crucé de brazos y reconsideré la situación. Me dije: «Hace dos meses que no la veo y, mientras la vi, mi relación con ella fue tan superficial y desinteresada como la que puede existir entre dos empleados de biblioteca que sólo cruzan dos o tres

palabras en todo el día, y eso para preguntarse dónde está Shakespeare o cómo poner los sellos distintivos al nuevo ejemplar de *Taras Bulba*. Si la llamo, obviamente pensará que se trata de un asunto laboral, porque seguirá escuchando mi voz como la de su jefe inmediato y no como la de Ricardo Peña. Si, por un misterioso azar, sintió alguna vez cualquier tipo de simpatía por mí, los dos últimos meses ya habrán tenido ocasión de extinguir hasta la más ínfima chispa de cualquier sentimiento; entonces verá en mi llamada un sarcasmo del destino y me atenderá con sorna y displicencia. En todo caso, lo inesperado de mi llamada provocará en ella alguna sorpresa y, lógicamente, en tales circunstancias reaccionará con prevención frente a la más ingenua de mis cortesías».

Sabrán los que han perdido su tiempo leyendo buenos libros que esa concatenación de apreciaciones lógicas en torno a posibles reacciones de una persona que interesa fue desarrollada con maestría por un pintor asesino, Castel, el protagonista de *El túnel*, enamorado hasta la paranoia de una tal María Iribarne (¿o acaso todo amor es, forzosamente, paranoia?); Fernando Vidal, otro engendro sabatiano, aplicó toda su insana inteligencia a la tarea de perseguir ciegos por las callejuelas de Buenos Aires. Teniendo presente todo esto, y un tanto halagado por ese sucinto descubrimiento de sentido común en mi interior, deseché mi plan y decidí -inconscientemente- aplazar mi aturdimiento para las horas de oficina.

Las horas de oficina: es decir, éstas. Horas frías, sórdidas, tormentosas. Han regresado todos los recuerdos, infinitamente melancólicos, y han avivado las fantasías, irrevocablemente desatinadas. Mi cerebro se desespera, porque quiere y no puede copular con todas las ideas e imaginaciones que lo invaden; ellas pasan, raudas, provocativas, y él, loco, estira sus manos: aquí, allá; se vuelve, pero no logra quedarse con nada. Ni siquiera un hombre como Ireneo Funes -ese que, empleando todo un día, podía recordar exactamente todo lo que había hecho el día anterior-, ni siquiera él, engendro de Borges, podría poner orden a la confusión reinante en mi cabeza.

Durante la última hora he intentado tomar el teléfono cuatro veces. Pero en sendas ocasiones la irresolución me ha hecho desistir de todo propósito, derribándome con pesadez en mi sillón de funcionario mediocre. Sí, *mediocre*, eso es: un bibliotecario mediocre. Un pobre hombre rodeado de estantes, entrepaños y libros. Un alucinado que recuerda, con el espejismo de la vivencia, los episodios de los libros. Porque son muchos los libros que ha leído y ha creído. Y a la mesa de su cabeza se sientan, confundidos, todos los personajes que han llenado sus momentos de lectura; o momentos de marginalidad, que es lo mismo. Y recuerda todo. Recuerda al ave negra posada sobre la tumba de María, y a Efraín alejándose rápidamente sobre su caballo. Recuerda esa centenaria novela antioqueña en que el cortejo de Martín Gala hacia Pepa Escandón termina jubilosamente en un altar. Recuerda a Alicia pariendo el hijo de Arturo Cova. Recuerda a Lelio de Higinió, el vaquero de Guimarães Rosa, haciendo de su sentimiento por una mocita del Paracatu la perfección del amor platónico. Recuerda a Teresa Batista,

rendida de amor en el saveiro de Januario Gereba, allá en la última página de una novela de Jorge Amado. A Durán y María Elvira, amándose y haciendo cursi el final de un cuento lúgubre de Horacio Quiroga. Al Coronel Aureliano Buendía, confesando sin rubor su amor por Remedios Moscote, una niña de trece años. Al príncipe Hamlet, renunciando con resignación al amor de la dulce y sin par Ofelia. A los novios de Manzoni, Renzo y Lucía, oponiendo su amor contra las barbaridades del cruel Don Rodrigo. A Alonso Quijano, el hombre de lanza en astillero, confiado a su loco amor por la campechana porqueriza Aldonza Lorenzo. Al siniestro amante de Berenice, que en un colmo de pasión roba los dientes de su amada muerta. Al insípido Meursault, defraudando a Marie Cardona al decirle que no tiene importancia si se aman o no. Al pobre Manrique becqueriano, enamorado de un rayo de luna. Los recuerda. Los recuerdo. Claro, ellos, los personajes. Ellos, siguiendo el curso de tramas amorosas ya definidas de antemano. Amores resueltos desde siempre y para siempre. Por los siglos de los siglos. Desde la mujer que muere de amor hasta la que goza con desparpajo su pasión; desde el mártir hasta el triunfador, todos estos amores literarios cumplieron con un camino unívoco, sin alternativas, definido. Amores que eran o no eran, pero resignados y confinados a sus posibilidades, a su única posibilidad de ser. La tumba le arrebató María a Efraín, y por doloroso que ello sea para un mortal, lo único que queda por hacer es asumirlo, no decir más, voltear la página, cerrar el libro, abrir el siguiente...

Pero, ¡ah! ¡los amores terrenales! ¡los que nos agobian a nosotros, los seres de carne y hueso! Sólo están definidos en su inconstancia: vagos, irresolutos, inciertos, indecisos, mixturados, impuros. ¿Qué puedo hacer yo, un hombre que, por pasarse su existencia leyendo, no se preparó para afrontar las defecciones de la vida real? No soy un personaje: mi mundo son los días, no las páginas. Soy Ricardo Peña, y estoy metido en una biblioteca, donde hay cosas que puedo tocar y personas que puedo escuchar. Pero, a pesar de eso, en este momento pienso que soy como ese monumento blanco -ése que tiene la forma de un hombre de enorme bigote-, y que en mi cabeza hay un poema que a nadie interesa.

Súbitamente, con desespero, busco el teléfono, pero no lo veo: sólo veo a Margarita, con sus ojos grandes, desvaneciéndose entre un arrume de libracos. No puedo hacer otra cosa más que, como un autómatas, sonreír con complicidad a este dulce fantasma.

LA MUJER QUE HABLABA DORMIDA

I.

¿Cuánto vale la vida de un hombre? Muchas veces lo he pensado pero, por supuesto, nunca he pretendido resolver tal asunto. Me ocurre lo que a muchas personas: para tranquilizar ese extraño afán de probarme a mí mismo que soy inteligente, me formulo constantemente interrogantes ostentosos que tienen que ver con aquellas cosas que la gente llama “profundas”, pero... ¿resolverlos? Creo que mi vanidad, como la de todos, se conforma apenas con la inicial y sugestiva exhibición de interrogantes.

Uno podría decir, si la intención es la de parecer moderno, fatalista y poeta, que la vida de un hombre no vale nada, o decir “muy poco”; pero entonces eso sería una forma modesta de decir lo mismo.

Verdad es que no pretendo resolver nada: nunca tiene uno necesidad de probarse las propias convicciones, sean éstas explícitas o no. Sólo diré que si algo distingue la vida de los hombres, eso es el azar.

Dicen que cada uno se comporta según un destino señalado; quizá sea verdad, pero, como cada quién ignora cuál es el camino que le corresponde, todos piensan que puede ser de varias formas. Así pues, el azar no es más que la cuestión probabilística de que nuestra ya prevista e inevitable suerte puede -o pudo- ser cualquiera.

Desde la época y silla en que ahora me encuentro, pienso que el destino de Jesucristo era, insalvablemente, la crucifixión; pero él, en su momento, quizá pensó en la posibilidad de que Pilatos mandara al diablo toda la intriga urdida por el sanedrín y ordenara su libertad. Vista retrospectivamente, toda existencia puede equipararse con la idea de un destino, pero, en su momento, toda existencia es azar. Esto es claro, o por lo menos me parece claro hoy, después de haber leído los escritos de intimidad de un hombre difunto: hasta tal extremo de curiosidad he llevado mis atributos de cuidador de casas deshabitadas. Ruego a los escrupulosos su perdón y, de concedérmelo, su atención en todo lo que sigue.

II.

Después de la muerte de Enrique Valencia, la secuela de lo desgarrador y lo ominoso hizo que su mujer y su hija abandonaran precipitadamente la residencia familiar, ubicada en una de las arborizadas cuadras de la carrera Venezuela, en cercanías del cruce con la calle Urabá. Días después, ante la

rotunda negativa de la señora de regresar a su casa, la compañía de seguros consiguió que se autorizara mi estadía permanente allí en calidad de cuidador: temían que los cuantiosos bienes de la familia fueran robados, pues gentes de ese sector de Prado Centro hablaban de la presencia de desconocidos merodeando por los alrededores de la casa. Concretamente, el director de la compañía me alertó sobre un tipo de tez blanca y chaqueta negra que durante los tres días anteriores a mi instalación en la residencia Valencia había consumido incontables cafés con leche en una cafetería vecina.

Un martes en la noche se produjo mi arribo a la casa. Se trataba de una vieja pero sólida construcción, agradable tanto por lo espaciosa como por lo iluminada: lámparas y bombillas propagaban su luz hasta los más ocultos rincones; antigüedades, cuadros, muebles, electrodomésticos y lujos en general se disponían con prodigalidad y tino, haciendo justicia a lo que una residencia de Medellín requiere para parecer la de un acaudalado típico, y, así mismo, justificando el temor de que pudiese ser atacada por delincuentes.

Después que hube inspeccionado todo el edificio que se me confiaba, me instalé en una habitación que, ubicada en el entresuelo de un recodo de las escaleras, dominaba desde sus discretas ventanas -en forma de claraboyas- toda la escena exterior. Ni esa primera noche ni durante el torrente de días que se sucedieron pude ver al supuesto maleante de la chaqueta negra. Solamente recuerdo haber visto, creo que al tercer día de mi estadía, a un hombrecito delgado y mal afeitado que pretendía destrozar a puñetazos un teléfono público que había a cien metros de la mansión; me extrañó porque, habiendo estado vigilándolo largo rato, me pareció que echaba con regularidad ávidas y furtivas miradas a la casa Valencia.

En general, puedo decir que nada ocurrió de particular durante el tiempo que guardé la casa. Dormía hasta tarde, preparaba un parco desayuno con las existencias de la nevera y la despensa, leía horas y horas tumbado en un cómodo sillón de la sala y después, hacia las cuatro de la tarde, salía al centro de la ciudad a comer algo y charlar con algunos amigos. Cerca de las siete regresaba -a veces acompañado, por supuesto-, hallando todo en el más completo orden. De ahí y hasta más o menos las dos de la madrugada encontraba diversas cosas en qué ocuparme: reanudar la lectura, conversar por teléfono, mirar el televisor, escudriñar los armarios y cajones de la alcoba matrimonial, fisgonear en el diario de adolescencia de la nena de la casa o, en el mejor de los casos, hacer el amor con alguna convidada. Tales disfrutes se realizaban en mi conciencia -al punto insano de parecer ya mofas o jugarretas crueles- cada vez que pensaba que aún tendrían que pagarme por hacer todo aquello.

III.

La tarde del tercer viernes después de mi instalación me avisaron que a partir del día siguiente debía abandonar la casa, pues era preciso que prestara de otra manera mis servicios a la compañía. Esa tarde, recuerdo, leía yo las páginas finales de *La muerte de Ivan Ilich*, de Tolstoi. Un tanto disgustado ante la necesidad de poner fin a mi sibarítica vida de vigilante, mis sentimientos arribaron a un extremo de cólera cuando descubrí que al libro le faltaban algunas páginas: el relato se cortaba bruscamente en la página 92, cuando apenas empezaba la verdadera agonía del protagonista. Fastidiado, me levanté y fui hasta los estantes de la biblioteca del difunto señor Valencia, pensando encontrar las hojas restantes entreveradas en alguna parte, factiblemente en el espacio dejado en la fila de libros por el volumen que yo había sacado.

En efecto, allí estaban, sólo que en compañía de algo más: un escrito de algunas cuartillas cuidadosamente dobladas, mecanografiadas y firmadas por Enrique J. Valencia (hecho que llama la atención: ¿preveía él un póstumo descubrimiento de su “obra”?). Sin duda habían estado todo el tiempo dentro del libro de Tolstoi, y al retirarlo yo del estante, el legajo se había caído, arrastrando consigo las páginas culminantes de *La muerte de Ivan Ilich*. Dispuesto a volver a la novela sin pérdida de tiempo, dirigí una rápida mirada al primer párrafo del escrito. Pero entonces ya no me fue posible dejarlo, pues Valencia -acaso inconscientemente- daba inicio a su perorata con un irresistible párrafo que hasta el mismo Marcel Proust hubiese envidiado, y que azuzó mi curiosidad de una forma francamente morbosa. El texto comenzaba así:

Hace siete años mi mujer, que habla dormida, pronunció entre un sartal de incoherencias la palabra “muerto”. Nunca, hasta entonces, había podido descifrar el más mínimo de sus gorjeos. Era Jueves, 15 de septiembre; en la madrugada del día 18 murió Pedro Valencia, mi tío.

Con avidez -acrecentada, indudablemente, por la conciencia de saberme leyendo las páginas de un muerto-, di cuenta del escrito. En esencia es como sigue.

IV.

Enrique Valencia habla de su tío con una reverencia casi sobrenatural, como la que sólo puede inspirar un dios. De entrada admite que la figura del viejo Valencia ejerció sobre él un influjo definitivo, y habla de aquella muerte como de un verdadero rito de iniciación:

Luego de que Pepe murió, luego de que yo lo vi amoratado e inmóvil dentro del ataúd, se formó en mí la idea de que había quedado algo por hacer; tanto así que, al poco tiempo, me convencí de que irremediablemente yo habría de ser otro por causa de esa muerte.

Con ese “algo por hacer”, Enrique se refiere a la necesidad de continuar la vida intelectual de Pedro, un hombre de letras, dedicado durante treinta años, con brillantez, al placer impune de la literatura:

Me parecía lo más estúpido, lo más inconsistente del mundo, pensar en el hecho de que Pepe hubiese dejado en su biblioteca centenares de libros que no había leído; y este desconuelo se hizo irresistible cuando, pudiendo birlar a la vigilancia de sus hermanos una carpeta con escritos inéditos, descubrí que Pedro había dejado inconclusa una decena de cuentos donde la frescura de los sustantivos y la precisión de los epítetos maravillaban.

Consciente de que deseaba hacer de su vida de contador la vida de un intelectual; consciente, en fin, de que deseaba ser un nuevo y redivivo Pedro Valencia, Enrique comenzó por acercarse a los libros que en vida habían sido de aquél. Pero, por supuesto, quien cree amar la literatura pronto advierte que ser únicamente lector es una conducta casi que parasitaria:

Entonces me obligué a producir, a escribir algo. Era fácil: tenía la historia, la cual no podía ser otra que la de la muerte de Pepe.

Muerto en el fragor de una noche violenta en la vecina ciudad de Bello, Pedro se convirtió, para su gente, en un doloroso enigma: noche de ebriedad, palabras necias del tipo “si a mí me pasara algo”, taberna a la que nunca había entrado; un revólver, un disparo, rumor de suicidio, testimonio de un amigo al que alguna vez Pedro confesó la tentación de aplicarse arsénico...

Sin duda, tenía yo material suficiente para escribir una historia... sólo tenía que entretrejer, con palabras buscadas pacientemente, un relato que confundiera la crónica con la imaginación. Pensaba que todo logro se fundaba en saber mantener un clima de expectante ambigüedad.

Preparando su obra, Enrique recuerda el agorero murmullo de su mujer:

Antes que pensar que ese precedente podía llegar a convertirse en un magnífico pretexto para hacer literatura, sentí la horrible sensación del terror, porque hasta entonces no me acordaba de eso. Entre ese jueves en que Diana habló desde el sueño y el momento de la muerte de Pepe, yo no pensé en nada que no fuera mi cotidiana vida entre el “debe” y el “haber”. Pero después, cuando

retrospectivamente pude ver la ligazón indivisible de la “causa” y el “efecto”, mis nervios conocieron una edad del pánico hasta ese entonces embrionaria. Dormir con Diana se hizo tortuoso, porque cada vez que comenzaba a farfullar sus disparates, yo, para evitar la formulación de otra horrible profecía -o, más bien, para evitar escuchar esa formulación-, bloqueaba mis oídos con las manos y la almohada.

Ese temor supersticioso hace presa fácil en Enrique, hasta el punto de entorpecer la redacción de su historia:

Sobrepasada la quinta página del manuscrito, ya nada podía hacer sino interrogarme constantemente sobre aquello de la premonición. Inútilmente me repetía a mí mismo: “¿Qué tiene que ver en todo esto ese anticipo del destino? ¿Por qué esa revelación? ¿Cómo pudo ser posible? No quise consultar el asunto con Diana, habitual receptora de mis ocurrencias, porque me avergonzaba el hecho de que ella viera en mí una paranoia que yo ya empezaba a sentir.

Cansado de su preocupación, en la cual veía su propia estupidez y que quizá no era más que un sucedáneo de la vida sosa y negligente que creía haber dejado atrás, Enrique discute con un compañero de trabajo el asunto de la revelación del destino del viejo Pedro Valencia:

Pensé en Martín, en contárselo todo: estaba seguro de que su sentido común me pondría a salvo de lo que, dentro de mis especulaciones, fuera insulso. Pareció gustarle el proyecto de la historia. En cuanto a lo del funesto pronóstico de Diana, sólo dijo: “Ah, Quique... ¿y vos qué pensás? ¡El destino siempre se revela!”. En ese momento creí entender lo que me decía.

Pasado algún tiempo, Enrique Valencia descubre que, en realidad, su vida en la literatura es ya un hecho inobjetable:

Sólo vivía para leer un libro tras otro, de los cuales solía hacer reseñas y escribir comentarios de todo género... Me sentía en la cima de la elocuencia cuando podía escribir, de mi propia invención, un párrafo sobre algún autor. Con fruición y rigor trataba, por ejemplo, temas como el existencialismo satisfecho de Camus o la fantasía frustrada en la obra de Bioy Casares (...)

Como todo lector asiduo que aproxima su pasión al cuadro patológico, yo sólo tenía tiempo para leer: nunca hubo un minuto extra para el trabajo, y aun el tiempo para Diana y Angélica pocas veces rebasó la medida “racional” que yo le asigné para beneficio de mis lecturas. Cada vez que evocaba la figura de Pepe no podía menos que sentir un profundo y reverente agradecimiento: yo no concebía cómo, si no por su influjo involuntario, habría podido acceder al mundo maravilloso de los

libros. Sin embargo, por intenso que fuese ese agradecimiento, no había podido evitar que, junto con mis preocupaciones sobre la revelación del destino, el proyecto de escribir la historia de su muerte se hubiese ido al diablo. Con una lógica simplista y, casi diría, primitiva, yo pensaba que cada minuto empleado en escribir era un minuto perdido para descubrir nuevos autores y mundos. A veces, es cierto, sufrí horribles vacíos: me veía como un estúpido y vulgar devorador de libros; siempre logró producir en mí una reacción de enfado el comentario que me acusaba de ser una criatura de esa especie. Pero mal que bien me sobreponía, y lograba deshacerme de esa sensación de fatiga que ocasionalmente me producía la sucesión de los libros leídos y por leer. Pensaba que, como fuera, mi destino era más feliz que el de los hombres que mataban -y matan- sin tregua en esta ciudad, cuya primavera es en realidad una espantosa alucinación. Pero yo no me preocupaba demasiado por eso: incluso pude llegar a escuchar de nuevo, sin temor, los susurros nocturnos de Diana.

V.

Muy poco dura la tranquilidad -o la relativa tranquilidad, más bien- que exhibe Valencia en las anteriores líneas, pues cierta noticia que escucha en el lugar menos pensado vuelve a ponerlo a merced de todos sus terrores. En las líneas que siguen -y que dejaré correr por sí mismas, omitiendo mis sosas pretensiones de síntesis- puede vislumbrarse todo el descalabro operado en su universo mental:

Hace dos años, un joven mesero de una taberna de la parte céntrica de Bello me refirió una historia, completamente desconocida para mí, acerca de la muerte de Pepe. No recuerdo cómo o por qué yo había dicho ser su sobrino; entonces fue cuando el muchacho dijo algo relacionado con un piano. “¿Un piano?”, pregunté; “Claro”, dijo él, “A don Pedro lo mataron por un piano”; “¿Un piano?”, seguía repitiendo yo y, más que a él, a mí; adivinaba en esa alusión algo macabro, tanto así que, por fijar mi entendimiento en la imagen del piano, no caía en la cuenta de que, por primera vez, alguien hablaba con seguridad de la muerte de Pepe como un homicidio, y no como un suicidio. Según el muchacho... ¿John? ¿Jonathan?... según él, pues, Pedro se encontraba completamente borracho en «El Portón», el cafetín que solía frecuentar. Hubo un altercado entre dos personas acerca de un disco que hicieron sonar en el local. Pedro, sintiéndose magnánimo en medio de su embriaguez, se paró y, tambaleándose, se acercó a los dos sujetos con el ánimo de conciliarlos. Sin embargo, siendo propio de todo ebrio olvidar prontamente sus fines y evolucionar bruscamente en sus emociones, el hecho fue que Pedro irrumpió en improperios contra el administrador del local, argumentando que la música era pesada e indigesta. El dependiente, también bajo los efectos del

alcohol, no vaciló en injuriar a Pepe. Los hechos que siguieron a este alegato fueron confusos; el caso fue que, no teniendo otra cosa en qué descargar su ira, Pepe la emprendió a patadas contra un piano costosísimo que el propietario de «El Portón» había adquirido recientemente y que entonces decoraba el lugar. Luego de esto Pepe huyó. El administrador, sofocado por la irritación y el miedo -previa los reclamos justos de su patrón por la destrucción de aquel mueble-, tuvo la “brillantez” de elucubrar la más precipitada y absurda de las venganzas en contra de Pepe: no había éste caminado muchos pasos más allá del cafetín cuando un matón arrogante, codiciando una miseria ofrecida por el administrador, salía en pos de él. En «La Ostra», una taberna a la que Pepe -inocente de su destino- entraba por primera vez, tuvo lugar el fin: el mercenario le dio alcance y, apoyando un revólver sobre su cabeza, le disparó dos veces.

Quedé impresionado. No pude resistir esa amarga verdad de la estúpida muerte de Pedro: “Muerto por una nada”, me repetía constantemente, y creo que mientras llegué a casa no atiné a decirme algo más ingenioso o, por lo menos, más tranquilizador. No soporté mucho tiempo estarme callado, y así se lo conté todo a Diana. Aunque no esperaba nada de ella -le había hablado sólo por desahogarme-, me sorprendió su único comentario: “Ah, sí, qué tristeza... pero es que ahora matan por nada”. Eso dijo, bastante tranquila, y luego se fue.

Desde entonces, todo ha vuelto a ser terrible. Han vuelto a asustarme los susurros de Diana al dormir. Han vuelto mis preocupaciones acerca del destino; me espanta la fragilidad de la vida: un hecho nimio puede llegar a convertirse en la muerte misma. Miles de veces me he devanado los sesos con cuestiones absurdas, de imposible respuesta: “¿Por qué Pepe pateó el piano?” “¿Por qué se encontraba ahí?” “¿Por qué pusieron a sonar aquel disco?”. Martín, con quien hablé de esto, me dijo con una tranquilidad que sólo logró indignarme: “Enrique: sólo ocurre lo que ocurre, lo que tiene que suceder”. Pero no sólo él lo dijo: la gente, toda, está convencida de lo mismo.

Sigo leyendo, es cierto. Pero cuando no lo hago, me angustio: pienso que cualquier acto que cometa, por insignificante que parezca, puede llevar el curso de mi vida hacia una muerte fácil y súbita. Comprar el periódico, regañar a Angélica, planear una salida con Diana o hacerle el amor un sábado o un domingo, abrir un grifo, regalarle un tabaco a Martín... Me parece que todas esas minucias llevan impreso un fatal e indeleble sello, que cada uno de esos actos representa una posibilidad de muerte: sólo es menester que en el giro de la ruleta la esfera se encaje en el compartimento preciso. Y entonces uno morirá.

VI.

...Hace dos semanas -no sé cuántas veces lo he hecho ya- conté la historia de la muerte de Pedro a un cuñado suyo, con quien no hablaba desde hacía por lo menos cinco años. No pareció impresionarse mucho, y sólo dijo, con cierta satisfacción de razonamiento lógico, algo parecido a esto: "Claro, así tuvo que ser... Vos... Ah, no, vos no estuviste... Ve, Enrique: cuando sacamos los restos de Pepe para llevarlos al osario, nos preocupamos por examinar el cráneo destrozado, y sí, se veían en él dos orificios pequeños... Los forenses dicen que si son pequeños, entonces son de entrada de la bala... Y mirá lo que me estás contando: la cosa encaja, pues. Yo entonces había pensado que era raro que un suicida se disparara dos veces, y menos estando borracho". Dicho esto, se rió. Iracundo, quise contestar algo a su estúpida sorna, pero Diana, influida por lo dicho, recordó la muerte de un joven ocurrida hace pocos días en una esquina aledaña a la casa. Entonces comenzó a hablar de eso, y yo reprimí mi arrebato. Después no habría lugar pa-ra decir nada.

VII.

...Anteayer ocurrió algo terrible. Con la poca lucidez que me queda he tratado de explicármelo racionalmente, para no ceder a la fuerte impresión de impotencia y locura que está a punto de inutilizarme de una vez por todas.

El martes llegó Angélica del colegio contando que había sido asesinado un conocido suyo, un amigo de otros días. Se trataba de un suceso triste a todas luces: el joven -un tal Lucas- recién había salido de la cárcel tras un largo encierro. Sentado en una mesa, en un establecimiento nocturno, mientras bebía un brandy celebrando su primer sábado de libertad y mientras, de seguro, pensaba en su futuro hijo -a nacer por estos días-, la muerte lo había golpeado súbitamente con cuatro impactos inapelables. Yo, escuchando a mi hija, sólo había atinado a pensar como un enajenado: "¿Y si no hubiese estado pensando en su hijo?". Diana, sabrá Dios qué, también pareció quedarse pensando. No sé en realidad qué pudo haber pensado, pero quiero creer que hace dos días, cuando dormida dijo claramente "matar", lo hacía como producto de la sugestión, y no como otra nueva y fatal profecía. Todo ocurrió inesperadamente: no alcancé a tapar mis oídos y, con un pánico que ahora no podría describir, escuché claramente lo que dijo. Entre bisbiseos dijo eso, "matar".

Han pasado dos días. La muerte anunciada por la nueva profecía está próxima a ocurrir. Han coincidido la esfera y el espacio predestinado en la ruleta. Un destino anunciado, un destino visionado

debe cumplirse. Tenía razón Martín cuando decía que el destino siempre se revela. Ya se ha revelado, y no sólo en las palabras entrecortadas de Diana, sino en el ir y venir de todos los días: en mi ir y venir, por ejemplo. Pero no en el vaivén que me lleva de García Márquez a Borges, sino en el ir y venir de esquina a esquina, de muerto en muerto, de asesinato en asesinato, de vida truncada en vida truncada. Porque en mi caso, mucho más allá de la literatura estaba el mundo, estaba la ciudad, estaban los hombres; estaba el destino, mi destino, que se ha revelado en la muerte de los otros.

Angélica no está en casa. Diana duerme. El hecho súbito y nimio ya ha ocurrido... Y, tal vez, no es otro que yo mismo, el otro Pedro.

Es el fin del manuscrito, interrumpido en ese punto por una rúbrica firme y azul. Acaso poco después de estamparla -o acaso sólo después de mucha angustia y vacilación-, Enrique Valencia, en su cama, al lado de su esposa dormida y ajena a todo horror -pero tal vez ronroneando alguna cosa-, decidió asumir por propia mano el destino que creía labrado para él, sólo para él.

HISTORIA DE UN ESCRITOR Y UN LABERINTO

Finalmente llegué a convencerme:

No tenía nada que decir.

Roberto Arlt

La hoja en blanco, aprisionada entre los dispositivos de la máquina, esperaba. En ese momento era yo uno más de los que miran desconcertados un papel vacío pensando qué malhadada es la vanidad de creerse escritor. En la parte derecha de la mesa estaba la tacita de café, vacía; la había traído hacía pocos minutos para ir alternando los tragos a medida que fuera escribiendo la historia, pero durante el desconcierto e impaciencia del cómo empezar me había terminado el café en un instante, casi sin darme cuenta. Y la hoja, con un algo de insolencia, continuaba muda.

Instintivamente me levanté de la mesa y fui hasta el estante de los libros, creyendo -vanamente, como siempre- que el leer títulos y nombres ayudaría a mi musa. Llevaba la mirada de un lado para otro, repasando las palabras consabidas, y era tanta la frecuencia con que incurría en esta operación que ya no leía los nombres de los autores y las obras, sino que sólo los presentía o los adivinaba, asumiendo

por lectura el mero hecho de verificar la familiaridad en la disposición de las letras. Mil veces lo había hecho, porque, en idénticas circunstancias, mil veces había estado en este mismo lugar. Sin embargo, esa vez ocurrió lo impensado.

Con resignación había tomado algunos libros y había revisado los ininteligibles mamarrachos que, a modo de anotaciones, había escrito al margen de páginas que me habían resultado de algún interés. Pensaba que quizá de esa manera, si no para una historia, al menos hallaría alguna idea con la cual desarrollar un ensayo; incluso, tal vez bajo esta forma encontrara mi vanidad un mayor aliciente para la escritura. En esto me hallaba cuando eché mano a *El Anticuario*, de Henri Bosco. Cuando ya me disponía a escudriñar en la doble página que me había deparado el azar, escuché un ruido como de resortes en torsión que parecía venir de la parte posterior del estante. Me llamó la atención la nitidez del quejido metálico, pues no se compaginaba con la posibilidad de que fuera producido por alguna otra cosa que estuviese ocurriendo en ese mismo momento, casualmente, en la casa vecina, que era lo que había al otro lado del muro de mi biblioteca. Durante un largo instante estuve paralizado en medio de las conjeturas; el libro en la mano derecha, abierto en una posición incómoda, perdía por culpa de mi distracción la feliz y esperada oportunidad de ser leído alguna vez.

Como no se produjo ningún otro hecho inesperado que diera más precisión a mis imaginaciones, se me ocurrió acercarme al hueco dejado por el libro recién retirado y escudriñar en el vacío. Para mi sorpresa, comprobé que el espacio vacío no tenía la oscuridad que yo esperaba: por la pequeña abertura se alcanzaba a observar un fondo grisáceo, bastante retirado de mi punto de observación como para suponer que se trataba de la misma pared de la biblioteca. Un impulso nacido en la intriga me hizo derribar a manotadas todos los libros del entrepaño. Entonces, ya en la más inmensa y ratificada sorpresa, me vi ante un recinto espacioso y en penumbra cuya desolación hacía pensar en un “otro mundo” que, creía yo, no podía pertenecer a la casa vecina ni, mucho menos, a la mía.

Pero sí pertenecía a mi casa, porque luego de quitar la mayor parte de los libros me encontré con que el hueco se prolongaba tras la totalidad de los entrepaños, en un perímetro que correspondía exactamente al de mi estante. Aunque, por más que intenté, no conseguí correr el armatoste de madera, caí felizmente en la cuenta de que por el entrepaño destinado para los más altos volúmenes -en mi caso, para la *Historia de la Literatura* y el *Atlas lingüístico de Colombia*- bien podría deslizarme. Tal era mi asombro ante este descubrimiento que olvidé por completo mi inveterada propensión al temor. Antes bien, luego de haber trepado en un banquito que yacía a la mano me precipité con una cierta fruición por el espacio más amplio del estante desocupado y me dejé caer sobre el piso de la extraña sala.

Contra mi primera impresión, el recinto no estaba completamente vacío: hacia el muro que por unos diez metros se hundía a mi derecha (yo me encontraba de espaldas a mi biblioteca) se encontraba una mesa mediana en cuyo centro se adivinaba una especie de jarrón; más allá, en la esquina que formaba el

muro sobre el cual se encontraba mi estante -es decir, el agujero de acceso a la extraña cámara- con la pared de ese fondo derecho, se distinguía un cilindro de regulares proporciones que hacía pensar en los recipientes para basura que uno encuentra en los bancos o edificios lujosos, cuya abertura se encuentra no arriba sino por un lado del tubo. No se veían más objetos, y las paredes, lo advertí a pesar de la penumbra, eran del mismo color de la biblioteca. Sin pensarlo, me acerqué a la mesa. Extrañamente (pero entonces no me detuve a pensarlo) actuaba sin cautela; por el contrario, me dominaba una especie de desenfadado regocijo que llevaba mi curiosidad -o era llevado por ella- hacia un confín de sensaciones inimaginables.

Había tanto polvo y suciedad sobre la mesa que retiré con una contracción violenta la mano inquisitiva. La limpié en mi ropa y sin reserva alguna la estiré hacia el jarrón central: más allá del polvo se adivinaba la superficie lisa y deliciosa de la cerámica barnizada; lo golpeé con un impulso que creí tenue, pero ante los amenazadores tambaleos decidí dejarlo quieto. Me crucé de brazos y por algunos minutos revisé con desconcertados giros de la cabeza toda la sala: ni en las paredes ni en el oscuro piso se advertían más objetos. Entonces, como si lo hubiese olvidado, di un giro precipitado y me acerqué al cilindro. Éste era en efecto una papelera de banco. Me llamó la atención su fijeza, pues a pesar de un gran esfuerzo no pude moverla de su sitio; sin embargo, el eco de unos golpecitos que di contra el cuerpo metálico reveló su vacío. Para cerciorarme, metí la mano por la abertura y alcancé a tocar el fondo frío y limpio: efectivamente, estaba desocupada. Al retirar la mano, los nudillos del meñique y el anular chocaron contra algo que se pronunciaba sobre las paredes internas de la papelera. Palpé detenidamente y descubrí que se trataba de un interruptor. Al accionarlo, se encendió una lámpara de luz blanca que no había advertido en el techo.

La iluminación daba un efecto extraordinario: a pesar del polvo que la cubría, la sala resplandecía y se presentaba nítida en todos sus contornos a lo largo de objetos y esquinas. Pude observar detalladamente paredes y suelo y, con una simultaneidad prodigiosa, mientras pensaba que por su disposición el cuarto debía tener un acceso en alguna parte del piso, descubría hacia el ángulo noroccidental una especie de cuadrilátero delimitado por surcos más pronunciados que los que comúnmente separaban las baldosas; pensé de inmediato, y con razón, en una escotilla. Al pararme sobre ella pude comprobar que se movía con alguna vacilación; me hice a un lado, y luego de inclinarme examiné sus bordes. Comprendí que debía improvisar alguna suerte de palanca para introducirla por las ranuras que la limitaban, pues su disposición no permitía pensar en otro tipo de procedimiento para abrirla. Me llevé la mano derecha al bolsillo ídem del pantalón y extraje las llaves de la casa y la biblioteca, que, como amantes fieles, permanecían ligadas por una misma argolla. Con un mediano esfuerzo pude levantar la tapa, y cuando por la torcedura de las llaves ésta empezaba a descender nuevamente, logré poner las yemas de los dedos a modo de ventosas y detenerla; después de tomar un

poco de aire y asimilar algún ardor que se originaba bajo las uñas, levanté completamente la tapa. Contra toda presunción romántica, ningún gozne quejumbroso se hizo oír. Asombrado, observé que un espacio iluminado se abría a mis pies.

Durante los más inmediatos y fugaces instantes tuve una fuerte sensación de vértigo: a mis pies comenzaba un vacío que sólo se interrumpía unos quince metros más abajo, en un piso de cemento desnudo completamente distinto del que ahora ocupaba. Por la pared que se iniciaba junto a la escotilla descendían regularmente unos arcos en varilla metálica que hacían las veces de escalera. Luego de la vacilación inicial me descolgué por la abertura y bajé rápidamente al nuevo compartimento. Era éste mucho más amplio que el que ahora se encontraba sobre mi cabeza: el muro del fondo -el del costado oriental- se encontraba a unos veinte metros de donde yo estaba, y hacia mi izquierda y derecha las paredes no estaban propiamente inmediatas. Sólo la pared occidental se daba por prolongación de su análoga del recinto anterior. El color de las paredes era el mismo, pero ahora aparecían nuevos elementos: se presentaban tres puertas a cada lado y una al fondo; algo en ellas -quizá su color, quizá la rusticidad de sus tablas- hacía figurárselas pesadas sobremanera. El extraño apremio que me embargaba hizo que me desesperara ante las múltiples alternativas, pues ya lejos del asombro sólo sentía la necesidad de continuar mi exploración, la cual, imaginaba, debía llevarme hacia un lugar culminante en explicaciones y sentidos para todo este increíble descubrimiento.

Entonces fue cuando recordé a Borges. En un recodo de su más ingenioso cuento, un personaje suyo se encuentra recorriendo una desconocida maraña de caminos; ante la necesidad de llegar rápidamente a un lugar determinado, razona que el doblar siempre por la izquierda le llevará al centro del laberinto. Así, sintiéndome respaldado por esta ficción, me dirigí a la primera puerta que se veía a mano izquierda. No tenía ningún tipo de picaporte: sólo bastaba empujar para hacerla girar. Lo hice, y una vez del otro lado me vi en una galería estrecha cuyas paredes en piedra desnuda sólo parecían interrumpirse en otra puerta que se veía unos veinte metros más al fondo. La iluminación correspondía al mismo ambiente blanquecino que había observado desde el primer cuarto, y se generaba en unas lámparas redondas fijadas regularmente en un techo que también era de piedra. Tomé un poco de aliento y seguí adelante. A mis espaldas, y a la manera de los dispositivos de los bancos, la puerta retrocedió suavemente y retornó muda a su posición inicial.

Cuando ya llegaba a la puerta del fondo comprobé que al lado derecho, contigua a aquélla, se encontraba otra puerta disimulada por un umbral largo y deprimido. Su aspecto semiclandestino me hizo, en primera instancia, dirigirme hacia ella, pero pronto recordé mi estrategia borgiana y me encaminé hacia la puerta que había vislumbrado desde el principio de la galería. La accioné como la anterior y me encontré en una cámara rectangular de unos diez metros cuadrados. En el centro había una especie de túmulo en la misma piedra de los muros; ni en la pared del frente -es decir, la norte- ni en la occidental

había puertas; éstas, en número de dos, se encontraban sobre el muro de mi derecha, esto es, el oriental. Las separaba cerca de un metro y medio. Luego de examinar superficialmente el túmulo -de un metro de alto, convexo y sólido en apariencia- tomé el camino de la puerta que se hallaba más al norte. Al trasponerla descendí por unas estrechas gradas que, encerradas en un corto túnel, iban a dar contra una pared que se destacaba a un nivel no muy inferior del que yo procedía. Esta pared corría a lo largo de un corredor de techo bajo que se extendía a izquierda y derecha. Los dos fondos se presentaban indescifrables por la oscuridad que los ocupaba, pues la luz parecía que iba decreciendo gradualmente a medida que se avanzaba por cada extremo; de esto deduje que el lugar al que había desembocado debía ser la parte central de esa estrecha galería, aunque nada particular en él daba fuerza a mi suposición. Sólo entonces se me ocurrió que tal vez la luz habíase ido menguando gradual e imperceptiblemente a medida que yo iba pasando de una cámara a otra. Sin embargo, no quise formularme ninguna explicación; sólo doblé por donde lo prescribía mi método, sintiendo vivamente el deseo de llegar al rincón donde me sería dado descifrarlo todo. Sospechaba que en alguna parte debía hallarse una clave.

Sumamente largo era el nuevo corredor; tanto, que no fui capaz de hacerme una idea aproximada de la distancia que caminé por él. Sólo puedo decir que en algún momento llegué por un costado a un recinto amplio, en cuyo fondo se apreciaban no ya puertas sino tres aberturas contiguas en forma de arcos, separadas apenas por columnas. Como en los anteriores compartimentos, la piedra dominaba en la confección de las paredes. Aunque algo difusa, la luz permitía un examen detallado de todo el espacio; si desde atrás había creído ver el fondo como una oscura boca de lobo, ello sólo se debía al contraste entre la luz relativamente intensa al pie de las gradas y la fresca penumbra de esta nueva habitación, bastante alejada, por lo demás, del lugar por el que yo había desembocado. Seguí en la dirección norte y crucé por los arcos. Más allá de ellos la luz seguía disminuyendo. De inmediato escuché un leve sonido de agua corriente. Llamada mi atención por el rumor del cauce, miré hacia todos lados tratando de romper la oscuridad de los fondos más alejados y ubicar la fuente. El rumor iba y venía, y cuando desaparecía me dejaba sumido en un profundo desconcierto que, a medida que pasaba el tiempo y no lograba yo corregir mi desubicación, iba formando en mí la sensación de suspenso inquieto con que alguna vez leí el *Informe sobre ciegos* de Sábato: allí donde Fernando Vidal, husmeando en los sótanos de una morada extraña, termina internado en una oscura caverna que lo conduce hacia un lugar impensadamente sórdido y surrealista.

Permanecía parado, apoyado en una de las columnas de los arcos, mirando para todos los lados y aguzando hasta el dolor los sentidos más orientadores. Al frente se adivinaba una pared larga y cóncava, siendo un punto ubicado bajo el umbral de la segunda de las aberturas arqueadas más o menos el centro del círculo que resultaría de la proyección del arco formado por la pared. De piedras mucho más grandes que las que había visto, ésta no revelaba puerta alguna en toda su superficie. Hacia

la izquierda de donde yo estaba, y partiendo del extremo ídem del arco, se adivinaba una suerte de corredor de no mucha extensión, pues en su parte final se entreveía un sistema múltiple de puertas. Hacia mi derecha se esbozaban los contornos de una habitación relativamente ancha, de tal suerte que la pared arqueada estaba más pronunciada hacia la izquierda. En las paredes de la habitación de la derecha se veían unos manchones rectangulares que a primera vista se me antojaron como puertas.

De improviso se me ocurrió que el sistema de tomar siempre el camino de la izquierda no estaba conduciéndome al centro del laberinto sino hacia su periferia. Otra idea acudió a mi mente que me acercó mucho más a la convicción de que había cometido un craso error al aplicar el método borgiano: al adoptar el sistema de doblar siempre a la izquierda debía llegar uno al centro del laberinto, pero siempre y cuando no se empezase el recorrido en el centro mismo. Yo suponía haber accedido al sistema por su periferia, pero nunca se me había ocurrido que bien podía no ser así: no debía olvidar que la segunda sala que encontré tenía una disposición bastante regular y que a ella convergían ordenadamente múltiples puertas (tres en cada uno de los lados más largos; una al fondo; pero no recordaba haberme cerciorado si a mis espaldas había una puerta homóloga a ésta), y que si pude llegar hasta ella había sido porque descendí desde un nivel superior, nivel que quizá no correspondiese al laberinto propiamente dicho, pues, ¿no habían sido construidos los más famosos dédalos en un solo plano? Era cierto: la noción clásica de laberinto implicaba el atrás, el adelante, la derecha, la izquierda... pero, ¿el arriba y el abajo? Entonces, yendo mucho más allá, me planteé lo siguiente: No es natural que a un laberinto se acceda por arriba -o por abajo: para el caso daba lo mismo-; pero si a éste se accede por arriba, es quizá porque no hay otra forma de hacerlo; es decir que para el único plano en que está construido (asumiendo que la escotilla de acceso existe sólo por la necesidad física de entrar al laberinto, pero que ni estructural ni conceptualmente hace parte de él), el laberinto está encerrado en sí mismo, es unidad cerrada. Yo había descendido unas gradas, era cierto, pero lo que había bajado no era significativo: el nivel inferior no era tan profundo como para suponer sobre él ningún sistema de galerías ni el desarrollo de otros ramales del dédalo. Acto seguido me encontré ante la idea de que, al ser finito y cerrado, quizás el laberinto no condujera a ninguna parte; que si había algún recinto especial en el cual rebosaran las claves o los descubrimientos fantásticos, éste sería precisamente el recinto central: pero entonces yo ya habría estado allí y no había visto nada. Con algo de horror -por primera vez- recordé el laberinto de Asterión: el espacio de él era finito, pues poseía un sistema de galerías que se repetía catorce veces en una distribución simétrica; sin embargo, al ser igual cada sistema, nunca se sabía con precisión dónde se estaba, pues el primero podía ser el quinto o el undécimo, y la puerta bien podía estar lejos o cerca, a la derecha o la izquierda, y al llegar a otro sistema se repetían los mismos interrogantes, porque no podía nadie precisar en qué sentido había avanzado o si en verdad lo había hecho. Es decir, que por ser tan perfectamente finito, un laberinto podía ser, para su *víctima*,

virtualmente infinito; y ésa sería la perdición eterna, la condenación absoluta, el errar sin término (con espanto me lo dije: *el no entender nada*).

Cuando el desespero parecía ser ya mi única realidad, me vino a la cabeza una oleada de pensamientos escépticos, plenos de una subjetividad que echaba por tierra las magnificencias -¿o abismos?- del pensamiento lógico-matemático. Pensé que no tenía ningún argumento para suponer que este laberinto que recorría estuviese formado por simétricas repeticiones; que sólo me había internado por uno de los sistemas de galerías -si es que en realidad las galerías se disponían según sistemas organizados- cuya forma particular no probaba por sí misma ninguna de las teorías con que me había devanado los sesos; que, en todo caso, en los pocos pasillos que había recorrido se encontraban estructuras que rompían la uniformidad de las paredes pétreas y las puertas en madera, pues las columnas, el túmulo o la corriente de agua podían constituir, todas o alguna, una estructura central plena de revelaciones o significados profundos que simplemente había que desentrañar con algo de paciencia; particularmente me tranquilizó la idea de que el agua siempre era cambiante, que no podía someterse a ninguna regla de uniformidad estructural. Además, y mucho más dicente que todo lo anterior, me sorprendí en la ligereza de haber asumido como laberinto una construcción de la que no tenía sino un conocimiento muy limitado.

Me ocupaba en estas cavilaciones cuando, por cuestión de instantes, creí ver cruzar una sombra por el fondo de la habitación que se abría a mi derecha; digo "sombra" queriendo dar a entender con la mayor exactitud el sentimiento que elaboré en ese momento, pero es claro que en el contexto de lo oscuro las sombras equivalen a fosforescencias o a claridades tenues y móviles. En un principio permanecí petrificado por la sorpresa, pero no bien comprendí que esa aparición podía ser el objeto significativo que presentía inmerso en el misterio del laberinto, emprendí una precipitada carrera hacia el lugar por el cual había desaparecido, esto es, uno de los manchones que había entrevisto antes en las paredes de esa habitación y que acertadamente había asumido como puertas.

No pensaba en la posibilidad de tropezar o chocar con algún objeto que se confundiese en la sombra; simplemente, corría con el cuello rígido y los párpados fruncidos, en un intento por descifrar rápidamente el camino que debía seguir. Al salir de la habitación donde había creído ver la aparición me encontré en una galería ancha y oscura, que después de unos veinte metros en línea recta iba describiendo curvas a izquierda y derecha, alternativamente. A lado y lado del pasillo se disponían más puertas, pero la profunda convicción de haber dado con un vaso conductor importante me empujaba a seguir de largo sin reparar en ninguna bifurcación. Después de un buen trecho recorrido en la más vacilante carrera, me encontré atrapado en una gruesa oscuridad, amén de que, sin advertirlo oportunamente, la galería se había ido angostando en grado sumo: con los brazos flexionados podía tocar las dos paredes laterales a un mismo tiempo, y mi cabeza rozaba las piedras del techo. Entonces,

en un acceso impetuoso de miedosa cordura, frené la marcha y comencé a retroceder de espaldas, cuestionando con la única frialdad de que era posible hasta qué punto tenía razón para asumir que en efecto había visto moverse *algo*.

Cuando, por creerlo más conveniente, daba un giro de 180 grados que me permitiera seguir retrocediendo de frente, di un paso en falso y me despeñé por un lado del corredor que había creído completamente emparedado. Aterricé de costado, en medio de un violento sacudón que me dejó anonadado durante un par de minutos. Al incorporarme comprendí que no me sería posible regresar por donde había tropezado, pues hasta donde podía palpar -no veía absolutamente nada- los muros eran macizos y rectos, y no sabía a ciencia cierta cuán alto se encontraba el borde del despeñadero como para intentar trepar hasta él. Entendí que sólo podía seguir hacia adelante, aunque la oscuridad que me envolvía no me permitía decir en qué dirección sería aquello. Con manotadas de ciego comencé a avanzar, ceñido a la pared que topé a mi derecha; como en ese momento me invadía ya un profundo terror -había perdido la ubicación y la senda que en caso de premura me llevarían sin problema hasta la biblioteca-, olvidé toda lógica borgiana y respondí sólo a mi instinto, el cual, como en la mayoría de las personas, se apoya siempre en el lado diestro. Además, ya no tenía sentido esa estrategia, pues una vez pasada por alto una sola alternativa de camino hacia la izquierda, todo el procedimiento perdía su sentido; y yo había seguido la "sombra" por mi derecha.

No sé cuantos pasos más hacia adelante (¿en verdad hacia adelante?) la pared terminaba y evolucionaba hacia la derecha. Giré por allí sin preocuparme qué podría haber por otros lados, porque ya definitivamente era presa de la zozobra, y sólo atinaba a preguntarme por qué había sido tan necio al suponer que en el laberinto había algo que debía encontrar o saber. Mi único deseo era abandonarlo todo, pero para mi desventura me había salido del camino que ya conocía y en el que, quizá como Teseo, había desenvuelto el ovillo de la memoria. Chocando con muros y manoteando la oscuridad avancé por cualquier parte y de cualquier forma, pues el temor se había hecho intolerable estimulado por la sensación de haber escuchado en algún recodo una suerte de débiles gruñidos.

No sé cuánto tiempo duró mi extravío. Sólo puedo decir que en algunos momentos subí gradas, y que no me topé con ninguna puerta en medio de la oscuridad. Esto finalizó cuando, al doblar por una galería que sólo podía palpar, entreví a la distancia una cierta claridad, la cual parecía ser la terminación de un largo y angosto corredor que se iniciaba en el lugar donde yo estaba. Corrí por él una distancia de unos treinta metros, y al doblar en ángulo recto me vi ante una estructura semejante, sólo que esta vez la luz era mayor y al final parecía brillar una lámpara. A su vez, esa nueva vuelta me puso ante un tercer corredor que se distinguía por su plano inclinado (ascendente según mi situación) y por una puerta que lo remataba a la distancia. La luz era casi tan diáfana como la de los primeros compartimentos

recorridos, aunque quizá sólo se trataba de una falsa idea dictada por mi larga permanencia en las tinieblas.

Al otro lado de la puerta había una sala espaciosa y cuadrangular sembrada con otras puertas, una en cada pared. Como ya había olvidado por completo a Borges, tomé por la que estaba al frente. Por allí desemboqué a un cuarto todavía más espacioso, en el cual se veían dos montículos en piedra similares al que había topado antes, así como una polvorienta mesa metálica de amplias proporciones apoyada sobre la pared de mi izquierda. Había tres puertas: dos en la misma pared junto a la que descansaba la mesa -la cual se hallaba en el intermedio-, y otra en la pared del fondo, orientada hacia la esquina donde moría el muro de la derecha.

No sé si por encontrarme de nuevo bajo la luz o si por haber hallado nuevos objetos, pero lo cierto fue que volví a sentir la necesidad de registrar el laberinto hasta encontrar ese algo que, sentía, debía ser muy revelador. Pensé, con algún facilismo, que el secreto estaba en no abandonar los pasillos iluminados, que simplemente se trataba de seleccionar el camino correcto, distinguible de otras alternativas por el grado de la iluminación. Sin embargo, no había desechado del todo el sentimiento de temor que antes me dominara, y las partículas que aún quedaban en mi interior me hacían, simultáneamente a la aventura, desear también la fuga. Confiado a un conservador instinto, tomé por la segunda puerta de la izquierda, esto es, la que se hallaba en el intermedio de las otras. Por allí me interné en una galería estrecha que unos diez metros más allá remataba en una enésima puerta, sin ninguna otra alternativa de elección. Al abrir allí, me topé con una pared que, inmediata, bordeaba un camino perpendicular al que yo seguía. Al lado derecho de donde estaba, el nuevo corredor se interrumpía en una puerta contigua a la que yo aún sostenía. Hacia la izquierda, a distancia de unos veinte metros, se veía otra puerta. Como la precedente, también era ésta una galería estrecha, aunque la iluminación mejoraba notablemente. Una sensación de reconocimiento cruzó por mi mente, y al verificar que el umbral que me circundaba era amplio y hundido en el muro, llegué a estar casi seguro de que se trataba del tercer compartimento en el que había estado desde el principio, y que la puerta de la izquierda debía conducirme a la sala a la que había bajado desde la escotilla. Olvidé de inmediato cualquier afán de descubrimiento y torcí *à gauche*.

Efectivamente, llegué otra vez a la segunda sala, sólo que no por la puerta que esperaba -la primera a la izquierda de la escalerilla-, sino por la tercera a mano derecha. El pánico que sentí al verificar que sí era posible que el laberinto fuera simétrico por repetición de sistemas me hizo desdeñar todo intento de nueva exploración; con rapidez llegué hasta la escalerilla y comencé la escalada.

Mientras ascendía pensé -y no sé por qué no se me ocurrió que tal vez se tratara de otra escalerilla, y que iría a parar tras de otra biblioteca- que, indudablemente, el laberinto tenía que poseer

algún sentido, o, mucho más que eso, que debía conducir a alguna otra parte que no fuera un desolado compartimento; que, ya que alguien tenía que haberlo hecho, era forzoso pensarlo con un objetivo, función o culminación. El *quid* de la cuestión estaba en seleccionar el camino correcto, en sortear las posibilidades estériles que, a medida que se abrían las puertas, se multiplicaban considerablemente, casi que como en una función exponencial. Yo, simplemente, había elegido el camino errado, había dado los giros y vueltas no prescritos para el logro del objetivo, había seleccionado las vías que no conducían a recovecos de alguna significación. Tuve la ilusión de conseguir algo y me tracé un plan para lograrlo, pero mis acciones y decisiones sobre la marcha hicieron vana cualquier esperanza, pues me encaiminaron por una senda sin llegada; o quizá con ella, pero en todo caso extenuante y difícil, una llegada precedida por una posibilidad inmensa de confusión, sólo sorteable por el espíritu humano una vez en cada cien, mil o infinitos intentos. Porque la perdición, lo veía con claridad, era la alta frecuencia con que se presentaba el momento de tomar una decisión entre múltiples alternativas.

En medio de estos pensamientos -que son raudos cuando apenas se están gestando en la cabeza-, llegué a la primera salita de todo el sistema. Miré hacia todos lados antes de escurrirme por el espacio medio del estante, como si esperara encontrar allí una primera y última clave para la comprensión de todo el misterio, o como si, al menos, quisiera toparme con el gesto de reprensión y burla de un hechicero que, ante mi consternación, se desvaneciera irremediablemente en una nube de polvo. Pero nada de esto había: sólo una mesa, un jarrón, una papelería y un estante desnudo por el que inmediatamente comencé a deslizarme.

Al otro lado, imperturbable, esperaba la máquina de escribir, y amortajada en ella permanecía la hoja vacía. Llegué hasta la mesa de trabajo y me dejé caer pesadamente sobre la silla. Sobé las teclas, respiré profundo. No quería fracasar de nuevo, no otra vez en lo mismo. Porque había sido eso: había sido como escribir una novela.

RAYUELA

I.

Acabábamos de hablar de pintura, creo, cuando no sé por qué alguno de los dos tocó el tema de Onetti. No lo recuerdo bien, pero me parece que dije lo que siempre digo en estos casos: que el uruguayo goza engañando al lector... en fin, e imagino que mencioné algunos títulos -¡los mismos de

siempre!- pretendiendo, con torpe vanidad, hacerle saber al profesor que yo era un lector, si no excelente, por lo menos no del común. Entonces fue cuando él lo dijo. Inicialmente, me invadió cierto sentimiento de lástima, pero después, cuando hube analizado lenta y concienzudamente quién era la persona que estaba allí platicándome, no pude sentir otra cosa que no fuese una profunda incredulidad. Porque él, desempolvando sus lentes con un gesto desidioso, como quien por alguna razón se ve obligado a decir algo obvio, dijo:

-Pero es claro que la obra cumbre de Onetti es *Rayuela*, ¿cierto?

Antes de responderle, después que hube sopesado y combatido mis más inmediatas impresiones, no vi otro camino distinto a pensar que se trataba de una broma. Entonces, cuando ya me felicitaba por haber contenido la instintiva corrección -porque, en el ambiente de la chanza, habría sido una gran torpeza rectificar lo que, con obvedad, el profesor había falseado deliberadamente-, él siguió hablando con seriedad y algo de afectada poesía:

-Nada hay más profundo que *Rayuela*, nada: absolutamente nada... Es, para mí, la más concisa radiografía del ser y el sentir humanos, la introspección más...

-Profe -interrumpí, cuando ya había comprendido que se trataba de una increíble e injustificada confusión-: Profe, *Rayuela* no es de Onetti...

Y decidí callarme, pues esperaba que esa mitad de la aclaración fuera suficiente para reactivar los resortes que, en la memoria del profesor, habían sufrido momentáneamente algún tipo de atasco. Además, me parecía incómodo en grado sumo tener que decir la trivialidad de que *Rayuela* había sido escrita por Julio Cortázar. Después de un silencio de desconcierto durante el cual sólo atinó a mirarme con extrañeza y a mesarse la barba, el profesor continuó:

-¿Cómo que no?... ¡Claro! Hombre, Juan, *Rayuela* es de Juan Carlos Onetti.

-Cómo va a ser, profe -y entonces no tuve otro remedio que decirlo-: *Rayuela* es de Julio Cortázar.

-No, no, nunca, Juan: es de Onetti.

-Profe, créame -seguí, no sin sentir un profundo bochorno-: yo no es que *piense* que es de Cortázar, sino que estoy seguro. Se lo digo porque es así; no sé usted por qué está tan confundido.

Vaciló por un instante, mientras seguía mirándome con cierta perplejidad. Luego, con voz muy suave, anotó:

-Pues, hombre Juan, vas a tener que revisar eso, porque *Rayuela* no puede ser de Cortázar. Yo sé lo que te digo.

En mí se formó de nuevo, aunque ya en una forma mucho más intensa, el sentimiento de lástima que antes me embargara. Con cansancio -pues, aunque odiaba esa tarea, me sentía en la obligación de defender una verdad tan preclara-, insistí:

-No, no: yo soy el que sabe qué está diciendo. Ahora en su casa, profe, se fija en su libro y ve que el autor es Cortázar. No puede ser de otra forma... Es tonto jurarlo, pero, si es necesario, le juro que las cosas son así. Créame.

El profesor seguía mirándome, aunque ya no con asombro, sino con la pasiva inquietud con que uno mira un orificio en la pared por el que se ha escabullido algún animal. Después de algunos segundos, dijo con una entonación que a mí se me antojó salomónica:

-Bueno, habrá que revisar entonces, aunque yo estoy seguro de... -hizo un nuevo silencio y continuó:- No, no, en realidad eso es lo que menos importa: es indiferente quién la haya escrito. Lo que yo te quería decir era que...

Y se enzarzó en un tremendo discurso acerca de las genialidades de un tal Oliveira, mientras que yo, atendiendo intermitentemente a su cháchara, sentía que dentro de él sólo existía el pesar de saberse un viejo desmemoriado, un necio senil y demente. Por mi parte, tampoco podía sentirme bien: reprochaba al destino el haberme señalado la engorrosa tarea de hacer entender a este hombre bueno - en otro tiempo brillante- que ya estaba acabado.

II.

El incidente había ocurrido en la mañana, en algún momento de asueto mientras estuve en la Facultad atendiendo los asuntos relacionados con mi próxima graduación. Concluidas todas las diligencias, retorné a mi apartamento con la ilusión de poder entregarme la totalidad de la tarde a la lectura de los *Cuentos del Don* de Mijail Sholójov, labor que, a mi pesar, había visto interrumpida continuamente en medio de mis idas y venidas entre bancos, notarías y otras oficinas.

Durante el viaje en el autobús repasé una y otra vez la escena de la conversación con el profesor, preguntándome repetidas veces por las razones de una confusión tan pueril en la memoria de un hombre culto y humanista, dedicado por espacio de más de cuarenta años al ejercicio y estudio del arte y las letras. Con sorpresa, advertí que lo creía mucho más docto en literatura por el mero hecho de ser un escultor, ya que en esas cuestiones, pensaba, podía confiarse más en el testimonio de un artista sensible que en el de un mecanizado profesor de literatura -de éstos que sólo parecen conocer *María* y *El lazareto de Tormes*-. Me resultaba inadmisibles que un hombre que hablaba con propiedad de autores tan recónditos como Hilario Ascasubi o Enrique Amorim insistiera en el yerro de adjudicar a Juan Carlos Onetti una novela que no era suya, y mucho más en el caso de *Rayuela*, que para el hombre de letras más común es tan identificable como la *Biblia* o *Don Quijote*.

En éstas y otras cavilaciones llegué al apartamento, donde algunos sucesos imprevistos -cuenta de cobro de servicios públicos a un lado de la puerta; bote de la basura revolcado por el consabido gato- hicieron que me olvidara por completo de ese asunto.

Después de un almuerzo no muy pródigo y de un pesado remedo de siesta me encaminé hacia la biblioteca dispuesto a cumplir con el plan que me había trazado, aunque bien es verdad que para entonces veía en esta actividad más una imposición que la realización de un placer largamente deseado; y era que, como ocurre tan frecuentemente al lector empedernido, sentía que esas horas con tanta anticipación pensadas y planeadas para los libros eran en verdad momentos de somnolencia, aburrición y, en fin, de querer hacer otra cosa. Así que, a los pocos minutos de abrir los *Cuentos del Don*, abandoné la lectura y me dirigí nuevamente al estante, donde permanecí como un enajenado contemplando por largo rato los lomos de los volúmenes, tratando de interesar mi atención en algún título o nombre que fuera de real eficacia contra mi creciente estado de pesadez.

De repente, recordé otra vez la conversación con el profesor. Instintivamente llevé mis ojos hacia mi ejemplar de *Rayuela*, que, algo descuadrado, encabezaba el entrepaño de los volúmenes verdes de la "Historia de la Literatura Latinoamericana". Creo que esboqué una sonrisa de simpática compasión mientras sacaba el libro de su lugar y lo abría por cualquier parte. Escudriñé en la página 292, allí donde se leía "ser una especie de mono entre los hombres", para después, con un movimiento al azar de los dedos y la mirada, encontrarme ante el "Hay que luchar contra eso. / Hay que reinstalarse en el presente" de la página 92, capítulo 21. Comenzaba ya a leer algo sobre "Una foto de Mondrian" cuando mis dedos se deslizaron e involuntariamente abrieron en la segunda hoja -no numerada- de todo el volumen, allí donde, para mi indescriptible asombro, se leía, más arriba de RAYUELA, el nombre JUAN CARLOS ONETTI. De inmediato me ocupó el horror.

Mil veces revisé esa página y la cubierta, cerrando y abriendo los ojos repetidamente, con violencia: mil veces me encontré con JUAN CARLOS ONETTI / RAYUELA. Era para no creerlo (es más: era hasta para no *creerse*). Revolqué el volumen por todas sus páginas: era el mismo libro, con La Maga, Oliveira y Rocamadour, que en mi cabeza figuraba como escrito por Julio Cortázar. Las páginas pasaban de aquí para allá en un abaniqueo furioso, pero sin novedad alguna; en la tercera página se leía: " © Juan Carlos Onetti, 1963 ". Sabía que no estaba soñando; confiaba en no estar loco; era imposible que fuera una broma; sólo pensé: "Me perdí".

III.

Esa frase “Me perdí” se formó en mí extrañamente, como una especie de pensamiento sintético anticipado, como la revelada conclusión de una serie de cavilaciones en cadena que sólo iban a comenzar en ese momento; como si un extraño instinto me mostrara la sentencia a la que sólo llegaría después por el camino de mis propios razonamientos.

Lo que se me ocurrió, hice e intenté después de mi increíble descubrimiento se vio matizado y arrollado en todo momento por el asombro, la inquietud o como quiera que pueda definirse mi sorpresa horrorizada. Sin embargo, para no entorpecer el relato de lo que sigue, no redundaré más en la descripción de ese estado anímico, sino que asumiré que lo que siguió lo ejecuté con la única asistencia de mi razonamiento objetivo.

Una vez que hube constatado que el autor del libro que sostenía en mi mano no era otro, según lo allí impreso, que Juan Carlos Onetti, me di a la tarea de revisar otros volúmenes de mi colección, pues desde ese momento se formó en mí una convicción que ya no habría de abandonarme durante todas mis pesquisas, y era la de que, si había ocurrido un evento excepcional, lo más seguro era que éste no fuese el único; de haber sido obligado a sustentar en un trabajo de tesis mis ocurrencias de ese momento, no hubiera tenido otro recurso que citar al parlanchín Facundo Cabral, allí donde dice que “Si hay uno hay dos”.

Entonces, decía, me ocupé en revisar otros libros del estante, pero no encontré nada distinto a lo que había en mi memoria: el *Michael Kohlhaas* seguía siendo de Kleist; José M^a Arguedas había escrito *Los ríos profundos*, Graham Greene *El poder y la gloria*, y, en fin, todo estaba como debía ser.

Que ningún otro libro salvo *Rayuela* apareciese con un autor errado me hizo pensar en la posibilidad de que fuese sólo mi ejemplar el que acusara tal defecto, y aunque creía estar seguro de, en el pasado, haber leído incontables veces sobre la cubierta el nombre de Julio Cortázar, de todas maneras tenía claro que una equivocación consiste justamente en ver lo que no es: que si hasta el día de hoy había estado equivocado era porque había creído ver precisamente “Julio Cortázar” en vez de “Juan Carlos Onetti” -que era lo que, con seguridad, podía leerse entonces en el libro-. Embebido en estas perogrulladas de la lógica, era consciente en todo caso que lo que buscaba era un error en mi ejemplar, porque, como fuera, estaba seguro de que *Rayuela* había sido escrita por Cortázar.

Sin embargo, resultaba altamente sospechoso el hecho de que, si se trataba de un error en mi *Rayuela*, justamente ese mismo día hubiese ocurrido el incidente con el profesor. Entonces se me ocurrió que, siendo rigurosos con las leyes de probabilidades, todo podía tratarse de una broma que en algún lugar comprometiera al profesor. Esto era prácticamente imposible, pero en todo caso me entregué a la

tarea de analizar su probabilidad de ocurrencia. Inicialmente, me encontraba ante el hecho de que el profesor no había venido nunca hasta mi casa, ni conocía, al menos, mi número de teléfono. Sin embargo, bajo cualquier pretexto -o en alguna operación clandestina-, bien podía haberse presentado en la Facultad y conseguido esos datos. El cómo habría entrado a mi casa no era un obstáculo: el hecho conocido y comprobado de que un ladrón se introduzca en una morada demuestra la posibilidad de que cualquier persona pueda hacerlo, así sea ésta un escultor aparentemente bienintencionado (además, recordé que al llegar a casa había encontrado volcado el cubo de basura, lo cual daba pie a la suposición de que el profesor se hubiese descolgado por el muro del patio trasero, que limitaba con la calle). Al pensar en la confección del volumen falseado me encontré con la idea de que, si había estado dispuesto a llevar a cabo la broma, ello sólo indicaba que el profesor sabía a su disposición algún tipo de medio de impresión para confeccionar las hojas falsas, que quizás habría añadido a un ejemplar de la novela ídem al mío; y sabía que yo tenía esa obra y en esa edición quizá por una de las tantas conversaciones literarias que había tenido con él y de las que no me acordaba ahora claramente qué le había o no dicho. Sin embargo, cuando recordé que el volumen donde ahora se leía “Juan Carlos Onetti” era justamente el mío -porque tenía la firma y sello distintivo que ponía a todos los libros de mi biblioteca-, vi tambalear por un momento la posibilidad de que se tratase de una broma, pero entonces pensé que quizás el profesor llevara ya bastante tiempo incursionando secretamente en mi casa, contando así con el tiempo suficiente para diseñar y cumplir su plan en todas sus minucias.

Ya empezaba a aburrirme de estas elucubraciones cuando discurrí una estrategia viable para descartar si el extraño acontecimiento tenía alguna posibilidad de ser una mera chanza. Lo que hice fue tomar la *Enciclopedia Monitor* y verificar en los nombres de Cortázar y Onetti qué se decía sobre la novela *Rayuela*. Para mi sorpresa encontré, en la enumeración de las obras del argentino, que de *Las armas secretas* (1959) pasaban a considerar *Ceremonias* (1968), sin que se dijera una sola palabra acerca de la que se supone su novela más famosa. El estupor aumentó cuando, en el tomo 11 de la enciclopedia -página 4557, para mayor exactitud- encontré bajo el ítem “**Onetti, Juan Carlos,**” un inventario de obras que incluía a *Rayuela* (1963) entre *El astillero* (1961) y *Juntacadáveres* (1964). De esta forma deseché la alternativa -que aún desde un principio tomó visos de improbable- de que se tratara de una broma, pues ya era demasiado suponer la falsificación de la enciclopedia; aunque, en honor a la lógica, no podía descartar esta remota posibilidad hasta que confirmara el dato en una fuente fuera de mi casa y tan ajena a mi rutina que no hubiese sido prevista e intervenida por el supuesto bromista.

Todo lo que acababa de ocurrírseme me llevó finalmente a la convicción de que lo sucedido era un evento extraordinario, y que no era posible ignorar sus graves implicaciones. Al pensar en la seguridad que tenía de que Julio Cortázar era el autor de la novela, se me hacía incomprensible por qué medios se

había dado un cambio al respecto; además, porque todo parecía indicar, con naturalidad, que las cosas fuesen, desde tiempos inmemoriales, como recién las había descubierto. Alando reflexiones de toda índole, llegué casi a convencerme de que se había alterado el orden del universo, y que, de alguna forma, el mundo en que ahora me desenvolvía no era el mismo en el que había estado, hasta hacía muy poco, desde el principio de mis días. Cómo, si no, podía explicarse el hecho de que una cosa que yo tenía tan segura y que antes podía sustentarse de infinitas maneras, ahora resultase falsa y como si nunca hubiera sido. Yendo más allá de estas reflexiones, concluí que el trueque Cortázar-Onetti no sería lo único extraño que habría en este nuevo estado de cosas, sino que los fenómenos debían ser varios. Sustentaba esta idea en la noción de la evolución del mundo, pues pensaba que la forma que tenía el estado de cosas universal se había fraguado después de miles de azares superpuestos y consecutivos, a tal punto que no era viable suponer otra forma alternativa de mundo distinta de la clásica apenas por el nimio detalle de la autoría de una obra literaria. Aunque por lo que podía ver en mi apartamento y a través de sus ventanas todo parecía igual que antes, yo estaba seguro de la existencia de otros fenómenos insospechados.

Así, dispuesto a conocer el nuevo estado de cosas en que me hallaba, me lancé hacia la calle con la idea de descifrar los arcanos de la dimensión en la que creía haberme perdido.

IV.

Mi excursión por lo que yo había llamado “nuevo mundo” me produjo un extraño sentimiento, híbrido de la desilusión y la tranquilidad, pues no encontré nada que no fuese lo mismo de siempre: la ciudad se llamaba Medellín, las librerías seguían estando en las mismas esquinas de las mismas calles, las cosas tenían los nombres de siempre y las formas y calidades de los seres vivos parecían no haber sufrido ninguna alteración. Todo era lo mismo; todo, salvo que Juan Carlos Onetti era ahora el autor de *Rayuela*, lo cual había rectificado nuevamente en la Librería Continental, a donde me allegué presuroso y revisé un ejemplar de *Las letras al sur del continente* en el que, página 345, capítulo V, constaba “el brillante parto de la imaginación onettiana en que vio la luz *Rayuela*”.

Cuando, de regreso a mi apartamento, en la proximidad de la noche, fatigado y desorientado, me tumbé en la cama, mi cabeza se vio invadida por una extraña idea de aislamiento que seguía a la sensación de rareza experimentada durante la gira por la ciudad, y que había cobrado en mí gran intensidad a medida que iba recorriendo las calles, a pesar de no haber visto en ellas nada que pudiera decirse extraordinario.

Tratando de sumergirme nada más que en el universo de los hechos -sólo atinaba a pensar que justamente el *no pensar* era el único paliativo a mi angustia-, decidí pasar al cuarto de baño para practicar los consabidos rituales del aseo cotidiano: esos actos insignificantes como afeitarse, cortarse las uñas y refrescarse las axilas que, aunque no lo parezca, consumen grandes cantidades de tiempo que, a no dudarlo, uno quisiera desperdiciar en otros lugares.

Al pararme de la cama -mientras me devanaba los sesos en la importante cuestión de si conservaba o no mi barba en forma de candado-, algo se enredó en mis pies y me hizo caer. Afortunadamente, la pachorra que me dominaba hizo que mis nervios no repararan demasiado en el golpe, y así sólo atiné a volver mi cabeza para descubrir en el suelo el inoportuno zapato, tapiz o almohada que me había provocado la caída.

Fue entonces cuando, por primera vez, descubrí la enorme y verrugosa cola que, nacida en la región del sacro, se amontonaba cual un viscoso masato a lo largo de mis dos piernas. El espanto sobrevino mucho tiempo después de haberme asqueado. Eso sí, en algún momento recordé un libro que alguna vez leí sobre un niño que había nacido con una cola de cerdo, pero de inmediato se me antojó una osadía suponer que ese libro realmente existiese. Yo sólo podía estar seguro de que ya estaba perdido.

EN EL METRO

Esperar, lo han dicho todos, es horrible, así que no queda otro camino que entretenerse en cualquier cosa, y es que yo soy de los que va en el metro y se pone a mirar a la gente, como por ejemplo ahora que veo una señora leyendo un libro, aquí abajo, al frente mío, con su cabeza al mismo nivel de mi ombligo pero, afortunada, ella no lo sabe: sólo lee, lee un libro que yo quiero saber cuál es. Confesémoslo de una vez: es este mi vicio, saber qué lee la gente. Así pues que ¿qué lee esta señora?... ni modo, no lo sé, y tiene aferrado el libro como si le faltaran veinte kilómetros para llegar a su casa, y así no hay nada que hacer, porque yo me bajo dentro de pocos minutos, cinco o seis, y entonces ella seguirá con el libro en la misma posición, e incluso en la misma página si lee tan despacio como yo, pero eso no es malo, ¿quién dijo?, eso se llama rumiar, me cago en la lectura rápida, eso de que “lea *Cien años de soledad* en dos horas”, y sí, hay gente que lo lee, pero a las dos semanas uno les pregunta cómo se llamaba el coronel... ¿Qué Coronel?... Pues el coronel, el que sale ahí home... ¡Ahí no sale ningún Coronel, oigan a este man!... Nada qué hacer, pues. Pero me desvíó: estaba en que no puedo

saber qué lee la vieja porque para eso necesito que cierre el libro y que cuando se esté parando lo apoye contra las tetas o la barriga, es igual, y entonces yo podría leer en la pasta algo como “Valórese a sí mismo” o “Todo está en ti”, porque con esa cara que tiene esta señora, nariz aplastada, cachetona, churrusca, qué otra cosa puede leer, sólo basura moralista de ese estilo, aunque uno a veces se engaña, a mí por lo menos me ha pasado: un día iba para Bello, también en este metro, y venía un viejo gordo con una camisa hawaiana que le quedaba chiquita, tan tallada tenía la barriga que los botones parecía que le iban a brincar, sí, y estaba mal afeitado, llevaba una bolsa del LEY en una mano y tenía mocasines sin medias, así como los usan los que manejan taxis y busetas, y entonces estaba leyendo un libro, amarilloso, viejo, ¿Cuál será?, pensaba yo, porque ya era raro que un man así leyera algo, pero en fin, podía ser cualquier código de comercio o cosa similar, tal vez era un carnicero y lo iban a demandar, ¡uno qué va a saber!; entonces yo miraba y miraba, pero no alcanzaba a distinguir lo que decía en la parte de arriba de las páginas, cuando de pronto el gordo se paró llegando a la Estación Madera y yo pude ver: ¡Qué código de comercio ni qué hijueputas! ¡El mancito estaba leyendo *El proceso* de Kafka! Era una edición pirata de esas de mil quinientos, está bien, pero era Kafka en todo caso, y yo pensé, “Mierda, mientras yo imaginaba que este gordo estaba leyendo el parágrafo yo no sé qué sobre tiendas de abarrotes o expendios de carne, nada, el tipo estaba leyendo que Josef K entraba al juzgado y se asfixiaba por allá en un ter-cer piso...” Eso le pasa a uno por güevón, por creer que sabe mucho cómo es la gente. Pero sigo con la vieja: ahí sigue sentada, imperturbable, lea que lea, y yo sin saber... ¿Y si me equivoco otra vez? ¿Y si esta puta vieja es una psicóloga desempleada y está leyendo a Freud, por ejemplo *El malestar en la cultura* o *Tótem y Tabú*? No, pero no, imposible: está poniendo una cara muy beatífica, muy serena, como de quien está leyendo algo inofensivo, algo que le tranquiliza el alma... Pues, que a esta vieja le tranquiliza el alma, aclaro, porque yo me muero leyendo una porquería de esas que dije, esas maricadas de superación personal o... ¡Se movió, se movió!... Ah, alcancé a ver algo de la pasta, pero muy poquito porque ya se quedó otra vez como una estatua, pero algo vi, por lo menos: el título termina en *la*, eso vi... ¿Sólo eso? Sí, sólo eso, pero mire que, por ejemplo, ya puedo decir que no es esa psicóloga desempleada que dije antes, porque el título no termina ni en *ra* ni en *bú*, sino en *la*... En *la*, a ver, qué podrá ser entonces, mmm... Tal vez se está leyendo *El diablo de la botella* de Stevenson, uno qué va a saber que esta cachetona sea bien ilustrada y esté haciendo una monografía sobre la vida y obra del *Tusitala*, o como sea que los samoanos le decían a Stevenson porque les contaba historias, en fin, o en el peor de los casos esta vieja está leyendo ese librito para ayudarle a un hijo con una tarea del colegio, porque quizás el niño está en séptimo grado y ahí es cuando ponen a leer esas obras de aventuras, en octavo es literatura colombiana, no falta *María*, en noveno latinoamericana, *Pedro Páramo* lo leemos casi todos los medellinenses, pero a mí no me gustó, vea usted, prefiero los cuentecitos de *El llano en llamas*... Pero me desvió otra vez. ¿Qué leerá?... ¿*Como una novela* de Pe-

nnac? ¿*Calígula* de Camus? ¿El *Sakuntala*...? Hay que arrimarse más, así puedo entender lo que dice en la parte de arriba de... Ah, perdón señor... Esto lo dije duro, porque lo otro lo he estado pensando, lógico, pero ocurrió que por correrme más para el lado de la vieja le puse un codo en la cara a un cucho que estaba al lado mío, camisa de cuadros de manga corta, pantalón ancho, gafas de montura metálica, chivera pulida, sí, pura cara de filósofo o intelectual riguroso, de esos que leen los cuentos de Pedro Gómez Valderrama, *La reliquia* de Eça de Queiroz o cualquier cosa buena y después salen a hablar de la polifonía del texto, de las lógicas internas, las estructuras, la intersubjetividad de yo-no-sé- qué-putas, y como son directores de revistas o decanos de facultades de humanidades piensan que su deber es hablar y escribir toda esa mierda, pobrecitos, no saben que uno lee para después sentarse con los amigos a tomar cerveza y hablar de literatura, por ejemplo un día nos cagamos de la risa porque en *Gran sertón: veredas* unos manes matan un bobo y se lo comen porque lo habían confundido con un mico, pero, en fin, también es verdad que cada uno verá qué hace; aquí en Medellín dicen que cada quien es libre de hacer de su culo un balero. Bueno, otra vez me desvié de lo que estaba contando: íbamos en que le puse un codo encima al Ph.D. Carreño, porque voy a suponer que se llama así; tiene cara de llamarse Luis Fernando Carreño, yo qué puedo hacer, disculpe don, si le dolió de malas, pero yo voy a seguir corriéndome para allá a ver si puedo leer lo que dice en la página que está leyendo esta vieja, pero, por supuesto, esto lo estoy diciendo dentro de mí... ¡Maldita sea! ¡Vamos a llegar a la Estación Aguacatala y yo sin saber todavía! Pero por lo menos ya me corrí, estoy casi encima de ella y desde aquí le veo ese escote todo profundo, qué tetas, pero también veo el libro, al revés, pero lo veo... mmm... está en la página 202 y en el segundo párrafo dice dizque... mmm... “El mundo es ahí...” No, güevón, eso no es una “h” sino una “s”... “El mundo es así, sorprendente y difícil: mantenía ...” ¡Ah, se volvió a mover esta puta vieja!... ¡Ah! Pero era una libro de literatura, porque de reojo alcancé a ver unos diálogos, pero qué letra tan chiquita, casi ni se ve... y ese rengloncito que alcancé a leer no dice mucho, bien puede tratarse de un libro de Sartre, bien hondo y abstruso, bien puede tratarse de un novelón metafórico sobre los valores o sobre cómo gerenciar su empresa... ¡Qué asco! ¡De la noche a la mañana nos invadieron las librerías con esas pestes!... ¿Qué será, ah, qué será? Se me olvidaba que termina en /a... ¡Mierda! ¡“Próxima Estación Aguacatala”!... y termina en /a, que ironía, y ya me toca bajarme, sin saber... si por lo menos el rengloncito que leí al azar hubiera sido algo como “Muchos años después frente al pelotón de fusilamiento...”, o “Mucho tiempo he estado acostándome temprano”, pero no, nada de eso, sólo “El mundo es así...” ¿Quién putas diría eso?... No, ni modo, ya está parando este vagón, ya veo la gente parada en la plataforma de la estación esperando que “el tren se detenga y abra sus puertas”, ese estribillo lo dicen los empleados del metro 202 veces al día, aunque hoy no lo he oído, hoy que he estado tan concentrado en este problema, lo que lee esta vieja, cosa que aún no sé... tendré que arrebatarse el libro, mirar el título y devolvérselo, decirle “Disculpe, soy paranoico, loco o lo que usted

quiera, leo libros y quiero saber qué leen los otros, por ejemplo quería saber qué leía usted, sólo había visto que el título terminaba en /a, usted sabe, eso no es suficiente, doscientos millones de títulos pueden terminar así, uno tiene que ingeniárselas para averiguar exactamente de qué libro se trata, aunque hay gente como este cucho que viene aquí a mi lado que ha leído muchas cosas, pero no parece, pues sólo habla de secuencias, narradores exodiegéticos, elementos del drama, qué sé yo... este tipo, que se llama Luis Fernando Carreño, él, por ejemplo, leyó, lo podría asegurar, *El coronel no tiene quien le escriba*, y podría asegurar también que cuando leyó, al final de la obra, eso de “dime, qué comemos” y que el coronel había necesitado un montón de años para llegar a ese momento y responder “Mierda”, apuesto, voy lo que quiera, apuesto a que Carreño no se rió, y que simplemente cerró el libro pensando en connotaciones políticas o construcción de personajes, hay gente así, fíjese...” Bueno, desvarío nuevamente, yo podría decirle eso a esta vieja y... ¡Pero qué vieja ni qué vieja! ¡Si ya arrancó otra vez esta chatarra y no me bajé!... Fue ella, con su libro titulado “...la” quien se bajó y ahora camina por la plataforma, tranquila, con el libro apoyado en las tetas, y yo aquí, desesperado, encerrado como un pez en la pecera, pegado al vidrio, casi dándole golpes y viendo cómo se aleja la vieja... ¡No me bajé donde debía, y ahora a esperar nuevamente! ¡Ah, si tan sólo alguien estuviera por aquí leyendo otro libro!... Usted, don Carreño, ¿no tiene algo ahí?

UN LECTOR EN EL INFIERNO

Sólo existen dos clases de seres humanos,

señor: los vivos y los muertos.

Rudyard Kipling

Iván K. llegó hasta la firme y oscura puerta de madera y trató de descifrar en el óxido de los enchapes metálicos alguna figura sugestiva que pudiera motivar una premonición. No distinguió nada: tan solo comparó la superficie de la puerta con la de un tonel. Pensó en Poe; pensó en Hoffmann; pensó en un vino de naranja. Sin golpear ni anunciarse en forma alguna, empujó la puerta. No chilló ningún gozne.

En el compartimento interior, tras su escritorio, el secretario del infierno revisaba indolente unos papeles. Iván K. se anticipó a la invitación de tomar asiento y se colocó frente al secretario en la silla del

lado anterior del escritorio. El funcionario todavía estuvo un rato ensimismado en su tarea, y sólo cuando le pareció que había conseguido el efecto deseado interpeló al visitante:

-¿Qué desea?

-Sólo ver al señor.

El secretario miró con fijeza a Iván K., sin insinuar ningún gesto o idea en su rostro impasible.

Después de un rato dijo:

-No es posible.

-Nunca es posible.

-Usted lo sabía antes de venir aquí. Sabía que no había un señor, sabía...

Iván K. clavó en el secretario una mirada acuciosa, no exenta de cierta sorna, como animándolo para que continuara y dijera algo que le fuera desfavorable. En efecto, el secretario dubitó ante las implicaciones de lo que tendría que seguir diciendo. Sin embargo, prosiguió:

-...sabía, en fin, que *esto* no existía... O, por lo menos, que no existía en la misma forma que todos, allá, se lo figuraban. Usted sabía que no había infierno en tanto que antítesis de nada, ni como lugar con alguna significación especial. El infierno, simplemente, existe como un lugar cualquiera, equivalente a lo que los de allá llaman "paraíso" o...

-Pero yo estoy justamente acá...

-En algún lugar tenía que estar. Sin embargo, las razones para estar justamente aquí sólo tienen que ver con el azar: es indiferente lo que usted haya hecho o no mientras estuvo allá.

-Bueno, eso siempre lo he sabido. Sin embargo, habría sido mejor que alguna lectura clandestina, que el disfrute de algún libro prohibido me hubiesen condenado y obligado a estar aquí. Entonces podría vanagloriarme de ello.

-Eso de las lecturas buenas o malas son cosas de la gente de allá.

-No de todos los de allá.

-Es cierto. Pero no importa.

Los dos se miraron. Tras un breve silencio, el secretario agregó, buscando, sólo aparentemente, cambiar el tema:

-Usted venía a ver al señor... imagino que tiene que ver con ese extraño deseo que todos tienen de irse de aquí...

-No. Eso sería tonto. Como usted lo ha dicho, y como yo siempre lo he sabido a pesar de mis aparentes dudas, ya que no se puede volver allá es lo mismo estar aquí que en otro lado... sería incomprensible desear irse.

-¿Entonces?

-Entonces... bueno, tiene que ver con lo de las lecturas... yo sólo venía a que el señor me permitiera acceder a su biblioteca. Se está muy solo aquí sin leer.

-También se está solo leyendo.

-Quizá. Pero es distinto: entonces se *quiere* estar solo.

-Es lo mismo. Estar solo es estar solo. Las connotaciones, intenciones y zarandajas por el estilo que se adjudican a los hechos son cosas de allá, de los hombres vivos y su poesía. Aún conserva usted mucho de su antigua vida... Dígame, ¿hace cuanto está acá?

-Diez años.

-Diez años... no es mucho, por supuesto, ya me lo figuraba.

-Se equivoca: son toda una eternidad.

El secretario no respondió. Sólo puso en Iván K. su mirada de irresistible impasibilidad; sin embargo, algo brillaba en ella que hacía pensar en una irónica satisfacción, en el orgullo que se siente al poder anticipar lo que el otro va a decir, pues, antes de que Iván K. dijera lo que se sucedía en su razonamiento, el secretario se adelantó:

-Sí, ya sé: diez años sin leer son toda una eternidad.

MEMORIAS DE UN COMPRADOR DE LIBROS

*Porque es indudable que hay quienes
compran los libros para leerlos, y son los menos,
y hay quienes los compran para formar
con ellos biblioteca, y son los más.*

Miguel de Unamuno

Fue cuando tenía quince años que descubrí, de repente, que podía comprarme mis propios libros. Hasta entonces, los volúmenes llegaban hasta mí por vías ajenas a mi albedrío y, más que elecciones, yo veía en ellos algo así como extraños designios de un destino impredecible. Pero no podía pensar de otra manera: años atrás, cuando apenas empezaba a interesarme por la lectura, la muerte súbita de mi tío Iván -el único letrado de la familia- había puesto ante mis narices un cofre lleno de insospechados tesoros: un escaparate repleto de libros, abierto por primera vez al grueso de la parentela gracias a los

rituales de curiosidad y nostalgia que se efectúan sobre las pertenencias de todos los difuntos. Como supuse que mi madre tendría el derecho de explotar parte de esas riquezas, me tomé la libertad de llevarme para mi casa un ejemplar de *Las mil y una noches* que encontré en el entrepaño central de la biblioteca del finado. Durante muchos meses, cada que volvía a casa de mi abuelo, revivía en mí el deseo de reivindicar los derechos de herencia de mi madre. Fue así como unas 27 obras (entre ellas la que más recuerdo es, sin duda, *El libro de los seres imaginarios*, de Borges) desfilaron en interminable procesión desde los apolillados estantes de mi tío hasta mi naciente biblioteca, por ese entonces conformada únicamente por los libros que había dejado mi padre, también difunto. Pero como el viejo nunca tuvo un buen criterio literario, entre una docena de sosos best-sellers gringos de autores desconocidos sólo brillaban José Hernández y su *Martín Fierro*.

La otra fuente desde la que manaban sugerencias literarias era Darío Cano, mi profesor de español y literatura. El viejo, bastante convencional como catedrático, tenía sin embargo buenas ocurrencias a la hora de asignar lecturas: cierto año se le metió entre ceja y ceja archivar en el desván las consabidas obras para lectura escolar sugeridas por la Secretaría de Educación, y nos puso a leer libros poco típicos en secundaria, pero incomparablemente más divertidos que los tradicionales. Todos olvidamos *Doña Bárbara*, *La Vorágine* y *Don Segundo Sombra* -¿qué afinidad puede haber entre un adolescente y la novela agraria?-, y nos entregamos, casi todos, al humor y sarcasmo de *La muerte y otras sorpresas* de Benedetti. Inexplicablemente, la biblioteca del colegio tenía una enorme cantidad de ejemplares de este libro "profano", así que no se presentaba ningún inconveniente entre nosotros al momento de la repartición. Sin embargo, entre los libros profanos presentes en la biblioteca de aquel colegio religioso y mojigato, el que más me llamaba la atención era *Obra Negra* del irreverente Gonzalo Arango. No obstante -a diferencia del superávit de ejemplares del libro de Benedetti-, sólo existía un ejemplar de *Obra Negra*, por lo cual, cuando decidí robármelo para librar al colegio de semejante manifiesto tan anticlerical, fácilmente se esfumó todo indicio de que el libro hubiese estado alguna vez allí.

Cuando terminé con *La muerte y otras sorpresas*, Darío Cano me recomendó que siguiera con Borges. Como de él sólo conocía las pintorescas descripciones de la zoología fantástica contenidas en *El libro de los seres imaginarios*, supuse que sus cuentos serían parecidos a los del libro que acababa de leer, con el que me había divertido mucho -y también mis compañeros- leyendo la historia del hombrecito que presentía las cosas, y que había llegado a enorgullecerse por haber presentido la destrucción de su propia casa. Así pues que, confiado en descubrir divertimentos ídem, me puse a buscar un libro de Borges en la lista de los libros que Darío Cano había declarado "leíbles". Para mi desgracia encontré que sólo existían dos volúmenes: un ejemplar de *Ficciones* y otro de *El informe de Brodie*, este último lo leía en ese preciso instante Darío Cano, lo que explicaba el entusiasmo y prontitud con que me había recomendado la obra del argentino. *Ficciones* lo leía Mejía, un haragán de primera categoría que

aprovechaba las horas de biblioteca para comer chicle, disparar proyectiles de papel por el tubo de un lapicero inservible y hacer dibujos de naves espaciales; como el libro era el escudo de sus fechorías, se negó a entregármelo, argumentando que Darío Cano ya sabía que él leía *Funciones* -fue exactamente lo que me dijo-, y que si lo sorprendía con otro libro en la mano iba a tener problemas. Por esa tarde, entonces, tuve que conformarme con uno de los tantos libros de cuentos de Horacio Quiroga desperdigados por ahí, extrañamente desdeñados por mis compañeros, amantes de la prosa cruenta y pletórica de fieras salvajes. Felizmente, cuando el fin de semana visité la casa de mi abuelo, encontré en el escaparate-biblioteca del tío Iván un ejemplar de *Ficciones*. Recordando una vez más los derechos de mi madre sobre el contenido de este baúl mágico, decidí llevármelo.

Así pues que mi vida entre los libros se desarrollaba de tal forma que ninguna preocupación económica enturbiaba mi relación con la literatura. Si un libro no estaba disponible en la biblioteca del colegio, lo buscaba en el escaparate de mi tío. Si el afán de la posesión me atosigaba, no tenía problema en hurtar el libro de mis amores en uno de los dos lugares. Pero nunca pensaba en comprar un libro: dilapidaba mi escaso dinero comprando chocolates y gaseosas o yendo al estadio a ver jugar al Medellín.

Tenía quince años, como dije ya, cuando advertí que estaba en mis manos comprar libros. Ya Darío Cano había desaparecido -no inexplicablemente, por supuesto- del colegio, y el administrador y patrono de nuestras lecturas era ahora León Rúa, un hombre alto y calvo, y aunque bastante joven, increíblemente convencional e incompetente. Lo primero que se le ocurrió ponernos a leer fue el *Cantar de Mio Cid*. Como Rúa era un hombre fiel a los principios democráticos y a unas ansias locas de mortificar a sus estudiantes, determinó que nadie podía prestar en la biblioteca, para llevar y leer en la casa, el libro en cuestión. Argumentaba que nuestra raza era ventajosa y egoísta -sospecho que en eso no se equivocaba-, y que en virtud de ello los alumnos más personalistas correrían a la biblioteca apenas acabada la clase y se llevarían consigo, quién sabe por cuánto tiempo, los ejemplares con que contaba el colegio. Determinó también -esto, sí, por pura ansia de mortificarnos- que en las horas de lectura escolar quedaba prohibido tocar el libro, y que sólo podríamos adelantar algo durante los descansos, aunque bien sabía que ni aun los más enfermizos cumplidores del deber sacrificarían los escasos minutos del recreo pegados a una escritura tan pomposa y exasperante como puede ser la del *Cantar de Mio Cid* para muchachos de quince o dieciséis años. No transcurrió mucho tiempo antes de que entendiéramos que para no reprobar español y literatura ese período teníamos que comprar el libro.

Ya dije antes que mi padre había muerto; estaba yo aún muy pequeño, así como mi dos hermanos, y mi madre tuvo que ocuparse de nosotros y de todos los asuntos de la casa por su propia cuenta, amparada tan sólo por una ínfima pensión de viudez. Así que las condiciones económicas en casa no eran las mejores. Por eso, puesto que contaba con algún dinero que un tío me había obsequiado en mi

reciente cumpleaños, decidí comprar de mi bolsillo el *Cantar de Mio Cid*, para no atormentar a mi madre con pedidos extemporáneos de material escolar.

Poco conocía yo la ciudad, a pesar de mis quince años. Así que cuando pensé dónde podía ir a comprar el libro sólo se me ocurrió una papelería de poca monta que había cerca del colegio, y donde yo creía haber visto un pequeño estante con libros. En efecto, allí compré el *Cantar de Mio Cid*, sólo que en una edición francamente impresentable, carente por completo de datos de impresión, con pésimo encuadernado y en un amarilloso papel de baja calidad. Sin embargo, tuve con semejante “pasquín” para aprobar el examen que Rúa hizo sobre la obra. Más allá de los progresos escolares (aprendí, por fin, de quién diablos era un caballo que se llamaba Babieca), ocurrió algo notable con la adquisición del *Cantar de Mio Cid*: descubrí un hecho interesante -y para mí aún inédito- que, sospechaba, daría un matiz especial a mis relaciones con la literatura: comprar mis propios libros. No tendría que disputarlos nunca más con Mejía; serían míos enteramente, hasta el fin de los tiempos; sería un lector serio que se procura sus propios libros y que no depende de las horas escasas y accidentadas de la lectura escolar. La suerte estaba echada. En las semanas subsiguientes volví repetidas veces a la papelería, y adquirí las ediciones piratas de *La perla* (Steinbeck), *Los árboles mueren de pie* (Casona), *El viejo y el mar* (Hemingway) y *Viento seco*, del colombiano Daniel Caicedo. Pero no, debo ser franco: este último lo robé, pues mi exiguo presupuesto no me permitía hacerme a tan extensa bibliografía. Una sola obra original, de buena edición, compré en aquella improvisada librería: *Gracias por el fuego*, de Benedetti. Recordaba entusiasmado los relatos de *La muerte y otras sorpresas*, así que el único obstáculo que vi para quedarme con el libro fue los 1600 pesos de su precio (aunque también hay que considerar el agravante del tamaño: como era de un formato más amplio que el de los libros piratas, no podía acomodármelo fácilmente entre la camisa). Con algunas privaciones y ahorros, pude comprarlo al poco tiempo de haberlo visto. Aún sigue siendo para mí un misterio cómo una obra de sello librero original pudo llegar a ese templo de la piratería.

Por aquel tiempo de las primeras compras leía inmediatamente cada libro que conseguía. La precariedad de mi bolsillo era, en cierta forma, mi mejor aliada, pues me hacía comprar libros a un ritmo que, con suficiencia, me permitía digerir cada adquisición. Sin embargo, pronto llegó el momento en que la papelería dejó de ofrecerme cosas atractivas: terminé comprando la casi totalidad de los libros puestos a la venta -aunque muchas buenas presas fueron capturadas por otros compradores-, con la excepción de los clásicos, pues la tormentosa lectura del *Cantar de Mio Cid* me había espantado de obras con tanta historia y leyenda. Comprendí entonces que tenía que encontrar otro expendio de literatura. Sin embargo, no sabía dónde.

Conocía bien el barrio, contrariamente a lo que me ocurría con la ciudad. Cuando tenía diez años, aprovechaba las tardes después del colegio para dar vueltas por todo Belén. Mi madre no fiscalizaba

para nada mis salidas, y cuando regresaba de mis etnográficas giras por los barrios marginados de Zafra y Sucre o cuando retornaba de las lejanías insospechadas de Las Playas o Diego Echavarría, ella apenas me preguntaba -sólo por preguntar- dónde había estado, pero aun antes de contestarle yo sabía que cualquier respuesta la satisfaría. Eran otros tiempos, cuando pocos peligros había en la calle para los niños. No sé si ahora, a pocos meses de terminarse el siglo XX, existen realmente estos riesgos, pero lo cierto es que los padres de hoy están convencidos de ello, y algunos quisieran encadenar a sus hijos quinceañeros, y tratándose de sus hijas, pretenden amarrarlas a su cama hasta que salgan trajeadas de blanco hacia el altar.

Así pues que tenía la suficiente experiencia como para saber que Belén no me deparaba una librería mejor que la papelería hasta entonces frecuentada. Era inevitable: tenía que ir al centro de Medellín. Yo conocía bien las avenidas Oriental, Bolívar y Carabobo, pero sólo porque había pasado infinidad de veces sobre ellas en los buses en que iba o venía de la casa de mi abuelo. Todas las otras calles, manzanas y aceras contenidas entre estas avenidas eran prácticamente desconocidas para mí; eran en su mayor parte terreno sin hollar. Tanta era mi ignorancia respecto al centro de la ciudad, que a veces se me ocurría la improbabilidad de encontrar una librería regular. Yo suponía, no sé por qué caprichosa razón, que el universo mundo estaba lleno de papelerías.

Paradójicamente, en el centro de Medellín, por primera vez en busca de libros, entré justamente en una papelería. Yo había descendido del bus en Oriental con Colombia, y como conocía de sobra la Oriental por haberla visto desfilar una y otra vez por las ventanillas de los vehículos, decidí tomar por Colombia hacia el occidente. Media cuadra a la derecha me topé con una amplia vidriera con letras azules, donde podía leerse “Librería y Papelería”; después comprendería que lo de “librería” no era más que un nombre ostentoso para un estante de libros piratas un poco más amplio que el que ya conocía. Sin embargo, yo iba por nuevos títulos, sin importar la calidad de las ediciones y, como ya he consignado, yo no me imaginaba las librerías de otra forma. Cohibido, me situé al frente del estante y comencé a ojear los lomos de los libros. Un dependiente me preguntó qué quería. Por timidez, le dije que sólo estaba mirando, y como de inmediato se me ocurrió que tal gratuidad significaba una absoluta desfachatez, agregué inmediatamente que estaba buscando algo para regalar. El dependiente no dijo nada y se fue. Al poco rato divisé un modesto volumen de las *Rimas y leyendas* de Bécquer. Días atrás, tratando de exprimir hasta la última gota de jugo literario de la bibliografía de mi casa, había encontrado la leyenda *El beso* -por increíble que pueda parecer- en una de las sosas revistas del Reader's Digest; esa historia de una estatua que abofetea a un enamorado militar me había agradado, así que inmediatamente llamé al dependiente y le pedí el libro. Sólo costaba 340 pesos.

En la víspera de mi excursión había logrado acopiar 2400 pesos, de los cuales ya había gastado 100 en el pasaje del bus; descontando el libro de Bécquer y el pasaje de regreso, contaba aún con 1860

pesos, así que seguí escudriñando el estante. Creo que estaba tan contento de tener en mis manos un volumen completo de Bécquer, que no miraba con atención lo que tenía enfrente. Entonces decidí marcharme, y sólo por exceso de euforia pregunté al dependiente si tenía algo de Benedetti. Creía improbable que existiese allí algo distinto a *Gracias por el fuego* o *La muerte y otra sorpresas*, mas el dependiente, luego de atusarse el bozo un momento y tras de dar una vuelta por detrás del estante, regresó con un ancho volumen de color negro. Era una edición original de *Inventario*, la recopilación de toda la poesía de Benedetti entre 1950 y 1980. Lo hojeé entre atónito y embarazado, pues suponía que el libro debía costar una fortuna, y no me agradaba la idea de tener que devolver el libro balbuciendo el consabido pretexto de “No, más bien en otra ocasión...” o cualquier necedad de la misma especie. Cuando ya me disponía a entregar el volumen, alcancé a ver, con sorpresa -aún hoy me sorprende- que el libro valía sólo 1900 pesos. En el primer segundo decidí romperme los pies caminando hasta casa, y antes de que transcurriera el otro segundo ordené al dependiente empacarme el libro junto con el de Bécquer. No sé si comenté en voz alta lo de la caminata a casa, pero lo cierto es que el dependiente accedió a dejarme el libro por el justo valor que me permitía conservar los 100 pesos del pasaje de regreso.

Somos tan timoratos que aun la buena suerte nos asusta. Yo sólo había comprado dos libros magníficos a un precio irrisorio, pero lo cierto fue que salí de la papelería más apresurado que si los hubiera robado. Acaso me sentía indigno de tanta gracia o acaso -es lo más probable- quería desaparecer del centro de Medellín antes que alguien advirtiera un error en el precio de *Inventario*. Años después volví a sentir las mismas ansias agrídulces de fuga, cuando mi inaudita buena suerte quiso que me encontrara 40000 pesos abandonados entre los zapatos de los somnolientos transeúntes de la calle Boyacá, un viernes en la tarde. Es tan ajeno el centro de la ciudad -por el anonimato de tanto transeúnte, porque la permanencia de los edificios mudos siempre es grata- que uno fácilmente puede sentirse en él como un advenedizo, como un infractor. Pero yo tenía que sufrir la ciudad en esa mi primera visita, y tenía que comprender lo que significaba no estar en las sosegadas manzanas de mi barrio. Yo aspiraba a ser un lector universal, y eso debía costarme mucho más que meros pasajes de bus.

Al salir de la papelería seguí por Colombia hacia el occidente, pasando más adelante por el costado sur del Parque Berrío (terreno para mí conocido, pues antaño era el lugar donde el bus de Belén nos dejaba, cuando íbamos a la casa del abuelo y teníamos que seguir caminando hasta una zona mugrienta de tabernas y heladerías para tomar la buseta de Bello). Luego desemboqué en Carabobo y tomé el bus de regreso. Eso fue todo. Sin embargo, poco después volvería.

En casa devoré en poco tiempo el libro de Bécquer -que por la precariedad de su edición perdió algunas hojas-; acto seguido, aunque con mucha más pausa y cautela, enfrenté el libro de Benedetti.

Pero como la poesía no ha sido precisamente mi fortaleza literaria, promediando el libro me vi en la obligación moral de abandonarlo. Recuerdo que en el colegio había abandonado a pocas páginas del final la novela-reportaje *El Karina*, de Germán Castro Caicedo, así que *Inventario* venía a ser el segundo gran libro que dejaba inconcluso. Pero no era solamente eso: *Inventario* era el primer libro comprado que dejaba sin terminar, lo cual, por supuesto, hizo que me sumiera en una extraña postración anímica, compuesta por todo tipo de remordimientos; sobre todo pensaba cuántos o cuáles libros más acordes con mi apetito habría podido comprar con 1800 pesos, o al menos con 900, pues en todo caso había leído la mitad del poemario de Benedetti, y no podía negar que había disfrutado cosas como “y libres para siempre de la luna lunática fornicaron al fin como Dios manda o mejor dicho como Dios sugiere”. En todo caso, decidí planear mejor mis expediciones de caza de libros, prometiéndome no comprar nada que no estuviera seguro de leer hasta el fin.

Buscando iluminación y consejo me dirigí a mi exigua colección, engrosada básicamente, como ya dije, por los indigestos *best seller* de mi padre, los libros piratas que había comprado en Belén y los libros que antes habían sido de mi tío, y que yo había traído de Bello defendiendo secretamente los intereses de mi madre. Estos libros, por supuesto, eran los más valiosos de mi colección, y fueron los que revisé con más cuidado en busca de indicios sobre mis verdaderas aficiones literarias. Al poco tiempo de estar en esto terminé descubriendo que la mayoría de ellos tenían en la primera hoja -la inicial, siempre blanca, la que invita irresistiblemente a la firma, a la mancha de tinta- un sello que decía “Librería Continental”. Bien decía “Librería” y no “Papelería”. Tenía que tratarse, a no dudarlo, de un sitio distinto a los que hasta entonces conocía. Al lado del nombre había una dirección. La librería quedaba en el cruce de la calle 52 con la carrera 50. Calculé que quedaba unas dos cuadras más al norte de donde la calle Colombia -la de mi huida- sale al Parque Berrío. No parecía complicado, así que decidí, no bien recopilara algún dinero, emprender la excursión hacia lugar tan prometedor. Todas mis ilusiones se alimentaban con el pensamiento de que Iván era un hombre que sabía mucho de libros, y tenía la certeza de que no acudiría a comprarlos en cualquier librería apolillada o mal surtida. No me decepcioné; antes bien, me deslumbré: la Continental era una profunda sala, repleta de libros hasta un punto inimaginable para un modesto visitante de papelerías como yo.

En casa me habían dicho que la calle 52, La Playa, daba una curva antes de llegar a la calle 50 y se convertía en la Avenida 1° de Mayo. Tal estado de cosas me pareció complicado, así que decidí tomar la ruta que en la primera visita había seguido (esto es, empezar a descender por Colombia inmediatamente me apeara del bus), y justo cuando llegué al Parque Berrío doblé a la derecha. Estaba en la carrera 50, Palacé, en su cruce con la calle 50 (con el tiempo descubriría que gran parte de los plazas centrales de las ciudades y municipios colombianos se encuentran en el cruce de carrera y calle de igual nomenclatura; ésta es la razón por la cual el verdadero corazón de Medellín es el Parque Berrío, y no el

Parque Bolívar, como pretenden algunos). Siguiendo por Palacé hacia el norte encontré el edificio de la Bolsa de valores, la iglesia de la Candelaria, el edificio Constaín -sucio pero íntegro en su deliciosa arquitectura de otra época- y multitud de venteros ambulantes, principalmente vendedores de revistas pornográficas y negras chocoanas expendedoras de chontaduro. Llegando al cruce de Palacé con la 1° de Mayo -esto es, muy cerca de mi destino- vi tirado en el suelo a un hombre con las manos y los pies atrofiados, sacudiendo con un talón -o lo que debía ser un talón- un recipiente con monedas. La escena me impactó: no sabría explicarlo, pero me pareció que, a pesar de su postración y miseria, el hombre se comportaba con arrogancia, como si nos dijera a todos que porque era una aberración de la naturaleza merecía dinero. Con el tiempo, mientras fui descubriendo a Medellín, comprobé que sus calles rebosaban de estos chantajistas, de hombres que, por ejemplo, llevan diez años manando sangre diariamente por una misma y no cicatrizada herida.

Pensando en la actitud ambigua del minusválido me encontré de pronto frente a la puerta de la librería. Debo reconocer que, apenas vuelto en mí y bastante sorprendido, me pareció que los estantes con libros no tenían fin; que una bruma similar a la que tapa las cumbres de las altas montañas en los días fríos se alzaba a dos metros del suelo y no permitía ver la cúspide real de los estantes, que arrancaban desde el suelo sin solución de continuidad. Yo, el profano, no atinaba a traspasar el umbral del templo. Un amable dependiente se acercó y me invitó a pasar con un generoso ademán de su mano izquierda. Yo ya sabía, y hasta el fin de los tiempos, que allí estaban los libros verdaderos, así que entré en la nave central llevando la cabeza gacha en un extremo inimaginable de humildad. El hombre seguía a mi lado; acaso balbuciendo, le dije que deseaba ver algo de literatura latinoamericana. Me señaló el estante que estaba justo a mis espaldas, y de inmediato se marchó, creo que hacia la puerta, por donde seguía colándose gente como abejas que regresan a su panal. No me había preguntado qué iba a llevar. No me había acosado para que comprara algo, como suele pasar en casi todas las papelerías. Ya tendría tiempo para comprender que las librerías, más que lugares a los que se va a comprar, son lugares a los que se va a mirar. Los libreros bien lo saben, y por eso reciben con inquebrantable amabilidad a individuos que, como entonces era yo, tienen el inconfundible aspecto de no llevar un peso en el bolsillo. Pero sucede que -como me lo dijo un dependiente en la Librería Nueva-, "el mirón sale a contar a otros lo que vio adentro".

Como aún no vencía mi actitud humillada, lo primero que distinguí en el estante -justamente en el entrepaño que besaba el suelo- fueron los libros de Mario Vargas Llosa y de César Vallejo. Entre los volúmenes rosados de la poesía completa de Vallejo, había un librito gris bastante empolvado: *Paco Yunque-El tungsteno*. Poco había leído yo de este poeta -creo que una o dos frases de *Los heraldos negros*-, pero sabía que era uno de los grandes escritores de América: Darío Cano, allá en el colegio, no podía evitar un semblante eufórico cada que hablaba de él, y como un loco, con los ojos perdidos sobre

las vigas del salón de clases, comenzaba una y otra vez con aquello de “Moriré en París con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo...”. El librito gris valía 800 pesos; bien podía comprarlo, pues esa mañana contaba con 2000 pesos para derrochar en literatura. Con Vallejo en mi mano seguí buscando otras cosas, pensando, en un colmo de felicidad, que aún tenía libres casi las dos terceras partes de mi presupuesto libresco.

Pero no me llevé a Vallejo, e incluso diez años después tuve que pagar casi 30000 pesos por un hermano de edición del ejemplar que yo dejé podrirse en la Continental. Esa mañana, en algún momento, recordé que un amigo me había regalado una antología de cuentos peruanos, donde estaba el relato *Paco Yunque*, y puesto que yo había decidido no hacer, por nada del mundo, una compra necia, pensaba que llevarme un libro con 30 páginas repetidas era un despropósito. Ignoraba yo, bibliómano neófito, lo difícil que es conseguir en la República de Colombia una edición de *El tungsteno*. Pero yo creía obrar con loable prudencia, y así terminé llevándome a casa *Cuentos de muerte y sangre* de Güiraldes, *Este domingo* de Donoso y *Para una tumba sin nombre* de Onetti. A Donoso lo leí enseguida, para decepcionarme; a Onetti lo leí seis años después, y del volumen de Güiraldes sólo leí -o hasta hoy he leído, más bien- dos relatos, aunque uno de ellos, *Al rescoldo*, bien puede ser lo mejor de todo el libro. Por supuesto, fueron muchos más los libros que allá vi y de los cuales terminé prendado, de tal forma que cuando llegué a casa me sentía tan feliz por la compra como amargado por lo que quedaba allá en ese mágico salón de la 1° de Mayo con Palacé. Mucho recuerdo el escozor que sentía por no haberme hecho a uno de los seis ejemplares de *Pasado amor*, de Quiroga, elegantemente alineados en los estantes, brillantes con su blanco immaculado de ediciones de Alianza Editorial.

Bien hace nuestro pueblo en creer que los doce primeros días de enero representan los doce meses del año, o en propagar consejas y dichos como “en el desayuno se ve qué va a ser el almuerzo”, pues mi primera visita a las grandes librerías mostró, en pequeño, cómo iba a ser mi restante vida de obsesivo comprador de libros. Muchos eran los tormentos que un sujeto como yo debía padecer, y la visita a la Librería Continental me mostró los fundamentales. El peor de todos, creo, es prendarse de un libro que uno no compra: por absurdo que parezca, en el estante del comercio el libro se muestra insípido o prescindible, a tal punto que uno decide comprar otro u otros; después -acaso por una suerte de sarcástico sortilegio-, apenas uno ha puesto un pie en el bus de regreso, o ha llegado ya a casa, o -en el menos doloroso de los casos- se ha despertado al amanecer del siguiente día, de repente llega la convicción de que es necesario comprar ese libro, que ya no es insípido, sino que ahora, en nuestro deseo, ha pasado a ser *el*/libro. Yo no compré *Pasado amor* aquella vez, pero muchos días me torturé con las ansias de poseerlo. Sin embargo, durante mucho tiempo no pude recopilar la cantidad suficiente de dinero como para adquirirlo, y cuando tuve esa solvencia -muchas semanas después-, el deseo había muerto ahogado entre otras páginas y otros títulos. Loco como era, no aprendí de esto, a pesar de la

evidencia de la moraleja: ante un libro que quieres comprar y no puedes, lo mejor es esperar que el tiempo mate la obsesión; mientras tanto, insensato, tienes una biblioteca aún no leída que te espera. Pero nunca he podido ser un hombre paciente, por más que una y otra vez quede demostrado lo mucho de prudencia que puede ir en ello.

Otra de las facetas siniestras de la vida del comprador habitual de libros es no comprar un libro en su momento, para después no encontrarlo. No compré en su momento *Pasado amor*, pero al fin y al cabo pude haberlo hecho cuando tenía el dinero, y si no lo hice fue porque mi obsesión había expirado: al fin y al cabo, hasta siete años después de mi primera visita a la Continental estuve viendo cómo el polvo oscurecía cada vez más los ejemplares del libro aún sobrevivientes (que es un eufemismo para no decir “despreciados”). Sin embargo, con *El tungsteno* ocurrió otra cosa: no lo compré, y luego, a pesar de haberlo buscado durante muchos años en librerías de aquí y allá, no lo encontré. Al final, tras una década de pesquisas infructuosas, tuve que ceder al chantaje de las ventas por Internet y pagar en dólares un precio exorbitante que aún escondo a las indagaciones de mis contertulios.

Pero tal vez el caso más doloroso sea el de *El camino de Francia*, de Verne. Alguna vez, deseoso de reencontrar las peripecias de la novelística del francés, abandonadas por mí a los doce años con la lectura orgásmica de *Cinco semanas en globo*, se me puso entre ceja y ceja comprar una nueva novela. En la Librería América -situada en Boyacá, entre Palacé y Junín, justo donde una tarde de diciembre habría de encontrarme los 40000 pesos que ya he mencionado-, en la Librería América, decía, encontré la más completa colección de las obras de don Jules que mortal alguno haya podido ver en su vida. Yo llevaba unos 7000 pesos para comprarme algo, pero quiso la mala fortuna -o, más bien, el estúpido apego al dinero que me acomete de vez en cuando- que me conformara con una edición de *Héctor Servadac* que sólo me valía 3000 pesos. No obstante, antes de decidirme ya había acariciado y hojeado los volúmenes de una colección de la Editorial Molino que contenía, entre otros títulos, *El camino de Francia*. Ya en casa, leyendo el libro comprado, entendí que no quería la historia de una fantasía geofísica, sino que más bien me soñaba incursionando en un viaje geográfico con bosques y praderas; pero yo no había querido pagar 6700 pesos por *El camino de Francia*, y nunca más, aunque después hubiese ofrecido un mes de sueldo profesional, habría de encontrarlo. Estaba escrito y lo está aún, y no me imagino alterando tal destino.

Y está, por supuesto, el tercer tormento: el de saberse comprando libros que no habrán de leerse o, por lo menos, que uno sabe que leerá, acaso, años después. Yo leí a Donoso *ipso facto*, dilaté seis años a Onetti y aún no he leído ni la cuarta parte de Güiraldes: ese balance de demoras y omisiones es el de mi primera compra en la Librería Continental. Y habría en mi vida balances peores: desvelarme un mes pensando cómo conseguir 1700 pesos para hacerme a *Recuerdos de la casa de los muertos*, de Dostoyevski, para venirlo a leer ocho años después de comprado. O sacrificar un almuerzo universitario

por *La cartuja de Parma*, para luego condenarla al olvido de mis estantes por los siglos de los siglos. Ahora veo con claridad meridiana que mi locura comenzó a manifestarse de entrada con indicios inequívocos. Pero yo no podía advertir ni hacer nada: yo, justamente, era el loco.

Así pues que me hice a obras de Stendhal y Dostoyevski ya desde mis primeras jornadas de comprador universal de libros (con el descubrimiento de la Continental, la época parroquiana de las papelerías había quedado definitivamente atrás). Y sin embargo, yo era la misma persona que se había desesperado meses atrás con las inconstancias del protagonista de *Rojo y negro*; era el mismo joven atrevido que juzgaba como poco menos que mediocre el comienzo de *Crimen y castigo*... ¿La travesía de S***? ¿El puente de K***? ¡Qué torpeza para narrar! Ocurría sin embargo que yo como lector aún estaba por hacerme, y la inconsistencia de mi criterio era, a todas luces, evidente. ¿Qué podía hacer? Seguir la corriente de la celebridad, por lo menos en un principio. Yo, que una tarde de junio terminaría siendo antropólogo, tenía que albergar en mi corazón algún tipo de confianza para con los designios de la humanidad. Y los hombres habían decidido consagrar a Stendhal y Dostoyevski; así que yo compraba sus libros sin desconfiar, pensando, más bien, que mis ideas previas acerca de los dos literatos carecían de fundamento.

Por supuesto, llegaría el día en que me convertiría en un ser relativamente autónomo en cuanto a gustos y aficiones librescas. Digo “relativamente”, pues en el fondo todo lector tiene que dejarse influir por algo: difícilmente uno selecciona un libro con la misma actitud de igualdad probabilística con que se saca una balota de una bolsa negra. Lo que quiero decir es que llegó el día en que yo compraba libros porque creía que eran buenos, prestando muy poca atención a los comentarios de los especialistas, a los amores de la masa lectora y a la publicidad de las editoriales. Pero para que todo esto ocurriese fueron muchos las compras, lecturas, desazones y hallazgos que tuvieron que operarse, y -quizá más que todo lo anterior- fueron muchas las calles que tuve que conocer y colonizar.

Lo primero que descubrí más allá de la Continental fue la Librería Técnica. Cada que yo entraba o salía de la Continental veía con alguna fascinación cómo Palacé se prolongaba hacia el norte entre majestuosos y sobrios edificios, en los que yo imaginaba estudios frescos y repletos de libros, habitados por eruditos con barba de chivo. Una tarde, con 2000 pesos en el bolsillo y un formulario universitario bajo el brazo, decidí no entrar en mi habitual destino, y preferí seguir de largo por entre los edificios de la carrera Palacé. Una cuadra más allá descubrí que el halo majestuoso que tantas veces había entrevisto desde la Avenida 1° de Mayo flotaba tres metros por arriba de mi cabeza, pues al ras de mi mirada los edificios hermosos no eran otra cosa que pórticos sucios y ventorrillos de frutas más que maduras; las calles eran estrechas y los autos, desgañitados en sus bocinazos, parecían querer subirse a las aceras. En todo caso el aseo de ese sector del centro de Medellín era notorio, y sólo por eso se transitaba por

allí con una sensación de frescura y respiro que hacía olvidar lugares mucho más impresentables de una ciudad que algún incauto regionalista había llamado alguna vez “la tacita de plata”.

El nombre de “Librería Técnica” puede espantar a más de un coleccionista de libros literarios. Sin embargo yo era testarudo, y pensaba que la palabra “librería” no podía escribirse en vano sobre una vidriera comercial. Claro que más adelante, cuando descubrí que había en la ciudad oscuras grutas llamadas “Centros de literatura cristiana”, comprendí que me equivocaba: era preciso no ser tan idealista y andarse con los ojos abiertos, pues una puerta abierta y un estante con libros bien podían ser también una trampa. Pero la Librería Técnica, felizmente, no tenía nada de eso: era simplemente un garaje con libros, donde, entre cientos de libros de cálculo, física y termodinámica, se ocultaban las obras maestras del existencialismo a precios francamente irrisorios. Allí compré *El extranjero* por 1200 pesos, y allí dejé a *La Náusea* dormir una espera de tres años, hasta que por razones de academia universitaria tuve que comprarla. Aún hoy los libros literarios se estrechan en el pequeño espacio que les dejan las ciencias exactas y naturales, pero siempre puede encontrarse algo bueno o barato si se deja uno conducir por la mano del mismo hombre calvo o de la misma vieja de pelambre crespada que desde el principio de los tiempos atienden la librería.

Tres cuadras más allá de la Librería Técnica acaba el mundo, en un abismo circundado por consultorios médicos nunca visitados, guaridas de travestis y cinemas pornográficos. Por ello, los otros bastiones libresco del centro histórico de Medellín han sido edificados hacia el oriente de la polifacética carrera Palacé. Años después de mi primera incursión al centro, cuando ya creía haber descubierto las mejores tiendas literarias de la ciudad, descubrí la Librería Nueva. Esta fortaleza se encuentra en la avenida Junín -famosa, comercial y peatonal en lo mejor de su tramo-, y es demasiado evidente, por el estilo arquitectónico de su fachada, para cualquier desprevenido viandante. Sin embargo, yo no asociaba a Junín con libros: todos hablaban de los cinemas, heladerías, pizzerías, restaurantes, salones, reposterías y boutiques que había por allí, e incluso cierta expresión popular condenaba a Junín como teatro de aberraciones sexuales. Pero... ¿libros? Yo no lo creía posible: para mí el eje de la literatura en Medellín eran Palacé y sus avenidas tributarias. Junín era la zona rosa del centro, y la suponía habitada por alimañas que nunca habían volteado una página y que no tenían idea de quién podía ser Gabriel García Márquez.

Un día que salía de la Continental decidí internarme en un pasaje comercial que tenía su entrada dos locales más al norte. No sé si buscaba un almacén de variedades donde comprar algún obsequio, o si simplemente me embargaba la curiosidad de conocer algo más. Como una partícula de comida me fui adentrando en la frescura de ese esófago mercantil, compuesto por comercios de todas las especies, dispuestos a lado y lado del corredor principal. De repente, al voltear una leve curva, descubrí al fondo el resplandor de una acera iluminada por el sol y atestada de peatones. Era la carrera Junín. Hasta

entonces yo pensaba que el único pasaje que traspasaba una manzana de edificios de un extremo a otro era el Pasaje Veracruz, por donde nos metíamos cada que bajábamos a la zona de las tabernas malolientes a tomar la buseta de Bello, cuando íbamos a casa del abuelo. Cuando niños, creemos que todo es único, y que el mundo no puede ser una cosa distinta a lo visto, tocado y hollado por uno mismo. Pero ahora que compraba libros por mi propia cuenta ya había dejado de ser niño, y pensando simplemente que hasta entonces había sido algo ingenuo, caminé sin sorpresa hasta el fondo de la galería y llegué a Junín. Luego torcí a la derecha, temeroso de alejarme un metro más de las calles conocidas. Entonces me tropecé con la vitrina de la Librería Nueva.

Buscando los libros conocí la ciudad. Al principio yo creía que existía una zona cultural donde estarían apiñados todos los expendios de literatura. Después comprendí que las librerías, pocas o muchas según como se considere, están por todos lados o en ninguna parte. Las veo como sobrevivientes heroicas de una ciudad donde proliferan los almacenes de ropa a crédito, las corporaciones financieras, las reposterías promocionales, los restaurantes de pollo asado y los almacenes y ventorrillos de "Todo a mil". Entre todo eso, vacías y frescas, están las librerías. Muchas semejanzas hay entre ellas y las lapas marinas que se fijan testarudamente a las piedras de los acantilados para resistir el choque de las olas. Por supuesto, algunas lapas resbalan y se despedazan, así como muchas librerías desaparecen o se especializan en temas francamente nauseabundos (y en el mismo estante donde antaño uno encontró a Rulfo, ahora reposa Cuauhtémoc Sánchez y su sosa obra de autosuperación). Pero en su mayor parte todas las librerías resisten los embates de los malos tiempos, la hediondez de las modas, la vacuidad de los bolsillos y la voracidad de los sistemas fiscales de este país de gravámenes. Y si antes veía con horror que la Librería Nueva pavoneara su ostentosa fachada en una zona de comercio esnobista, después celebré que estuviese justo al frente de uno de los más conocidos cines comerciales de la ciudad, robándole uno que otro cliente a los filmes de Tom Hanks o de Michael Douglas.

A veces, durante varias tardes consecutivas o en una sola y extenuante jornada, me recorría todas las librerías del centro de Medellín. No lo hacía, por supuesto, por mera novelería, sino sólo cuando tenía un libro muy especial entre ceja y ceja. Acontecía -una o dos veces al año, a lo sumo- que se me ocurría comprar cierto libro, y como sucedía que esa obra -entendía yo de alguna manera- representaba la singularidad, exclusividad y autonomía de mi criterio literario, ponía todo mi empeño -obsesivo y febril- en conseguirla a como diera lugar. Eso me ocurrió con *Gran sertón: veredas* de João Guimarães Rosa.

En la universidad yo tenía un amigo que sabía de literatura acaso más que el propio Jorge Luis Borges; sólo que mi amigo no escribía nada y se ganaba la vida con una máquina fotocopidora; es decir, nada parecido a andar por ahí fundando revistas literarias; de ser así, además, me hubiese espantado de sus consejos, pues los habría entendido como la voz de una erudición dogmática a la que no

quería condicionarme de ninguna manera. El caso fue que Juan Restrepo -así se llamaba mi amigo- me habló un día de João Guimarães Rosa y me lo presentó como el más ilustre monstruo de las letras brasileñas. Yo, que por esos días andaba entusiasmado con una novela de Jorge Amado que transcurría en la región del sertón, no eché la referencia en saco roto, y pocos días después, cuando la casualidad quiso que me topara tres veces con el mismo nombre -recordad que yo no hacía caso, de buenas a primeras, de cualquier elogio libresco que oyera por ahí-, me interesé más por saber quién diablos era Guimarães Rosa. Pronto comprendí que la novela *Gran sertón: veredas* era su realización máxima. Tan brillante parecía ser el libro que un naturalista español -Félix Rodríguez de la Fuente, a quien por casualidad yo había leído una semana atrás- presentaba en su tratado sobre la fauna universal un extracto de la novela que describía las llanuras áridas sudamericanas.

El libro no estaba en la biblioteca de la universidad (en realidad sí estaba, pero no disponible al público vulgar, pues lo andaban leyendo los alumnos de no sé qué seminario), y quizás en el fondo yo deseaba tener un pretexto para lanzarme a las librerías a comprarlo. En ese entonces yo laboraba en el Museo Universitario, así que mensualmente podía contar con una pequeña cantidad de dinero para promocionar mi obsesión libresca. Confiando en el poder adquisitivo que significaban los 14000 pesos que tenía de balde me fui al centro.

Con el tiempo uno se vuelve malicioso y aprende a predecir qué cosas se pueden encontrar en el comercio y qué otras no. Pero cuando yo buscaba la novela de don João pensaba cándidamente que el solo hecho de ser libros significaba en tan codiciados objetos una disponibilidad total en cualquier librería. Inocente, no sabía que buscaba un libro editado por última vez hacía 15 años, sin considerar lo mucho que parecía gustar a excelsos y peregrinos amantes de la literatura (ratones de librería siglos antes que yo) y lo poco que podría convenir a los intereses económicos de un librero que, viendo sus reducidos fondos de inversión, con seguridad prefe-ría poner en sus estantes novelas de autores menos anónimos. Por eso, después de las tres jornadas que necesité para recorrer la totalidad de las librerías del centro de Medellín entendí que más me valía volver a casa y seguir con Jorge Amado.

Tanto me habían acometido estas obsesiones que de un momento a otro me encontré siguiendo una ruta siempre igual y sistemática para recorrer las librerías. Descendía del bus en Junín, cerca al cruce con La Playa. De ahí tomaba hacia el occidente y bajaba por Boyacá, recorriendo las librerías América N° 2, Científica y América N° 1. Luego seguía hasta el próximo cruce -tras esquivar a vendedores de lotería y a pedigüeños de todas las estofas-, y doblaba hacia la derecha por Palacé hasta llegar a la Continental. De ahí seguía dos metros hacia el norte y tomaba hacia el oriente por el pasaje Astoria, para desembocar a la parte peatonal de Junín y visitar la Librería Nueva. En ese momento me hallaba a unos cincuenta metros del punto de partida, y si el libro buscado no se encontraba en ese perímetro la cosa se ponía, verdaderamente, color de hormiga. Fuera de este cuadrado las librerías eran mucho más modestas y

estrechas, y ofrecían pocas rarezas para comprar. Hacia el nororiente, en el cruce de Sucre con Perú -en la zona de las ópticas y tiendas de anteojos- se encontraba la Librería Oveja Negra; la visitaba sólo en casos desesperados, pero en honor a la verdad debo decir que jamás encontré en ella alguno de los libros de mis obsesiones. También el centro popular del libro -un dédalo de humildes y apolillados kioscos, dispuestos sobre un pasaje peatonal contiguo a la calle Ayacucho, al suroriente de la Librería Nueva- era una opción de búsqueda desesperada, y aunque alguna vez encontré allí el *Manual de literatura latinoamericana* que no había podido hallar en ningún otro confín del universo, las más de las veces salí de aquel laberinto de pequeñas librerías con las manos vacías. Incluso recuerdo que durante la endemoniada correría de *Gran sertón: veredas*, al preguntar por el libro en el kiosco "Odín", un dependiente -que más que dependiente tenía la expresión inteligente de un lector recorrido- me dijo que esa misma mañana había vendido el único ejemplar que tenía a un estudiante de la Universidad de Antioquia. Por supuesto, inmediatamente odié al vendedor por tan innecesaria y lacerante aclaración, y al estudiante por su inoportuna compra.

Después de fatigarse en las decenas de kioscos del centro popular del libro, uno podía tomar Ayacucho y cinco metros a la izquierda continuar las pesquisas en la Librería Anticuaria. Fracasarse en esta guarida de libros usados significaba, verdaderamente, el acabose. Cuando las dependientas de la Anticuaria me daban su negativa, yo -que, por qué negarlo, soy testarudo hasta el extremo de la torpeza- continuaba buscando el libro del ensueño en todo género de papelerías y expendios dudosos de material impreso, e incluso alguna vez pregunté por obras literarias en las librerías jurídicas de la ciudad. Debo decir sin embargo que un día inaudito, ante el asombro de los mismos dependientes, encontré en Señal Editora -librería de leyes y abogados- uno de los clásicos de G. K. Chesterton: *El hombre que fue jueves*.

Mis fatigosas excursiones, ya de por sí bastante largas por las cuadras y manzanas que había que recorrer, se veían entorpecidas por uno de mis más auténticos prejuicios de comprador: la porfía de querer verlo todo con los propios ojos. Cuando, años atrás, había debutado en las librerías céntricas, la timidez no me dejaba decir qué era lo que quería. De esta suerte, terminé por acostumbrarme a penetrar por mi propia cuenta hasta los estantes, sin esperar por boca de ningún vendedor el veredicto monosilábico acerca de si mi libro estaba o no por ahí. Yo -lo descubrí desde las primeras búsquedas- iba a las librerías tanto para comprar como para estar por ahí, entre los libros, oliendo el papel de sus páginas recién impresas y divirtiéndome entre la policromía de los lomos, de la misma forma que el cazador no busca sólo la presa sino también el abrazo del bosque. Así que cuando entraba a una librería, por más grande que fuera mi urgencia o escaso que fuera mi tiempo, siempre eludía las preguntas de "A la orden" o "¿Qué desea?" con la consabida fórmula de "Sólo vine a mirar". Dejar el asunto en manos de los dependientes -usualmente raudos y certeros con sus "No lo tenemos" o "Ya se

lo traigo”- significa tenerse que ir pronto de las librerías. Un despacho ágil está bien para un ocupado ejecutivo que, ofuscado, busca un libro que han pedido a su hijo en el colegio, pero el genuino amante de los libros desespera si al momento se le insinúa que no tiene nada que hacer allí.

Pero, como quiera que sean los traumas vividos cuando se va en pos de un libro, lo cierto fue que, cuando menos lo pensé, me encontré con *Gran sertón: veredas* en mis manos. Una tarde de octubre yo había entrado a la librería de la universidad buscando un documento sobre arqueología o una resma de hojas para un informe, no recuerdo bien. El caso fue que, mientras esperaba que trajeran la mercancía, eché una mirada -quién puede evitarlo- al pequeño estante de las obras literarias para la venta. De repente vi en el suelo, al lado del mueble, una pila de libros verdes que esperaban ser acomodados en los entrepaños. Supuse que se trataba de una popular colección de obras de la literatura latinoamericana que había editado la Oveja Negra cuando yo era muy niño. Al acercarme comprobé que no me equivocaba, y con asombro, luego que hube levantado dos ejemplares de *Las lanzas coloradas* y uno de *Yo el supremo*, descubrí en su bolsa de plástico rugoso a *Gran sertón: veredas*. En medio de un te-naz escalofrío pregunté el precio, y una vez que pagué los irrisorios 3000 pesos que se me pidieron, huí como un ladrón dejando inconcluso el negocio inicial por el que había ido a la librería.

Con la adquisición de *Gran sertón: veredas* comprobé -si es que ya antes no lo había sospechado- que, más que las obras, yo amaba los libros; más que de los contenidos, yo me prendaba de las formas. Tenía en mis manos una novela por mucho tiempo añorada, y sin embargo, cuando me senté a leerla no pude ir más allá de la página 83, dejando abandonado a Riobaldo a la orilla del río Janeiro junto a un niño desconocido. Pero la austera edición de Oveja Negra no me animaba a ir más allá. Comprendí que lo que había buscado no era la novela en sí, sino un objeto específico: el libro de *Gran sertón: veredas* editado por Seix Barral, con la carátula ilustrada por una pintura de Henri Rousseau. Si entonces no lo sabía, desde ese momento ya no tuve dudas acerca de mi verdadera condición: yo era un coleccionista de libros, y tanto quería a algunos que les concedía la gracia de leerlos.

Yo había hecho algunos amigos al cabo de tanto rodar de librería en librería; más allá, sin embargo, de los amables saludos de don Fernando o de los descuentos que me hacía la sonriente Isabel, esos amigos eran los propios libros. Y no me refiero tanto a los que compraba, pues éstos entraban en mi vida apenas los veía en el estante, y rápidamente dejaban de ser buhonerías de librería y pasaban a ser mis objetos de colección; no, éstos no: mis amigos, en esencia, eran los libros que siempre se quedaban en los estantes, los que me habían visto años y años entrar a las librerías; los que nunca había comprado pero que siempre veía, fieles, en su lugar, y a los que finalmente yo dirigía -era inevitable- una mirada de simpatía, acaso de complicidad. Esos libros, por todos despreciados y por nadie comprados, habían envejecido conmigo, y así como yo acumulaba años en mi edad, ellos aumentaban ceros en su precio.

Parecían puestos en los estantes por toda la eternidad, destinados a acompañarme en mis visitas a las librerías.

Entre la mar de estos entrañables amigos, el que más recuerdo ahora es *En vísperas*, de Turguenev. De su inicial lo-zanía de 1200 pesos pasó a ser un volumen manchado y empolvado, que a nadie se le ocurría comprar por encontrar excesivos los 14000 pesos en que había devenido su precio. Siempre el mismo volumen, con la carátula de figuras grises nadando en un azul rey que le había conferido Alianza Editorial, con sus hojas amarillentas y su lomo jaspeado como un leopardo, durmiendo el sueño eterno del libro no abierto, ese libro que -según el proverbio árabe o hindú- es un amigo que perdona. Y me perdonaba a mí, sin duda, porque yo había descubierto que los libros eran entes autónomos, distintos unos de otros sin importar que fuesen tirajes de una misma edición.

Cada compra de un libro significaba un drama para mí si había que escoger entre varios ejemplares -y quizá, justamen-te por eso, era que detestaba confiar mis búsquedas a los libreros-: yo los miraba todos, les daba vuelta una y otra vez, olfateaba sus páginas, y operaba sobre ellos todo tipo de extravagancias, hasta que finalmente -sin saber por qué, sólo presintiéndolo- hacía mi elección.

Entonces los libros marchaban conmigo, desde el rincón de la ciudad donde yo los había encontrado, hasta mis estantes. Y eso, por supuesto -ellos lo sabían-, no significaba que fueran a ser leídos; básicamente, podían congraciarse de saberse elegidos entre otros congéneres, y acaso intuían, agradecidos, que marchaban hacia un santuario donde serían adorados en tanto cosas estéticas y bien formadas, donde se les perdonaría aun las necedades que los hombres hubiesen puesto dentro suyo. La culpa de una mala lectura la tenían Donoso, Skvorecky, Dickens, Shólojov, Mann, García Márquez o quien fuese, pero nunca los libros: ellos sólo habían atinado a acompañar -con el dulce olor de sus páginas, con sus garabatos de tinta, con la suavidad o firmeza de sus tapas- una existencia -la mía- que de lo contrario andaría dando tumbos, vacía, en una ciudad hostil que no parecía pertenecer a nadie.

DOMINÓ

-Empezá

-No, empezá vos.

-No, vos.

-...

-Dale pues...

-Bueno, será... Voy a empezar con lo que estoy leyendo ahora, *El Moro*, de José Manuel Marroquín

-¡Ja! ¡El libro de un expresidente!

-¿Y es que un expresidente no puede hacer literatura, güevón? Además es entretenido... Pero más bien seguí vos, que ya te toca...

-Bueno... *El Moro* es la historia de un caballo de la sabana de Bogotá, contada por él mismo... Caballos que hablan... caballos que hablan... ¡Ah, ya sé! ¡*Los viajes de Gulliver!*: En el capítulo final Gulliver va a parar a la tierra de los houyhnhnms, que son caballos dotados de habla y de razón...

-Pues claro, marica: los caballos de acá también tienen razón. Pero me la pusiste fácil con *Los viajes de Gulliver*, porque en ese mismo capítulo que me estás diciendo aparecen los yahous, que son las bestias semihumanas y toscas con que Swift hace la parodia de los hombres. Y esos mismos yahous aparecen en *El informe de Brodie*, el cuento de Borges, cuando el narrador se refiere a ellos para compararlos con los mlchs, otras criaturas horribles.

-Bueno, vale... A ver... *El informe de Brodie*... ¿Tengo que hacer el vínculo con el mismo cuento o con cualquier cuento del mismo libro?

-Te valgo cualquier cuento.

-Entonces es fácil: en otro de los cuentos de ese mismo libro, *El evangelio según Marcos*, al protagonista lo crucifican como a Cristo. El vínculo sería entonces con *El renegado o un espíritu confundido*, de Camus, donde hay un personaje que padece en el desierto un martirio similar... incluso ese blasfemo de Camus pone al personaje a decir "Fetiche, ¿por qué me has abandonado?"

-Esa salida estuvo buena... mmmm... ¿con qué sigo yo?

-¿Corchado?

-No, esperá yo pienso...

-Pensá.

-Ese cuento del renegado está en *El exilio y el reino*, ¿cierto?

-Sí, sí, claro, en *El exilio y el reino*.

-Bueno... A ver... ¡Ah! ¡Ya sé! El último cuento del volumen es *La piedra que crece*... allí aparece un francés, D'Arrast, que vive entre los naturales de una zona selvática, creo que en el Brasil. Pues bien, de ahí paso entonces a Lévi-Strauss y *Tristes trópicos*: ahí también hay un francés en las selvas del Brasil...

-No, pero eso no vale...

-¿Cómo que no?

-No, porque eso no es literatura sino antropología...

-¿Vos sos güevón, o qué? ¿Quién dijo que no era literatura? ¡Para mí sí es literatura! El hecho de que Lévi-Strauss haga etnografía por ahí derecho no significa que no haya también literatura en ese libro... Además, ¿cuáles son los límites reales entre la etnografía y la literatura?..

-Pues a la hora de la verdad...

-No, los límites no son claros... Apuesto que vos no has leído ese libro, y por eso estás alegando...

-No, está bien, te lo valgo... ¡Ah!... Pero Lévi-Strauss no es francés sino belga...

-Nacido en Bélgica, pero culturalmente francés... y supongamos entonces que el motivo del vínculo no es con un francés sino con un francoparlante, para que no haya dudas... Más bien seguí con tu turno y dejá de alegar maricadas.

-Está bien... *Tristes trópicos*...mmmmm... ¿los indios esos que salen en el libro eran caníbales?

-¡Ja! ¿caníbales?... ¡ja!... no sé ¿por qué?

-Yo veré, pero decime si eran caníbales o no.

-Pues... no sé... no sé, aunque... bueno, creo que los bororo practicaban algún tipo de canibalismo ritual, es decir, se comían partecitas de sus muertos... pero...

-¡Pero nada! Mi vínculo es éste: *Gran sertón: veredas*, de Guimarães Rosa.

-No me vas a decir que en esa novela aparecen indios caníbales.

-No, no indios, sino bandoleros: resulta que el grupo de Riobaldo, perdido durante mucho tiempo en una llanura muy árida, encuentra un bosque. En el bosque hay un árbol...

-Sí, ya me acordé: en el árbol hay un mico, al que matan los bandoleros para comerlo, y después resulta que no era un mico sino un muchacho muy sucio, enfermo mental. Antropofagia en el Brasil: ese es el motivo repetido.

-Justamente.

-Está bien. Me toca a mí.

-¡Bah!, es fácil.

-¿Fácil? Pues no se me ocurre nada... Es decir, hay un motivo muy claro en la obra, pero no sé con qué otro libro vincularlo...

-¿Cuál es ese motivo?

-La mujer disfrazada... Vos sabés que el bandolero Diadorín es en realidad una hermosa mujer vestida de hombre... Pero no sé en qué otro libro pueda estar eso... aunque sospecho que en incontables...

-Tomate tu tiempo y pensá.

-Mmmmm...

-...

-¡Listo! ¡Ya sé! Y seguimos en Brasil: Rubem Fonseca, *Pasado negro*. En el último o penúltimo capítulo, cuando Gustavo Flavio está en la hostería de la montaña, hay una pareja también en vacaciones, pero resulta que el hombre de la pareja no es un hombre sino...

-...Sino una mujer disfrazada, claro. Pero pensé que ibas a seguir con *El amante*, de Duras; no había pensado en Fonseca. Definitivamente los escritores de aquí y allá tienen en la cabeza las mismas imágenes...

-Por supuesto: de lo contrario sería imposible este juego. Y te toca.

-*Pasado negro*. Bien.

-Tratá de salir del Brasil, por favor...

-¡Ja!...

-...

-*Pasado negro*... Mmmmm... En la novela hay crímenes, detectives, sapos... sapos... ¡Sapos! ¡Eso es! ¿Recordás que en un capítulo Fonseca presenta las primeras páginas de la novela que Gustavo Flavio está escribiendo sobre el científico Spallanzani, uno que hace experimentos con sapos?

-Claro, de ahí sale el título original del libro, *Bufo & Spallanzani*, que no sé por qué diablos tradujeron al castellano como *Pasado negro*... Bueno, al fin y al cabo a *El siglo de las luces* de Carpentier lo editaron una vez en Londres con el título de *Explosión en una...*

-Bueno, güevón, no hablés tanta mierda que yo soy el que tiene la palabra.

-Ah, perdón. Seguí. Pero en todo caso mierda es lo que hemos estado hablando...

-Decía que en la novela aparece un científico de otra época haciendo experimentos con un animal. Pues ése es mi motivo, porque también está presente en un cuento de Brecht, *El experimento*: allí aparece el físico Bacon haciendo un experimento con una gallina... Si no estoy mal, el hombre quería probar que el frío contribuía a preservar la carne por más tiempo.

-Sí, lo recuerdo. Ese cuento está en el libro *Historias de almanaque*. El primer relato del volumen es *El círculo de tiza de Augsburgo*, una historia donde aparece un rey al que se presentan dos mujeres disputando por un niño. El rey les dice que se metan dentro de un círculo de tiza que ha hecho trazar en el piso y que tiren del niño, cada una tomándolo por una parte del cuerpo que ahora no recuerdo, hasta que una de las dos pueda salir del círculo. Entonces...

-Entonces una de las mujeres dice que mejor le den el niño a la otra, pues le parece que con la prueba el niño sufrirá mucho... La misma historia del Rey Salomón.

-Exacto.

-¿Y bien?

-¿Cómo que “y bien”? ¡Ya está hecho el vínculo! El libro de Brecht y la *Biblia* contienen un mismo motivo: el de las dos madres y la sentencia salomónica.

-¿La *Biblia*?

-¡Claro! ¿O es que la *Biblia* no es literatura? Acaso no lo sea para un católico, pero... ¿O me vas a decir que sos católico a ultranza y que no aceptás que la *Biblia* sea literatura? Claro, ya entiendo por qué

ahora para referirte a Camus lo tachaste de “blasfemo” sólo porque hizo una parodia de los evangelios...¡No hay nada que hacer! Pero mirá por ejemplo la historia de Jonás...

-Bien, bien, de acuerdo. Si antes te valí *Tristes trópicos*, no veo por qué ahora te haya de negar la posibilidad de la *Biblia*... Además, yo soy hombre de letras, no un clérigo, y reconozco que tenés razón.

-Claro que la tengo... En el colegio, por ejemplo, me ponían a leer relatos orientales sobre Vishnu y me los presentaban como literatura. Y es que en el fondo todas esas prosas místicas o mitológicas son eso...

-No, no en el fondo solamente: de entrada lo son. Pero nos desviamos y, ¿sabés?, yo salgo ganando con la *Biblia*, porque está llena de historias y motivos. Es más, vos me diste una buena idea mencionando a Jonás.

-¿Sí?

-Por supuesto, mirá qué fácil: a Jonás, por no querer ir a Nínive a predicar, Yahvé hace que se lo trague una ballena. Entonces, mi amigo, nos vamos rumbo a Italia.

-¿Italia? Ya me imagino...

-Italia, claro, porque allá también encontramos ese motivo: a Pinocho también se lo traga una ballena, cuando andaba por alta mar en una de sus tantas aventuras. Acordate que es dentro de esa ballena que encuentra a Gepeto. ¡Ja! ¡Un hombre vivo dentro de una ballena! ¿Quién pensaría que una idea tan simpática une a la *Biblia* con *Las aventuras de Pinocho*?

-Pinocho era una marioneta, no un hombre, y creo que la ballena no era tal, sino sólo un pez gigante, llamado “Tragamares”. Pero no importa, vale: al fin y al cabo la idea es la misma.

-¡Por supuesto!

-Claro. Y a mí también me ha quedado fácil, porque Pinocho se mete en demasiadas aventuras y hace demasiadas barrabasadas como para no encontrar algún motivo repetido por ahí.

-Si lo ves tan fácil entonces hacele rápido.

-Esperá yo me organizo y visualizo el libro como debe ser... mmmmm... el títere... la escuela... mmmm... la hostería del cangrejo rojo... el circo... el país de los juguetes...

-¿Entonces?

-No, aún no sé... la verdad es que parece fácil, pero no se me ocurre dónde puede estar la repetición de uno de estos motivos...

-Lo que pasa es que ya nos estamos cansando, porque de verdad que el vínculo por hacer es evidente...

-¿Evidente? Ya te estás poniendo sobrador...

-Qué sobrador ni qué sobrador. Más bien seguí pensando o rendite de una vez.

-¿Será que en algún cuento de Grimm hay algo parecido? Con seguridad que sí, pero ¿qué diablos?... ¡Ah! ¡Ya!... Claro que el motivo es un poco rebuscado... no sé si vos lo vas a valer...

-Decilo y yo veré.

-Bueno, es... en fin, es cuando Pinocho se convierte en burro por no haber ido a la escuela. Pasa a ser burro de circo, ¿verdad?... Pues bueno, es eso: el motivo del burro artista. También hay un burro artista en un cuento de los hermanos Grimm, *Los músicos de Bremen*, los músicos son un gallo, un perro, un gato y un burro...

-Bueno, la verdad es que el motivo no es exactamente el mismo, pero... bueno, en términos generales sí... Está bien, vale.

-Gracias, y te toca.

-Me toca y me voy a desquitar: a motivo flojo, otro más flojo.

-¿Cuál?

-¡El mismo y condenado burro!

-¿Cómo?

-Claro. Mi motivo es el del équido parlante, porque el burro de Grimm habla, ¿no es verdad?

-Sí, habla.

-Bueno, entonces ahí está: también un caballo es un équido, y otro équido parlante es el Moro, el protagonista de la novela del expresidente Marroquín con que vos mismo empezaste. ¿Cómo te quedó el ojo?

-No, no vale, ese libro ya estaba...

-¿Ya estaba? Sólo por un lado... Vos sabés: las fichas de dominó tienen dos motivos cada una. Vos escogiste el motivo del caballo parlante y seguiste por esa vía, pero el otro motivo, la otra punta, quedó libre... Por ahí es que llego yo.

-Pero el motivo con que yo empecé el juego es el mismo con que vos, por el otro lado, lo estás terminando.

-Por supuesto. La fichas del dominó también tienen motivos repetidos: el juego comienza casi siempre con el doble seis. Nuestro juego, sólo un poco diferente, empieza y termina con el doble équido parlante.

-¿Y en el dominó uno puede cerrar el cuadrado como vos lo estás haciendo?

-No sé. No creo. Pero al menos estoy haciendo lo que tiene que ocurrir en todos los buenos libros.

-¿Qué?

-Estoy logrando la unidad.

LOS CUARENTA LADRONES Y ALÍ BABÁ

Yo, ¿sabe?, leí una historia. Se llamaba *Los cuarenta ladrones y Alí Babá*. No, no *Alí Babá y los cuarenta ladrones* sino *Los cuarenta ladrones y Alí Babá*. Escuche y verá... No, le insisto que no es así como usted dice: seguro que el título es como yo digo. Pero primero óigame, por favor. Resulta que dos muchachos pobres quedaron huérfanos... ¿Que si eso fue en oriente? No entiendo... ¿al oriente de dónde? No sé, yo desconozco donde ocurrió esa historia, pero imagino que fue por aquí cerca; a lo mejor, como usted dice, fue por el oriente, por allá por Rionegro o Guarne, uno qué sabe. Pero déjeme yo sigo: uno de los dos huérfanos se casó con una viuda que tenía mucha plata y se hizo rico, mientras que el otro se casó con una novia que tenía, muy pobrecita ella, y por eso siguió siendo pobre, como es lógico. Éste era el que se llamaba Alí Babá; el hermano rico se llamaba... Sí, se llamaba Casín, ¿cómo supo? ¿que usted también la leyó?... Ah, así que usted también leyó *Los cuarenta ladrones y Alí Babá*... No, no es al revés, no insista, yo sé lo que le digo; el que está confundido es usted, o a lo mejor fue que leyó otra historia. Sí, eso debió ser. Más bien voy a seguir; usted escuche sin interrumpirme y después habla. Resulta que Alí Babá sólo tenía dos burritos, pero el hombre como que vivía contento con eso, porque nunca se quejaba. Él trabajaba cortando leña... Supongo que eso fue hace mucho tiempo, porque si la cosa pasó en el oriente como usted dice, no podría cortar leña ahora: acuérdense que hoy en día hay por allá una reserva natural, y no se pueden cortar árboles así como así. Bueno, pero en ese tiempo sí, y el caso es que Alí Babá vivía de eso. Un día que estaba metido en el bosque oyó mucho ruido: ruido de otras personas, ruido de caballos, en fin, algo raro en todo caso, porque el tipo no era miedoso y aún así se montó a un árbol para que nadie lo fuera a sorprender. Desde el árbol pudo ver un montón de gente parada junto a un barranco. Ésos eran justamente los cuarenta ladrones, y al parecer habían ido allá a esconder las últimas cosas que se habían robado, porque de un momento a otro entraron a una cueva que había en el barranco. Yo no sé si usted me va a creer, pero lo de la cueva es muy raro, ni yo sé si será verdad... Bueno, claro que yo sólo leí la historia, y a mí nadie me dijo si era cierta o no... porque, ¿sabe qué pasó? ¿sabe cómo abrieron la cueva? Pues mire: uno de los ladrones, el que parecía el jefe, se paró al frente de una roca muy grande y dijo... Sí, eso dijo, dijo "Ábrete Sésamo"... ¿Ya sabía? ¿Será que entonces sí es la misma historia que usted dice? No, yo no estoy tan seguro. Más bien termino el cuento y después hablamos; al fin y al cabo, nada se pierde si la historia es repetida: repetidas hay muchas cosas. Pero sigo: Alí Babá no podía creer lo que veía; además, cuando al rato los ladrones salieron, cerraron la cueva de la misma forma... Sí, eso es, diciéndole a la roca "Ciérrate Sésamo". Pero no se me adelante y deje que yo cuente. Después de eso se fueron, y Alí Babá, que era más o menos

curioso, se bajó del árbol para irse a parar al frente de la roca y hacer lo mismo que habían hecho los otros. La roca se movió y el tipo pudo entrar. Adentro... Sí, había un tesoro muy grande... sí, exacto, joyas y monedas... ¿de oro? No, yo no sé si las monedas eran de oro... Yo no creo, porque acá en Colombia sí hubo de esas monedas pero hace muchos años, hace siglos... O sería que Alí Babá vivió en ese tiempo; ¡tal vez! ¡con ese nombre tan raro! Bueno, pero lo que sigue es lo mejor: resulta que Alí Babá le robó a los ladrones; sí, les robó: todo lo que había en la cueva lo cargó en los dos burros y se esfumó. Cuando llegó a la casa su esposa se asustó mucho, y pensó, con razón, que Alí Babá se había robado todo eso, porque ¿de qué otra forma puede hacerse uno rico de la noche a la mañana? Pero Alí Babá le dijo algo, no me acuerdo qué, y logró que la muchacha se tranquilizara. El caso fue que, ya de noche, la mujer de Alí Babá fue a la casa de Casín y le pidió prestada una... una... ¡Sí, exacto! ¡Una medida! ¡Así decía en el libro! Yo no sé qué es eso, pero supongo que era un aparato para pesar todas las joyas. La mujer de Casín se la prestó, pero se quedó pensando, muy intrigada, para qué demonios podrían necesitar una medida en la casa de Alí Babá, pues allá habían sido pobres toda la vida. No sé cómo hizo la viuda... pues, ella era viuda en todo caso, así se hubiese vuelto a casar... Bueno, decía que ella algo raro le untó o le puso a la medida, porque cuando la mujer de Alí Babá se la devolvió, había una moneda pegada en el fondo. Entonces la vieja no aguantó más la incertidumbre y mandó a Casín a casa de su hermano para que averiguara qué significaba esa moneda, si era que acaso habían dejado de ser pobres. Acá eso pasa muy seguido...¿usted no ha oído esa expresión de “nuevos ricos”? Y sí, en realidad Alí Babá y su mujer se habían enriquecido, y Casín supo toda la historia de la cueva y el tesoro, porque su hermano, que no era misterioso ni egoísta -pero sí ladrón-, le contó todo lo que había pasado. Adivine qué pasó... Sí, exactamente, eso fue lo que pasó: Casín, que aunque ya era rico quería ser aún más rico, se fue para la cueva a ver si encontraba más cosas, pues al parecer Alí Babá no se lo había llevado todo; o quizá sí, no recuerdo bien, pero en todo caso quedaba la posibilidad de que los ladrones hubiesen guardado nuevas cosas... aunque... sí, eso es, yo pensé lo mismo: ¿cómo iban a guardar más cosas en un lugar donde ya les habían robado? Sí, usted me hizo recordar: en realidad, Alí Babá había dejado en la cueva la mayor parte del tesoro, y por eso Casín tenía confianza en que no perdería la ida hasta allá. Lo que pasó en la cueva es muy confuso: parece que Casín logró llegar hasta las riquezas y alcanzó a cargar dos mulas, pero los ladrones, que volvían, lo sorprendieron antes de salir y... ¿Que se le olvidó la clave y por eso no pudo salir? No, no, así no pudo ser; se equivoca: ¿a usted le parece lógico que una persona recuerde que se entra con “Ábrete Sésamo” y que después olvide que se sale con la misma fórmula? No, disculpe: eso no es lógico. Yo digo que lo que pasó fue esto: los ladrones entraron a la cueva cuando el tipo todavía estaba allá, cargando sus mulas y feliz de la vida. Así fue. Y entonces lo mataron, fíjese. Lo mataron, a cuchillo o con pistola, pero lo mataron. Por aquí las cosas ocurren así, y por eso usted no se puede meter con delincuentes. Después del asesinato los ladrones se fueron,

llevándose lo que quedaba del tesoro y dejando el cadáver dentro de la cueva. Como su hermano se demoraba, Alí Babá sospechó que algo malo le había pasado y fue a buscarlo a la cueva, encontrando de esta manera el cuerpo. ¿Se imagina? ¡Un hermano muerto! ¡Y por culpa de uno! Porque la culpa fue de Alí Babá, es claro: él fue el que le dijo que allá había un tesoro... ¿Qué iba a hacer Casín? En esta época tan dura hay que buscar plata donde sea, y así uno tenga mucha hay que buscar más, porque nunca se sabe qué va a pasar... ¿Usted sabe qué es la inflación? ¿El costo de vida? Seguro que sí sabe, ¡si lo sé yo!... Bueno, pero me estoy perdiendo: iba en que Alí Babá tenía la culpa de todo. Y tan mal se sintió que se llevó el cuerpo pero después de tapanlo, sobre las mulas, con ramas y hojas. Después, sin decirle nada a nadie, fue donde una esclava su-ya y le pidió que le ayudara a disimular la muerte de Casín... Sí, eso, ¿disimular qué? Lo mismo pensé yo... El tipo estaba lleno de huecos por todas partes. Pero a la esclava se le ocurrió la idea de coser esas heridas, y llamó a un zapatero para ese trabajo. Allá fue un señor e hizo esa labor tan... bueno, hizo lo que le pidieron, y después la esclava empezó a hablar duro para que la oyeran, y decía que Casín estaba muy enfermo. El caso fue que al otro día regaron el cuento de que Casín se había muerto, y la gente se lo tragó, creyendo que realmente había sido por enfermedad. Yo, la verdad, tampoco entiendo eso... Usted que es médico... ¿No es?... ¡Ah! Y yo convencido, fíjese... Pero bueno, total, así sea ingeniero también entiende de enfermedades y esas cosas, o por lo menos sabe que no hay una enfermedad que consista en un montón de huecos regados por todo el cuerpo y sellados con hilo de zapatería. Es que ni el Sida, señor, que es la reunión de todas las enfermedades. Y, vea usted, por allá todo el mundo se tragó el cuento... Quién sabe qué pueblo sería ese. Pero el problema no fue que la gente se engañara; qué importa, porque al fin y al cabo así vive a toda hora... El problema, amigo... ¿le puedo decir así, doctor?... se lo agradezco... El problema, le decía, fue que los ladrones se dieron cuenta que alguien más, aparte de Casín, había entrado a la cueva, porque, si no, ¿qué se había hecho el cadáver? La cosa era de lógica. Entonces se pusieron a investigar en el pueblo, hasta que el zapatero les dijo que él había remendado a un hombre lleno de huecos. ¿Quién más iba a ser sino Casín? Y como en los pueblos todos se conocen, de una vez dedujeron que la persona que buscaban era Alí Babá. Los malos siempre están muy bien informados. Pero antes de matar a Alí Babá mandaron a uno de la banda a que marcara la puerta con una cruz, para reconocerla en la noche, que era cuando pensaban cumplir la sentencia. Usted sabe, doctor, que en muchas casas de los pueblos no hay dirección, y por eso fue que esa gente tuvo que arreglárselas así. O era que no conocían bien el pueblo, yo qué sé... Por lo regular las bandas se mantienen en unas mismas calles, en un mismo barrio, y no conocen bien toda la ciudad; además, no pueden ir a otras partes, porque tendrían problemas con otras bandas. Bueno, como sea: el caso fue que marcaron la puerta y por la noche fue-ron por Alí Babá. Sin embargo, la esclava... Sí, sí, exacto... sí... ¿Cómo supo que había dibujado cruces en todas las puertas?... Así mismo fue, doctor, así mismo: ella sospechaba lo que iba a pasar, no sé cómo se dio cuenta, y

para confundir a los ladrones dibujó cruces en todas las puertas del barrio. Esto nos prueba, definitivamente, que la banda no conocía bien el sector. Pero no se dieron por vencidos: usted sabe que cuando esa gente se empeña en algo no hay nada que la ataje. Volvieron, ¿y sabe cómo? En barriles... ¿Tinajas?... ¿Qué es eso?... ¿Lo mismo?... bueno, en tinajas, como usted quiera. La cosa fue así: el jefe se disfrazó de vendedor de aceite, y fue a casa de Alí Babá a proponerle negocio. Alí Babá no se interesó, pero el ladrón le pidió que por lo menos le dejara pasar la noche en la casa, porque venía de muy lejos y ya no era hora de devolverse con cuarenta barriles... tinajas, perdón. Alí Babá, como todo buen pobre, le dio acogida. El tipo entró a la casa y afuera se quedaron las cuarenta tinajas: sólo en una había aceite, y en cada una de las otras treinta y nueve había un ladrón armado. Yo no entiendo por qué Alí Babá se había negado a comprar aceite, porque esa misma noche se necesitó un poco en la casa, no sé para qué. La esclava salió a buscar, y cuando vio las tinajas en el patio se le ocurrió robarse el aceite que necesitaba, que en todo caso no era mucho: pensó que entre tanto aceite nadie iba a notar el poquito que ella iba a sacar. La gente de aquí es así, aprovechada e indelicada; usted lo debe saber mejor que yo. Entonces se arrimó a la primera tinaja que vio y... ¿Cómo? ¿Que si descubrió a los ladrones? No, nada: imagínese que justo fue a dar con la tinaja que tenía aceite... ¿Qué? ¿Que así no es? ¡Cómo que no! ¡Usted qué va a saber! Yo, sépalo bien, fui el que leyó la historia, ¿o me va a decir que...? No, hombre, está equivocado... Yo desde el principio le dije que la historia se llamaba *Los cuarenta ladrones y Alí Babá*, y que no era como usted decía... No, no, a mí no me importa cómo sea la otra; a mí sólo me importa la que le estoy contando. Y mi historia es así: la esclava se va con el aceite y más tarde, a media noche, los ladrones salen de las tinajas y matan a Alí Babá. Por ladrón. ¿Usted qué creyó? A los malos, cuando algo se les mete entre ceja y ceja, no hay nada que los detenga...

CUENTOS QUE HE QUERIDO ESCRIBIR

Muchas noches he estado acostándome tarde, y apenas pongo la cabeza en la almohada tengo el tiempo suficiente como para decirme mil veces “No voy a poder dormir”, pues aunque voluntariamente escojo la cama, el libro dejado sobre la mesa de lectura continúa llamándome hasta una hora después de haberme acostado. Por él me trasnocho, y cada vez que lo cierro pienso que no he leído las suficientes páginas como para que se justifique el tiempo que le he robado al descanso. Pero yo -como lo leí en un libro de Borges, que a su vez había leído otro libro- sufro el *miedo de lo demasiado tarde*, y un extraño

sentimiento de culpa hace que me sienta incómodo cada vez que me descubro leyendo más allá de la media noche.

En cama y bajo la cobija, esperando el sueño, suelo pensar sobre todo en ideas para escribir nuevos cuentos. Por lo general no se me ocurre nada brillante, pues la imaginación para la escritura nunca me ha sobrevenido en momentos tan deliberadamente planeados, sino justamente en situaciones de mayor apuro y con otros contenidos y preocupaciones. Es particularmente notorio el sarcástico empeño que el destino muestra para conmigo en hacerme concebir buenas ideas cada que viajo en un autobús, y justamente cuando no tengo papel ni lápiz a la mano para tomar un apunte esquemático y certero que me permita recordarlo todo después. Además, las escasas veces que he logrado tomar nota he experimentado, minutos después, un hosco remordimiento que me acusa de promocionar la gravedad de mi miopía astigmática. Los mayores nos han enseñado, junto con la lectura y la moral, la consigna de que no hay que leer en un autobús, y de esto he inferido que debe ser mucho más grave escribir.

Una de las ideas que más ha inquietado mi imaginación se me ocurrió un vez que estaba en mi casa en compañía de un tío, quien curioseaba mis estantes de libros buscando no sé qué cosa. Él, un carpintero de excelentes cualidades, había sido en otro tiempo un lector empedernido de lo que para mí era -o *es*, más bien- la buena literatura, pero en ese entonces sólo leía ocasionalmente cualquier cosilla de Pirandello o de Whitman, invirtiendo la mayor parte de su tiempo, además de perfeccionar su arte maderero, en el estudio de los grandes maestros de la pintura. En esa ocasión, él, después que se conmovió visiblemente al descubrir una antología del cuento peruano que contenía esa brillantez que Ciro Alegria tituló *Calixto Garmendía*, pareció renegar de toda muestra de entusiasmo y, tras arrugar un poco su frente -en todo caso insignificante sobre su gran nariz-, me espetó sin más:

-El problema es que al final uno ya no piensa por uno mismo sino que termina pensando como todos estos hijueputas.

Yo no me atreví a replicar absolutamente nada ante tan categórica afirmación, pero estaba convencido de que, puesto que veía venir sobre mi vida cientos de libros por leer, no podía llevar las mismas banderas de mi tío, y quizá sólo porque su talla de Hércules de las maderas me abrumaba decidí quedarme callado.

Desde entonces la idea del lector alienado me persiguió constantemente, y si no llegué al extremo hemingwayano de permitir a esa idea anidar veinte años en mi cabeza, por lo menos sí transcurrieron muchos meses antes de que se me ocurriera materializarla en alguna creación de tinta y papel. Cuando lo hice, me animaba la convicción de que sólo escribiendo algo sobre el tema me libraría, justamente, de convertirme en un lector alienado. Así que imaginé a grandes rasgos un argumento sobre un pobre diablo que leía y que creía las historias que conocía en los libros hasta el punto de pensarlas irremediabilmente próximas a su cotidianeidad. El hombre ése, a quien no sé por qué puse un absurdo

nombre extranjero que rehusó escribir siquiera una vez más, leía novelas de intriga donde ocurría todo tipo de dramas familiares, dignos más de la industria fílmica norteamericana que de la “buena literatura”. El caso era que el hombre mataba a su mujer, previendo que lo iba a traicionar de la misma forma que las infames protagonistas de sus novelas lo hacían con sus maridos, y siguiendo razonamientos del mismo talante acababa con su hermano, sus hijos y, finalmente, consigo mismo. Ante su horca el hombre debía dejar una nota en la que condenaba a Dios por haber provisto su existencia con tantos tragos amargos. Conocida esta nota, el narrador -o sea yo- debía terminar la historia con algo como “afortunadamente, Dios no leía las novelas que él leía”. El esquema, expresado en pocos renglones sobre el revés de un volante comercial, quedó en mi cajón de esbozos y proyectos. Durante mucho tiempo habría de olvidarlo por completo.

Pero la idea del lector alienado seguía rondándome, y cuando su forma hubo evolucionado hasta que mi preocupación se centró en el tema del lector obsesivo confundido por sus lecturas, entonces, sí, logré materializar mis ocurrencias en un relato muy próximo a ser un cuento propiamente dicho. Se trataba de un hombre que leía mucho y que por ello había observado una vida marcada por una pasividad rayana en la pusilanimidad. El hombre se enamoraba y sufría algunos conflictos inherentes a este complejo estado del alma, pero acostumbrado como estaba a los amores de sus novelas -resueltos por tercera mano-, al fin no sabía cómo salir de su encrucijada pasional y se sumía en un absoluto desespero. El relato debía terminar sin solucionar nada, dejando latente y sin desarrollar la problemática propuesta, precisamente porque se trataba de ilustrar lo mucho que hay de la concreción de las páginas a la vaguedad de la vida material. Sin embargo, y lo advertí mucho después, mi personaje era también un ser de tinta y papel, y como tal había tenido derecho a que yo le solucionara su drama. Sin embargo, renuncié a esta obligación por considerar que no eran de mi incumbencia las cuestiones filosóficas derivadas de la transición de la realidad a la figuración, y decidí ocuparme de otros maniáticos del universo libresco.

Dos locuras me habían conmovido desde mucho tiempo atrás, quizá desde las primeras noches - que fueron las únicas prolíficas- de mis desvelos *post-lectura*, y eran el drama del comprador de libros obsesivo y el del maniático petulante que quiere saber qué leen los demás para enrostrarles la supuesta grandeza de sus lecturas. Así que escribí sendos cuentos. Como decidí que el primero debía ser un zurcido de recuerdos y reflexiones de un hombre de librerías, me pareció una inmodestia llamarlo “cuento”, así que opté por la vaguedad que prometía un término como “memorias”. En cuanto a su trama, debo decir que lo que más me gustaba era ir haciendo descubrir al pobre desdichado que su pasión no eran las novelas sino los productos editoriales. En el fondo, yo quería hablar de un coleccionista de libros que no leía y que justamente por ello lograba salvarse de la alienación. Cuando le

comunicué la idea a mi tío y le mostré el borrador, él volvió a esbozar sobre su nariz un siniestro movimiento de cejas y dijo:

-Este tipo está más alienado que cualquier otro: es un estúpido que se creyó la historia de que un libro es un tesoro... bueno, ya sabés, eso que tanto cacarean en las bibliotecas de que destruir un libro es lo más bárbaro que puede hacer un hombre... Los libros, mijo, son esclavos... pero este hombre es esclavo de ellos...

De nuevo me desilusioné ante tanta propensión a la crítica y resolví, so pena de odiarme yo mismo, no mostrar ninguna cosa escrita a nadie. Decidí escribir cuentos para confinarlos después al rancio olvido de mis cajones. "Se trata

-pensaba- de desembarazarme de las ideas que congestionan mi cabeza, no de agobiar al mundo con nuevos escritos". Con esta convicción resolví escribir la segunda historia, la del maniático petulante, y por primera vez quise ser mucho más realista y procaz en mi prosa, acaso porque de alguna manera sabía que no tendría que agrandar con formas afectadas a ningún comentarista. De ello resultó un cuento más o me-nos breve en que el protagonista, más que petulancia, respiraba enajenación y mal genio; yo lo había hecho obscuro y ordinario para mi solaz, pero después me di cuenta que su forma de expresarse contribuía a hacerlo parecer realmente obsesionado.

De pronto los locos comenzaron a aburrirme, y así di con la idea de un cuento donde lo desquiciado no proviniese del protagonista sino del mundo en que él estuviese inserto. Yo había concebido esta idea en cierto momento inoportuno, así que no pude tomar ninguna nota significativa; después olvidé el asunto, acaso porque, más que un tema a explotar, se trataba de una idea general que pocas luces de desarrollo me ofrecía. Un día, mientras hablaba con un escultor amigo, ocurrió que éste citó una obra famosa de la literatura latinoamericana adjudicándole su autoría a un humilde y buen escritor que poco tenía que ver en tal enredo. Pensé de inmediato que sería interesante desarrollar esa idea, pero no escribiendo sobre un hombre que se equivocaba, sino suponiendo que la obra realmente cambiaba de autor; de esta forma, el protagonista de la historia desesperaba ante tal descubrimiento. Hablé con el escultor acerca de ello y él, acaso inconforme ante el hecho de que yo hiciese literatura de un yerro suyo, me hizo desistir de todo propósito, haciéndome ver que una vez yo introdujese el cambio de la autoría en la trama, me encontraba ante la alternativa de o tener que hablar de infinitas fantasías más o no tener nada qué decir, por no querer empañar la fantasía central de la trama, que mi amigo en todo caso reputó interesante, pero quizá porque justamente él, aunque involuntariamente, la había concebido. Así que esta idea murió con precocidad, pues nunca tuvo vigor para escribir la primera línea, así fuese únicamente a modo de esquema o proyecto de cuento.

Por esos días recibí una llamada de mi tío, quien inesperadamente me pidió que le llevara nuevos escritos. Le dije que no tenía terminado nada que él no conociera, y sólo después de mucha

conversación y de él prometer que sería benigno y bienintencionado con mis creaciones, quedó pactado que yo le llevaría en los próximos días un nuevo cuento. Pero no sabía qué cosa escribir, y por eso pensé que lo mejor sería llevarle el cuento del enajenado que se interesaba por saber qué leía la gente.

Pronto, sin embargo, sobre el mismo tema del hombre cuerdo inmerso en un universo inédito, desarrollé la historia de un escritor que se internaba en un extraño laberinto al que se podía acceder por una biblioteca. Tuve esa idea cuando, azuzado por la urgencia de dar con un nuevo motivo, me dirigí a mis estantes y hojeé los pocos libros que sabía de la predilección de mi tío. Al alargar la mano para sacar la antología de cuentos peruanos de que ya he hablado, torpemente golpeé el lomo con mis dedos, consiguiendo que el libro se hundiera en un vacío que había más allá de mis entrepaños, donde reinaban las arañas en medio de la más fresca oscuridad. Mientras sacaba el libro de semejantes catacumbas, se me ocurrió lo maravilloso que sería si el agujero fuera más amplio y largo, y si un hombre pudiera internarse en él y perderse. Pensé entonces en hacer un cuento sobre eso, y me sentí aliviado de que ningún escultor se encontrara en mi biblioteca sermoneándome acerca de las inconveniencias que se agazapaban en las tramas fantásticas.

Pero mi tío también se pronunció acerca de los riesgos de la fantasía. Al llegar a la carpintería con el manuscrito me recibió como si le pareciera extraña mi visita, y si leyó el relato fue porque encarecidamente le pedí que lo hiciera en mi presencia, pues en todo caso yo no podía demorarme mucho allí. Durante la lectura mantuvo un gesto de extrañeza rayano en la prevención que me desconcertó, y que asimismo me convenció de que, cuando él levantara la cabeza al terminar, no debía esperar ningún comentario halagüeño. En efecto, dijo:

-No me gusta. Es demasiado alegórico... Mijo, yo odio los símbolos.

-¿Qué símbolos? -repuse, por primera vez resuelto a defenderme-. Que yo sepa no hay ningún símbolo.

Me miró con una especie de incredulidad iracunda, pero no dijo nada en ese momento. Sólo después, cuando se fue caminando hacia un banco lejano donde yo alcanzaba a ver un formón y un bloque de tolúa, siguió con su punto:

-Hay un símbolo, y un símbolo gigante; cómo será que vos mismo lo reconocés en el último párrafo... No sé por qué ahora te estás haciendo el güevón.

-¡Ah!, ya entiendo -me animé a responder, acaso pensando que sería fácil lograr mi absolución:- ¿te referís a que el protagonista compara su travesía en el laberinto con la escritura?

-Eso.

-Pero no es un símbolo... Yo simplemente quería escribir una historia donde no se supiera qué iba a pasar, y cuando iba inventando las galerías por donde camina el protagonista, no tenía nada

premeditado: sólo me divertía describiendo túneles y visiones extrañas, y nada más al final me di cuenta, como el protagonista, de esa semejanza; pero... fue que en esos días yo había leído...

-Lo que pasa -me interrumpió- es que cuando uno hace una trama fantástica tan simple corre el riesgo de quedarse en el símbolo.

Dicho esto me alargó el manuscrito, y sin abrir la boca me hizo saber, con un gesto, que daba el asunto por terminado. Entendí que si quería seguir hablando de algo era sólo mi problema. Se recostó en una silla y comenzó a desbastar el cubo de madera con el formón. Yo, herido, no pensaba comentar nada acerca de la carpintería, y vi que lo mejor era irme.

En casa pensé mucho acerca de mi historia, y aunque no vi fundamento para las objeciones de mi tío, se me ocurrió que sería interesante relatar la historia de contar una historia, que acaso era lo que mi tío había entendido que yo quería hacer; por supuesto, no había sido ése mi propósito, pero reconocí que esa confusión daba la razón a mi tío: desde ese punto de vista la historia del laberinto era bastante ingenua. Confieso que este descubrimiento me incomodó sobremedida, pues me hizo comprender que las humildes intenciones de un escritor son bastante poca cosa ante la libertad indiscriminada de que gozan los lectores, autorizados para interpretar las obras como mejor les parezca.

Mi siguiente creación buscaba ser más explícita: contaba la historia de un hombre que contaba una historia, pero de tal forma que el lector no tuviera demasiada libertad a la hora de interpretar el cuento; además, como mi tío era en ese momento el símbolo -confieso que lo pensé con sorna- de los lectores, y como yo me sentía picado con él, decidí proveer a mi nuevo cuento con una suerte de trampa; de este modo el lector creía que podía anticipar el final, pero luego se encontraba ante un desenlace imprevisto. En esta mala jugada, el escritor era inocente -al mejor estilo de *Los adioses* de Onetti-, pues el lector por su propia cuenta era quien se engañaba. La confusión se debía, creía yo, a que la historia contada en mi historia era muy similar -sospechosamente similar- a un cuento archiconocido en los mundillos de la fantasía. También con esta maniobra lograba que, contra todas las apariencias, mi relato no fuera fantástico -al parecer estaba condenado a fracasar en este género-: pues es claro que, sin traspasar los límites de la coherencia, un personaje puede contar todo lo que le venga en gana, y aun si ello son los más increíbles infundios.

Yo, como dije, estaba dolido con mi tío, pero justamente por eso regresé un domingo a la carpintería, llevando entre manos el manuscrito en que cifraba toda mi venganza. No quería poner en evidencia mis planes, así que no dije nada sobre las hojas que llevaba y me dediqué a hacer preguntas sobre las maderas. Muy pronto él reparó en el legajo -aunque es posible que mi conducta, contra todos mis esfuerzos de disimulo, fuera demasiado evidente-, y bruscamente me lo pidió:

-Mostrame eso.

Sin ningún tipo de preámbulo se lo entregué. El título le hizo volver la cabeza hacia mí, pero no hizo ningún gesto que pudiera entenderse como interrogativo. Sin decir nada volvió a las hojas, y muy pronto terminó, pues además de que el cuento era breve, él leía a una velocidad de los mil diablos.

Para mi sorpresa, no dijo absolutamente nada. Me entregó las hojas y siguió lijando una tabla que al parecer lo tenía ocupado desde mucho antes de yo llegar. Bien lo conocía, y por eso sabía que estaba pensando cautelosamente qué objeción incontestable iba a soltar. En todo caso, la prudencia con que había asumido su responsabilidad de crítico ya significaba para mí un triunfo enorme y acaso inesperado. Sólo después de mucho rato comenzó:

-Esa forma de narrar... es decir, el monólogo del protagonista en el cual sólo aparecen indirectamente las intervenciones de otra persona... Bueno, a mí se me hace sospechoso...

-¿Sospechoso? ¿Cómo que sospechoso?

-Sí... es decir: ¿sacaste eso de alguna otra parte?

Le dije que no lo sabía, pero que en todo caso eso no tenía importancia. Creo que estuvo de acuerdo con eso, porque volvió a concentrarse en la tabla y permaneció mucho rato en silencio. Ya me felicitaba por haber podido resistir a sus embates -en todo caso tímidos-, cuando de repente se soltó con una nueva andanada de reproches:

-¿Sabés? Nunca has podido hacer buenos diálogos... No, es más: nunca los has hecho. Sólo sabés hacer prosa, grandes y largos párrafos. Y tan malo sos para los diálogos que mirá lo que trajiste: un personaje que habla solo y que no deja que los otros se oigan.

-¿Qué estás diciendo? Precisamente, yo no pongo diálogos: me parecen postizos...

-¡No! -interrumpió-. Al contrario: la prosa tuya, sin diálogos, es lo realmente postizo... Bueno, es cierto, a la mayoría de los autores los diálogos les quedan postizos, pero la maestría consiste precisamente en vencer eso. Hay que ser como Carrasquilla, por ejemplo... Es decir, un buen dialoguista antioqueño debe saber que lo correcto es hacer que los personajes digan "acordate", y no "recuerda"...

-No, no estoy de acuerdo -contesté vehemente-: por un lado, el asqueroso tuteo ya se extendió en esta ciudad y en este valle, y nada podemos hacer; y por otro... escuchate vos mismo, escuchate: a veces parecés leyendo un libro... ¿o te parece muy cotidiano decir "...la maestría consiste precisamente..."?

-Bueno, está bien -y con un movimiento de su mano atajó el gesto de victoria que veía producirse en mí-. Pero lo que me estás diciendo prueba que los diálogos no son realmente tan antinaturales, así que no tenés excusa para no hacerlos.

Tenía razón, y yo mismo lo había ayudado a llegar a esa conclusión. Él, sabiendo que la rabia me anonadaba, asumió una actitud bastante paternal, y golpeándome suavemente sobre un hombro me propuso que, sólo a manera de prueba, escribiera algo con muchos diálogos. No le dije nada, pero para

él dar una cosa por sentada era suficiente que uno no replicara. Así, sin haber aceptado verbalmente ningún compromiso, me fui de la carpintería bastante molesto, sabiendo, en todo caso, que al llegar a casa me pondría manos a la obra y escribiría alguna cosa.

Pronto volví a la carpintería con cinco páginas en las que dos hombres hablaban de libros, sin que mediara entre ellos ningún párrafo ni intervención alguna de un posible narrador. Leyendo la primera página del escrito mi tío se interrumpió, y después de hojear rápidamente lo que faltaba, preguntó:

-¿Qué es esto?

-Pues lo que querías, la prueba...

-Pero... todo son diálogos.

-¿Y no era eso lo que querías?

-No, güevón, no era eso... Siempre te vas por los extremos. Lo que yo quería, y creía que me habías entendido, era que mezclaras las dos cosas.

-Diálogos son diálogos; de malas. Pero más bien seguí leyendo, porque todo eso tiene una intención.

No muy conforme con lo que le decía, obedeció, acabando la lectura dos minutos después. Hizo un gesto irónico, y sintiéndose lo bastante fuerte como para seguir demoliéndome -además ya había comenzado a hacerlo, y ello, era forzoso concluir, parecía que le encantaba-, dijo en un tono de voz más alto de lo habitual:

-¡Es horrible! ¡Es malo! Uno no sabe cuál de los dos per-sonajes está hablando; no se puede visualizar quién dice qué cosa...

-De eso se trata, precisamente.

-¿Cómo así?

-Sí, así... Es decir: ¿Cuáles dos personas en el mundo, buenos lectores, han leído los mismos libros?

-No entiendo.

-Sí, sí entendés, pero te hacés el que no. Es imposible que dos hombres hayan leído los mismos libros: necesariamente tendrían que ser la misma persona... Por eso, justamente, deben confundirse los diálogos; por eso deben parecer uno solo... ¿entendés?

Se quedó callado. Mi triunfo era visible, y yo me alegraba de haber ejercitado tan bien el arte de la réplica, en el que antes, no sé por qué, había sido torpe en extremo. Pero su silencio, yo tenía que saberlo de todas formas, no podía ser muy largo:

-El tema... el tema, no me vas a negar, es muy personalizado: otra vez libros, otra vez literatura... Sólo vos entendés este cuento... ¿Es que no podés salir de ese asunto? ¿No podés escribir sobre otras cosas?

-Claro que sí, claro -le dije, y seguí con energía-: lo que pasa es que no quiero salir de ese tema, porque justo *ése* es el mío. Los escritores escriben sobre las cosas que hay en el mundo: ríos, caballos, países, muertos, presidentes... Pero en el mundo también hay libros, y sobre eso es que escribo yo... Yo hago literatura sobre la literatura, ¿ves? Literatura al cuadrado, hago literatura al cuadrado, eso es. Y tampoco tenés razón en eso de que el cuento no se entiende: si te fijás bien, verás que no importan los libros que los personajes mencionan, no hay que haberlos leído; sólo importan las imágenes que ellos sacan y, más que eso, importa entender la lógica del juego... En esencia, no tiene importancia qué libros mencionen o no mencionen ellos...

Satisfecho y airado a un mismo tiempo tomé las hojas que mi tío había dejado sobre una mesa. Pero yo sabía que él no podía quedarse con esa descarga que le había espetado, y así, cuando por fin abrió la boca, yo estaba seguro de que su réplica iba a ser brusca, densa y prolongada. Sin embargo, me sorprendió el curso que tomó su intervención -reposada y dogmática-, bastante desconectada de lo que veníamos hablando. Esta vez, sin lugar a dudas, yo había ganado:

-Escribir es, básicamente, escribir. Que algo sea bueno o malo no tiene sentido... Yo, y vos lo sabés -en realidad no lo sabía-, sólo pido cierta coherencia, orden y respeto a las reglas de la gramática y la ortografía, e incluso a veces ni eso: una que otra falla no importa para nada. A pesar de todo eso, hay escritores famosos, hay escritores olvidados y hay escritores desconocidos, pero todos, igualmente, escriben. Y acaso algunos de los famosos escriban menos pulcramente que los desconocidos... ya ves que Puig no sabe manejar las comas; acaso los célebres escriban incoherencias mucho menos graciosas que los manuscritos de muchos de los escritores anónimos... ¿Has leído *Las fases de Severo*, un cuento de Cortázar? Es horrible, incoherente, desteñido, muy personalizado. Prefiero esta cosa que me trajiste hoy, pero mirá que pasa: vos sos un don nadie y Cortázar es el grande. Tal vez así deba ser: si en el fondo todos los escritores están igualados por el hecho de escribir, da lo mismo a quién le toque la gloria y a quién le toque el silencio. Pero a vos no te debe importar eso: como sea, seguís siendo escritor. Lo que en realidad a mí me pone a pensar es el azar que premia a unos y que condena a otros... Por ejemplo... Sí, por ejemplo Eugenio Díaz: Eugenio Díaz, cuando escribió *Manuela*, fue donde José María Vergara y Vergara, un hombre que acaso no conocía, y le entregó el manuscrito; le dijo que lo leyera y que le dijera cómo le parecía, y el otro aceptó. Resultó que la novela le gustó, y hoy en día Eugenio Díaz aparece en todos los manuales de la literatura nacional. Pero pudo no haberle gustado; ya se sabe: el criterio de un solo hombre es algo demasiado vago, demasiado impreciso... ¿Y si no le hubiese gustado? ¿Y si en vez de felicitar a Díaz don Vergara le hubiese mandado a todos los diablos, a que siguiera sembrando papas y enlazando caballos? Bien pudo haber sido así, y ahora nadie echaría de menos a ningún Eugenio Díaz, y... ¿*Manuela*? ¿Qué es eso? Personalmente, me alegro de que el libro haya

llegado hasta nosotros, pero eso... ¿pero eso qué tiene que ver con el oficio de escribir? Para escribir sólo hay que escribir.... ¿O no es así?

No había nada más por decir. Conmovido, asentí en silencio y disimulé una suerte de feliz bochorno que me embargaba revisando una y otra vez las hojas del cuento, que aún tenía entre mis manos. Era de esperar que mi tío, quien por su natural no era propenso a semejantes efusiones, se sintiese algo incómodo ante el “romanticismo” que se había apoderado de la escena; quizá por eso prefirió irse hasta el fondo de la carpintería, donde estaba el torno, para entretenerse con alguna talla. Yo aún estuve otro rato con las hojas en la mano, pero más jugando con ellas mientras repasaba todo lo que él había dicho que realmente revisando el escrito. En algún momento, cuando comprobé que la actividad en el torno aún se prolongaría por mucho tiempo, decidí regresar a casa.

Por esos días me sentía tan relajado ante mis quehaceres literarios que, debo confesarlo, no se me ocurría ningún tema para desarrollar. Era como si el discurso de mi tío hubiese apagado en mí todas las obsesiones y conflictos que me aquejaban en tanto que escritor; como si sus palabras hubiesen desplazado la maleza que me desesperaba los nervios y que constantemente, con sus espinas, azuzaba dolorosamente mi imaginación. En los primeros días de este estado anímico todo pareció andar bien, y me entregué a la lectura como nunca lo había hecho en la vida, rebasando sin pizca de remordimiento la media noche y aun, irresponsablemente, llegué a sentir un par de veces el frío de la aurora con un libro en las manos. Después, cuando ponía la cabeza en la almohada, inmediatamente me petrificaba en el sueño. Al otro día -o, más bien, a las pocas horas-, cuando víctima de una insoportable pesadez me levantaba rumbo a la ducha, prometía con vehemencia acostarme temprano en la noche, pero en mi fuero interno sabía que para esas horas tendría todo el vigor de un lector ávido que no tiene ojos más que para sus páginas, y que no ve mayor delito en romper una promesa hecha en momentos de embotamiento mental.

Sin embargo, pronto me preocupé por mi esterilidad imaginativa, y vi con muy malos ojos la inmediatez con que me llegaba el sueño cada que estiraba mi cuerpo sobre la cama. Pensé que el exceso de lecturas con que me alimentaba me estaba entreteniendo más allá de lo conveniente, y decidí cercenar algunas horas de esta actividad para dedicarlas a la creación. Sin embargo, y como es de imaginarse, la estrategia no surtió el efecto esperado, y una y otra vez me vi representando para quien pudiese verme la trillada escena del escritor fracasado que sufre ante la hoja en blanco. Pero yo no desistía, y así, viendo que no tenía nada para escribir, fustigaba la memoria y la imaginación en busca de cualquier suceso o escena que pudiese dar pie para cualquier historia regular.

No se me ocurría nada brillante, y frecuentemente recordaba la arenga que mi tío me había dedicado acerca de la azarosa celebridad de los escritores. De tanto ir y venir por la misma senda empezó a parecerme simpática la idea del hombre que entrega a otro un manuscrito de su autoría. So-

bre todo me gustaba eso, el tema del manuscrito de otro, más que la idea del juez que arbitra los méritos de un postulante. Pensé en escribir la historia de un hombre que, en una casa ajena, encuentra los escritos póstumos de un pobre diablo muerto en extrañas circunstancias. Dándole más vueltas a este motivo, llegué a ampliar la historia con muchos elementos, llegando a establecer que el escritor misterioso debía dejar constancia en sus papeles de una angustia hija de, primero, la violencia de Medellín y, segundo, de la fantochada de querer vivir la vida de otro. En esto me ocupé varios días, y la noche de un 30 de mayo -no sé por qué lo recuerdo- tenía en mis manos unas diez páginas manuscritas, pródi-gas en tachones y manchas de corrector líquido.

La primera versión mecanografiada de la historia fue a parar, como ha de sospecharse, a la carpintería. Confiado en la hondura de que se hizo gala en la última sesión, suponía encontrar en mi revisor habitual una actitud más mesurada y amigable que la que había usado en anteriores ocasiones. Ya que soy ingenuo hasta extremos insospechados, me sorprendí cuando mi tío me recibió con actitud manifiestamente hosca. Miraba con incredulidad las hojas que yo llevaba, y cuando por fin las recibió para leerlas comprendí, por su gesto de resignación, que su anterior discurso no había tenido otro fin que cerrar de una vez por todas el capítulo de mis visitas a la carpintería.

Después de mucho rato de sucesivos avances y retrocesos a lo largo de unas páginas cuya lectura parecía hacérsele más que pesada, mi tío tiró por fin el legajo a una silla de cuero que había entre nosotros y, más categórico que nunca, exclamó:

-No me gusta.

Como sabía que yo había aprendido a replicar y, más aún, a defenderme con una vehemencia que alguna vez había logrado socavar ideas suyas, prosiguió con celeridad apenas vio que empezaba a abrir la boca:

-El tema social no encaja dentro del estilo tuyo, dentro de esa... ¿cómo es que la llamás? ¿literatura al cuadrado? Sí, eso, literatura al cuadrado... Bueno, no sé, acá la literatura se pierde, y aparece un poco disonante...

-¿“Disonante”? ¿Pero sí estás viendo las expresiones con que...?

-¡Bueno, como sea! -me interrumpió verdaderamente iracundo- El caso es que ese temita de los medellinenses muertos no me gusta, es una idea vieja y sobada, y además hay por ahí algunas cosas sospechosamente autobiográficas... No, qué digo, no “sospechosas”, sino más bien patéticas. No me gusta, definitivamente no me gusta...

-Escuchame: no creo que el tema de la literatura se pierda, porque está en la base misma del relato... Otra cosa es que aparezcan menos nombres de obras o autores. Es muy distinto. Y lo de la autobiografía... ¿qué te importa? ¿qué importancia puede tener eso? Vos y yo sabemos cuáles son las personas que hay debajo de los personajes, pero ¿y? ¿Qué puede significar eso? Nada, absolutamente

nada... ¿O de dónde creés que salen las ideas de los escritores? ¿De un sombrero mágico? Personalmente me importa un rábano de dónde saque García Márquez sus ideas, o...

-¿Sabés? ¿Sabés qué? -vociferaba, mientras su nariz iba poniéndose muy roja- ¿Querés que te diga una cosa? ¡Me cansé! ¡No quiero saber nada más de lo que escribís! ¡Allá vos con tu teoría literaria! -y al decir esto no pudo evitar una sonrisa irónica- ¡Allá vos con tu poética!

No podía decir nada, porque sabía que tenía razón: él sólo me había llamado una o dos veces, y además nunca había pedido ser mi juez; era yo quien, aun contra su voluntad, le había otorgado el atributo de pisotear mis escritos.

Después de un penoso silencio durante el cual sólo atiné a mirar el juego tricolor de las baldosas, él continuó, ya mucho más reposado y de nuevo con pretensiones de filosofar:

-No me convertás en otro José María Vergara y Vergara, no me des el poder de decir nada, de decidir nada. Vos sos el escritor, así que tenés que saber qué es lo que querés hacer: cualquier otra voz de nada sirve, porque nada tiene que ver con lo que vos tenés en tu cabeza... ¿entendés? Llegás acá con tus hojas sabiendo mejor que yo lo que hay en ellas, y después me reñís porque yo doy una opinión distinta a la tuya... Si sabés que yo no entiendo lo que vos querés, ¿para qué me preguntás? La comprensión que yo tengo de eso que traés ahí es muy distinta de la tuya. Cada uno ve una historia en las mismas hojas, pero la diferencia es que vos ves la historia que quisiste hacer, y yo veo una historia que sin querer me pusieron en las manos. Así, sinceramente, es muy difícil coincidir... Además, además.... ¿quién dijo que había que coincidir? No es necesario, no hace falta. Lo único que el hombre debe hacer en el mundo es, mientras pueda, lo que quiere hacer. El resto es cháchara... Esto, por ejemplo, es cháchara...

Seguía teniendo razón. Aún sin importarme si lo que iba a decir era o no demasiado previsible, me aventuré:

-Es cierto, todo eso es muy cierto. Pero yo no he venido aquí para que vos des un sí o un no. Simplemente vengo para que me digás qué te parecen estas cosas. No sé para qué me sirva eso, pero el hecho es que me gusta venir. Acaso es que lo que vos me decís me da buenas ideas... y si no "buenas", al menos son otras ideas. Pero hacerte caso, cambiar lo ya escrito... no, nunca lo he hecho. Como te digo, sólo vengo por opiniones que puedan iluminar nuevos escritos. Es todo.

-Sólo eso ya es demasiado.

-No, una idea no es nada. Ante todo hay que escribir: eso lo dijiste vos mismo. Así que decime qué te parece.

-¿Qué me parece? ¿Qué?

-El cuento.

-Pero ya te dije...

-¿Era todo?

Se quedó callado, mirando alternativamente mi cara y las hojas, que ya se veían olvidadas y viejas sobre la silla de cuero. Después de un par de minutos, dijo:

-La persona.

-¿La persona?

-Sí, la persona... Todo lo que me has traído es en primera persona; todo, sin excepción. Eso es lo que pasa: no podés abandonar el tono confesional. Acaso será que te resulta más útil o que, definitivamente, es tu estilo, pero... Pero, en fin, para mí es una falla.

-Lo que pasa es que mis personajes son lectores, y los lectores, básicamente, tienen interioridad... Un tercero que todo lo sepa no sería muy creíble...

-Puede ser.

-Pero sí tengo, aunque muy esquemáticas, dos ideas de cuentos impersonales.

-¿Cómo son?

-La primera -dije, no pudiendo evitar cierta satisfacción al ver la atención con que me escuchaba- es sobre un lector que está en el infierno, y que descubre que el único infierno que podía haber para él era justamente ése, estar de por vida en un sitio donde no se puede leer.

-No -repuso de inmediato, contrayendo su boca en un gesto de repulsa-. Es demasiado fantástico, y en eso no te has movido bien. Decime la otra idea.

-La otra... Bueno, es una idea muy vieja, algo que se me ocurrió hace tiempo...

-Contá, contá.

-Es... Es un hombre que es lector, que lee mucho, pero que se aliena con lo que lee... y se aliena hasta verdaderos extremos, como pueden serlo matar a toda su familia y suicidarse.

La idea pareció gustarle, porque después que hubo sopesado todos los elementos de la síntesis que le había hecho, levantó la cabeza y me miró con fijeza, asintiendo levemente y diciendo:

-Bueno, es un tema común, pero podría... ¿Qué más has pensado hacer?

-No, nada más...

-¿Nada más? -preguntó con sorpresa, pero viendo en una sonrisa que yo empezaba a esbozar la posibilidad de que me trajese algo entre manos, esperó con tranquilidad lo que iba a decirle:

-El cuento, precisamente, es sobre eso: un hombre que habla acerca de un cuento que no sabe cómo desarrollar. Es un truco viejo, pero más o menos bueno. A veces resulta que uno, escribiendo la historia del motivo, resulta hallando la forma de desarrollarlo.

-Sí, eso puede ocurrir...

-Sí, pero no es lo fundamental, porque el tema central del cuento es la idea que un escritor tiene en la cabeza y que deja morir. Además, uno puede aprovechar el espacio para hablar acerca de otras

ideas, o incluso de cuentos reales, confundiendo a los lectores disertando acerca de contextos y motivaciones falsas.

-Me gusta. ¿Cómo has pensado llamarlo?

-*Explicación falsa de mis cuentos.*

-No, no... es poco sugerente, además...

-¿Además?

-Además así se titula un prólogo que Felisberto Hernández hizo a uno de sus volúmenes de cuentos.

-¿Y eso qué importa? *El zarco* es el título de dos novelas, una de Carrasquilla y otra de Altamirano, el mejicano, y, ¿los han condenado por eso? ¡Claro que no!... Además... Es mucho más "grave" la repetición de motivos, y ya ves que en la literatura colombiana del siglo XIX hay al menos cuatro novelas con el mismo final, el de la amada muerta. Pero eso me tiene sin cuidado, no me importa, es parte del juego: la repetición es otro de los elementos con que puede jugar y crear el escritor... Ex-profeso he buscado ese título repetido.

-Bueno, está bien -dijo, para reponer después con un gesto de súplica,- pero el título que me dijiste no me gusta, es... es... Bueno, no suena bien.

-¿Entonces?

-Hay otra posibilidad.

-¿Es también un título repetido?

-Sí.

-¿Cuál?

Me miró sonriente y, dejando traslucir un extraño orgullo, dijo:

-*Cuentos que he querido escribir.*

ÍNDICE PARA CONSULTORES

Acaso algún lector de este libro desee hacer de él un uso diferente a los convencionales -esto es, leerlo o dejarlo dormir en un estante junto a otros libros-, y se interese apenas por los datos acerca de ciertos asuntos literarios que se encuentran desperdigados en las anteriores páginas. Validamos la iniciativa de quien pretenda no sólo leer o guardar este libro, sino también *consultarlo*. Aclarando, por supuesto, que muchas -si no la mayor parte- de estas consultas pueden resultar, en últimas,

decepcionantes, ofrecemos el siguiente índice temático. El lector consultor -o el mero consultor- encontrará tres tipos de referencias: **nombres de autores**, *títulos de obras* y nombres de personajes. Como el autor se juzga libre para disponer este índice como mejor le parezca, desdeña los métodos convencionales de la archivística, de forma tal que los *títulos de obras* y los nombres de personajes se encuentran en su orden vulgar de enunciación; esto es: se habla de *La perla*, no de *Perla*, *la*, y se prefiere Florentino Ariza a Ariza, Florentino.

A

Al rescoldo,

Aldonza Lorenzo,

Alegría, Ciro,

Alí Babá,

Alí Babá y los cuarenta ladrones,

Alicia,

Alonso Quijano,

Altamirano, Ignacio Manuel,

Amado, Jorge,

Amorim, Enrique,

Arango, Gonzalo,

Arguedas, José María,

Arlt, Roberto,

Arturo Cova,

Ascasubi, Hilario,

Asterión,

Atlas lingüístico de Colombia,

Aureliano Buendía,

B

Babieca,

Bacon,

Bécquer, Gustavo Adolfo,

Benedetti, Mario,

Berenice,

Biblia,

Bioy Casares, Adolfo,

Borges, Jorge Luis,

Bosco, Henri,

Brecht, Bertolt,

Bufalino, Gesualdo,

Bufo & Spallanzani,

C

Cabral, Facundo,

Caicedo, Daniel,

Calígula,

Calixto Garmendía,

Camus, Albert,

Cantar de Mío Cid,

Carpentier, Alejo,

Carrasquilla, Tomás,

Casín,

Casona, Alejandro,

Castel,

Castro Caicedo, Germán,

Ceremonias,

Chesterton, Gilbert K.,

Cien años de soledad,

Cinco semanas en globo,

Como una novela,

Coronel (Aureliano Buendía),

Cortázar, Julio,

Crimen y castigo,

Cristo,

Cuentos de muerte y sangre,
Cuentos del Don,
Cuentos que he querido escribir,

D

D'Arrast,
Diadorín,
Díaz, Eugenio,
Dickens, Charles,
Dios,
Don Quijote,
Don Rodrigo,
Don Segundo Sombra,
Donoso, José,
Doña Bárbara,
Dostoyevski, Fedor,
Durán,
Duras, Marguerite,

E

Eça de Queiroz, José María,
Efraín,
El amante,
El anticuario,
El astillero,
El beso,
El camino de Francia,
El círculo de tiza de Augsburgo,
El coronel no tiene quién le escriba,
El diablo de la botella,
El evangelio según Marcos,

El exilio y el reino,
El experimento,
El extranjero,
El hombre que fue jueves,
El informe de Brodie,
El Karina,
El lazarillo de Tormes,
El libro de los seres imaginarios,
El llano en llamas,
El malestar en la cultura,
El Moro,
El poder y la gloria,
El proceso,
El renegado o un espíritu confundido,
El siglo de las luces,
El túnel,
El tungsteno,
El viejo y el mar,
El zarco,
En vísperas,
Enciclopedia Monitor,
Este domingo,
Explicación falsa de mis cuentos,
Explosión en una...,

F

Fermina Daza,
Fernando Vidal,
Ficciones,
Florentino Ariza,
Fonseca, Rubem,
Freud, Sigmund,

G

García Márquez, Gabriel,

Gepeto,

Gómez Valderrama, Pedro,

Gracias por el fuego,

Gran sertón: veredas,

Greene, Graham,

Grimm, Jacob y Wilhelm,

Guimarães Rosa, João,

Güiraldes, Ricardo,

Gulliver,

Gustavo Flavio,

H

Hamlet,

Héctor Servadac,

Hemingway, Ernest,

Hércules,

Hernández, Felisberto,

Hernández, José,

Historia de la literatura,

Historias de almanaque,

Hoffmann, Ernst Theodor Amadeus,

I

Informe sobre ciegos,

Inventario,

Ireneo Funes,

Isaacs, Jorge,

J

Jacobs, W. W.,

Januario Gereba,

Jesucristo,

Jonás,

Josef K.,

Juntacadáveres,

K

Kafka, Franz,

Kipling, Rudyard,

Kleist, Heinrich von,

L

La cartuja de Parma,

La Maga,

La muerte de Iván Ilich,

La muerte y otras sorpresas,

La náusea,

La pata de mono,

La perla,

La piedra que crece,

La reliquia,

La vorágine,

Las armas secretas,

Las aventuras de Pinocho,

Las fases de Severo,

Las lanzas coloradas,

Las letras al sur del continente,

Las mil y una noches,

Lelio de Higinio,

Lévi-Strauss, Claude,

Los adioses,

Los árboles mueren de pie,

Los cuarenta ladrones y Alí Babá,

Los heraldos negros,

Los músicos de Bremen,

Los ríos profundos,

Los viajes de Gulliver,

Lucía,

Lugones, Leopoldo,

M

Machado, Antonio,

Mann, Thomas,

Manrique,

Manual de literatura latinoamericana,

Manuela,

Manzoni, Alessandro,

María,

María,

María Elvira,

María Iribarne,

Marie Cardona,

Marroquín, José Manuel,

Martín Fierro,

Martín Fierro,

Martín Gala,

Meursault,

Michael Kohlhaas,

Mondrian,

Moro,

O

Obra negra,

Ofelia,

Oliveira,

Onetti, Juan Carlos,

P

Paco Yunque,

Para una tumba sin nombre,

Pasado amor,

Pasado negro,

Pedro Páramo,

Pennac, Daniel,

Pepa Escandón,

Pilatos,

Pinocho,

Pirandello, Luigi,

Poe, Edgar Allan,

Proust, Marcel,

Puig, Manuel,

Q

Quiroga, Horacio,

R

Rayuela,

Recuerdos de la casa de los muertos,

Remedios Moscote,

Renzo,

Riobaldo,

Rimas y leyendas,

Rocamadour,

Rodríguez de la Fuente, Félix,

Rojo y negro,

Rousseau, Henri,

Rulfo, Juan,

S

Sábato, Ernesto,

Sakuntala,

Salomón,

Sánchez, Cuauhtémoc,

Sartre, Jean-Paul,

Scherezade,

Shakespeare, William,

Shólojov, Mijail,

Skvorecky, Josef,

Spallanzani,

Steinbeck, John,

Stendhal,

Stevenson, Robert Louis,

Swift, Jonathan,

T

Taras Bulba,

Teresa Batista,

Teseo,

Tolstoi, Lev,

Tótem y tabú,

Tragamares,

Tristes trópicos,

Turguenev, Iván,

U

Unamuno, Miguel de,

V

Vallejo, César,

Vargas Llosa, Mario,

Vergara y Vergara, José María,

Verne, Jules,

Viento seco,

Vishnu,

W

Whitman, Walt,

Y

Yahvé,

Yo el supremo,